DOC SAVAGE

Kenneth Robeson

La Campana Verde



¡Doc Savage es acusado de asesinato! El gigante de bronce, batalla con la policía, matones, y un enemigo macabro, en una espectacular lucha por salvar una ciudad de la desolación total. El archienemigo del mal, usa sus enormes recursos en contra del espeluznante y misterioso Campana Verde; la siniestra figura encapuchada cuyo genio mortal amenaza con destruir a Doc y conducir a miles de personas inocentes a la locura.



Kenneth Robeson

La Campana Verde

Doc Savage - 9

ePub r1.0
algarri 17.08.14

Título original: *The Czar of Fear*
Kenneth Robeson, 1933
Traducción: desconocido

Editor digital: algarri
ePub base r1.1



Nota del editor digital

«Kenneth Robeson» es el seudónimo de **Lester Dent**, utilizado por «Street & Smith Publications» para la publicación de la serie *Doc Savage*. Al igual que Lester Dent, muchos otros autores publicaron sus novelas *pulp* (género literario de la primera treintena del siglo XX), bajo este seudónimo.



DOC SAVAGE

I
La Campana Verde



El altavoz de la radio desgranaba sus ruidosas notas junto a un cartel que decía:

«Plato del día: Rost Beef. Veinticinco centavos la ración».

Un hombre comía sentado de lado en su silla, a fin de no perder de vista la puerta. Su mirada era fija y sus mejillas pálidas.

Comía como si las viandas no tuvieran gusto alguno y en el momento en que comienza nuestra historia se bebía la cuarta taza de café caliente.

Era un hombre alto, rubio y de poco más de veinte años.

Una de las dos mujeres que le acompañaban era también alta, rubia, joven y muy bella. El impermeable manchado de barro que vestía y el sombrero de fieltro, deformado por la lluvia, conque se tocaba, realzaban sus encantos.

La otra mujer era una anciana de maneras amables y simpático aspecto.

Debía rayar en los sesenta, pero sus mejillas eran frescas como manzanas y las pequeñas arrugas que rodeaban sus ojos contribuían a aumentar la simpatía de su expresión.

El continente de esta señora era decidido y valiente. Apretaba los labios como si esperase algún contratiempo serio y estuviese decidida a hacerle frente a toda costa.

Vigilaba la entrada con más atención todavía que el hombre que las acompañaba.

El joven y la muchacha eran, evidentemente, hermanos. La

anciana no tenía ningún parentesco con ellos, pero la llamaban Tía Nora, que era como la llamaba todo el mundo en la ciudad en que residía el terceto.

—Sería mejor que comiera usted algo, Tía Nora —dijo la joven, con una voz cristalina y suave, en la que se advertía un ligero temblor que armonizaba con el terror que reflejaban sus ojos—. Falta una hora para llegar a Nueva York y tal vez tardemos aún muchas en encontrar a Doc Savage.

—¡Comer! —dijo la Tía Nora con aire desdeñoso—. ¿Cómo es posible comer, Alicia? La cara que tenéis Jim y tú le quita el apetito a cualquiera. Parecéis dos conejos sorprendidos por un podenco.

En los labios de Alicia se dibujó una forzada sonrisa y cogió impulsivamente el brazo de la Tía Nora.

—Es usted un prodigio, Tía Nora —dijo—. Está usted tan asustada como nosotros, pero tiene el dominio suficiente para no mostrarlo.

La Tía Nora cogió su sándwich refunfuñando y colocando ambos codos sobre la mesa, comenzó a comer.

La lluvia golpeaba el tejado del comedor y resbalaba por los cristales.

Inundaba las calles de la pequeña ciudad de Nueva jersey. Las alcantarillas absorbían un agua de color plomo.

La radio recogía la música de la emisora de Prosper City, una población industrial de las montañas de Allegheny. La Tía Nora había buscado aquella estación en cuanto entraron en el establecimiento.

—Es un buen aparato éste —dijo indicando el instrumento—. Prosper City está muy lejos y sin embargo…

Se puso súbitamente en pie, llevándose ambas manos a las mejillas y gritando. El joven se levantó también, mirando a la radio con la cara contraída y los ojos dilatados.

Su hermana se puso asimismo en pie, exhalando un gemido agudo. Su taza de café se rompió contra el pavimento de ladrillo.

El ruido que hizo la taza al romperse no fue suficiente para ahogar el extraño clamor que procedía de la radio.

Era como el tañido lento y triste de una campana, mezclado con un pavoroso concierto de gemidos y lamentos. Semejaba el aullar de

una horda de arpías que siguiera las lúgubres notas de una campana.

El propietario del establecimiento se levantó de su asiento de detrás del mostrador. Estaba asustado, pero más bien por el desagradable sonido de la radio.

Sin embargo, la mirada de asombro que fijó en el terceto demostraba que no había oído nunca nada semejante.

El clamor cesó tan inesperadamente como había comenzado. El propietario sonrió, pensando evidentemente que no tendría que reparar su aparato. Los tres parroquianos permanecieron inmóviles y como helados de espanto.

Los hilos de la lluvia barrían la calle como las pajas semitransparentes de una gran escoba.

La Tía Nora fue la primera en romper el rígido silencio.

—Prosper City está a unas trescientas millas de aquí —dijo con voz ronca—. No es probable que la Campana Verde sonase por nosotros esta vez.

—Yo tampoco lo creo —dijo la rubia Alice, temblando violentamente—. Pero era la Campana Verde y siempre anuncia la muerte.

Jim hizo la voz más áspera para ocultar su temblor.

—Vámonos de aquí —dijo.

Pagaron al curioso y asombrado propietario del restaurante el consumo que habían hecho y la taza rota. El hombre los vio salir, se encogió de hombros e hizo un guiño a su camarero, señalándose la frente con el dedo.

Según su opinión, las tres personas estaban ligeramente tocadas de la cabeza.

Un coche de turismo bastante viejo aguantaba la lluvia pegado a la acera.

Las cortinillas estaban corridas, pero los cristales de las ventanillas estaban rotos, de manera que el interior se encontraba casi tan húmedo como el exterior.

—¿Tienes bastante gasolina? —inquirió la Tía Nora.

—Sí —afirmó Jim—. Recuerde usted que hemos llenado el depósito en el último pueblo. El indicador no funciona, pero tenemos suficiente.

Crujieron los frenos del coche y el motor se puso en marcha, llevando al viejo vehículo en dirección de Nueva York.

Pocos segundos después de haber partido la vieja máquina, una mancha oscura se movió debajo de los árboles que sombreaban las calles del pueblo.

Perdido en la oscuridad de la noche, aumentada por la lluvia, no parecía poseer substancia ni forma.

Un poco más abajo, una ventana iluminada derramaba alguna luz en la calle.

La sombra entró en la zona luminosa y súbitamente se convirtió en un cuerpo tangible y siniestro.

Su apariencia tenía, sin embargo, poco de humano. Era una forma alta, negra y tubular. Un observador hubiera creído que se trataba de un tubo de goma flexible.

En la parte delantera llevaba la imagen de una campana pintada de verde.

Al lado de la forma pendía un cubo de zinc de diez galones de capacidad, lleno hasta el borde de gasolina.

Asida por los mismos invisibles tentáculos negros que sostenían el cubo, se distinguía una manga de goma de las empleadas para extraer la gasolina de los depósitos de los automóviles.

La misteriosa figura se perdió de nuevo en la obscuridad y la lluvia.

Un momento después sonó el ruido que hacía el cubo al ser vaciado en el arroyo y por la calle se extendió el olor a gasolina que era absorbida por las alcantarillas.

La pequeña ciudad quedó sumida en un silencio, interrumpido solamente por el rumor de la lluvia y la trepidación ocasional de algún automóvil que cruzaba la calle principal.

El viejo coche de turismo marchaba a una velocidad de cuarenta millas por hora. Jira conducía inclinado sobre la rueda y con la cara pegada al arco libre de lluvia del parabrisas.

Las dos mujeres se acurrucaban y se ceñían los impermeables, para librarse del agua que entraba por las ventanillas rotas.

—Me parece que esa señal de la Campana Verde no debía estar dirigida a nosotros —dijo Alice con voz temblorosa.

—Yo no estoy muy seguro de ello —replicó vivamente Jim.

La Tía Nora se adelantó hacia él, con las mandíbulas apretadas y los brazos en jarras.

—Jim —dijo—, tú sabes algo que no nos quieres decir a las mujeres —gritaba para hacerse oír por encina del ruido del motor y de la lluvia—. Lo veo en tu modo de proceder. Sabes más de lo que dices acerca de la Campana Verde.

Jim Cash no replicó.

—Contesta —insistió con energía la Tía Nora.

—Acierta usted, Tía Nora —replicó Jim con una lúgubre sonrisa.

—¿Qué es ello? —demandó imperiosamente la anciana—. ¿Qué es lo que sabes?

—No se lo puedo decir.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que, desde el momento en que ustedes supieran lo que yo sé, estarían condenados a muerte. La Campana Verde las mataría para que no pudieran hablar.

—¡Ésas son tonterías! —la Tía Nora trataba de hablar como si ella misma creyese lo que decía—. No podrían saber si nosotras estábamos enteradas…

—Sí, Tía Nora. Parece como si lo supieran todo.

La Tía Nora palidecía y los tendones de sus manos se crisparon.

—Escucha, hijo mío —dijo—. ¿Tiene la Campana Verde conocimiento de lo que tú sabes?

Jim Cash se estremeció tan violentamente, que estuvo a punto de perder el dominio del coche.

—No lo sé —gritó con voz aguda—. Quizá sí; no estoy seguro. Y la tensión de estar siempre esperando la muerte, y pensar al mismo tiempo que tal vez no corro peligro alguno, me está volviendo loco.

La Tía Nora se recostó en los húmedos almohadones.

—Es una tontería que no nos lo digas, Jim —dijo—. Pero así son todos los hombres. Siempre quieren tener a las mujeres apartadas de posibles peligros. No me gusta el procedimiento, pero respeto tu criterio en ese sentido. De todas maneras, pronto estaremos hablando con Doc Savage y te podrá quitar ese peso de encima.

—Parece que tiene usted mucha fe en Doc Savage —murmuró Jim con aire de duda.

—La tengo —declaró la Tía Nora con vehemencia.

—Pero admite usted que ni siquiera le conoce.

La Tía Nora hizo un ruido parecido al relincho de un caballo de carreras.

—No tengo necesidad de conocerle. He oído hablar de él y es suficiente.

—Yo también he oído hablar algo de él —admitió Jim—. Por eso es por lo que me he dejado convencer por ustedes y voy a verle.

—¡Hablar algo de él! —dijo desdeñosamente la Tía Nora—. Si hubieras tenido las orejas más abiertas hubieras oído hablar de él más que algo. Doc Savage está especializado en asuntos como éste. La misión que se ha asignado en la vida consiste en sacar a su prójimo de toda clase de apuros y castigar a las personas que lo merecen.

—No creo que ningún hombre pueda… —comenzó a decir, escéptico, Jim.

—Doc Savage puede. Puedes creer lo que te dice una vieja con la suficiente experiencia para no dar crédito a la mitad de las cosas que oye. Doc Savage es un hombre que ha sido adiestrado desde la cuna en el arte de reparar agravios. Dicen que es una verdadera maravilla; probablemente, el hombre más fuerte que haya existido jamás. Además ha estudiado tanto que lo sabe todo, desde electricidad y astronomía hasta guisar.

—¿No habrá usted prestado demasiada atención a las fantasías de la gente, Tía Nora?

—¿No te he dicho que sólo creo en la mitad de las cosas que se me cuentan? —protestó la Tía Nora.

Jim Cash sonrió. El optimismo de la vieja parecía animarle.

—Dios haga que Doc Savage esté a la altura de sus esperanzas —dijo tristemente—. No sólo por nosotros, sino por todos los habitantes de Prosper City.

—Ahora has hablado —convino la Tía Nora—. Si Doc Savage no nos puede ayudar a nosotros y a Prosper City no sé lo que va a pasar.

El coche corrió sin novedad por espacio de cerca de una milla. Luego el motor comenzó a fallar y a poco se detuvo completamente.

—Se ha acabado la gasolina —dijo la Tía Nora.

Jim meneó la cabeza.

—Acabamos de poner. Debe ser que ha entrado agua en el carburador.

—Se te ha acabado la gasolina —insistió la Tía Mora con firmeza.

Jim se apeó de su asiento, sacó una varilla para medir, y se acercó a la parte posterior del coche. Metió su varilla en el depósito y abrió la boca lleno de asombro.

—¡Vacío! —exclamó—. No lo entiendo.

—Quizás te ha engañado el encargado del surtidor —dijo Alicia —. Tal vez no ha echado la gasolina que le has pedido.

—Eso debe de haber sido —convino la Tía Nora. Extendió un mapa de carreteras y lo consultó a la luz de una lámpara de bolsillo —. A unas dos millas de aquí hay un pueblo pequeño. Lo mejor será que vayas hasta allí andando, Jim.

Jim Cash vaciló.

—No me gusta dejarlas aquí solas —dijo.

La Tía Nora abrió un bolso de grandes dimensiones y sacó de él dos revólveres de aspecto muy eficiente.

Le dio uno a Alice, que lo cogió de una forma que indicaba su costumbre de servirse de aquella clase de herramientas.

—Si alguien se atreve a meterse con nosotras descubrirá que es una diversión muy poco saludable —declaró secamente la Tía Nora —. Anda, Jim, que no corremos ningún peligro.

Tranquilizado al ver las armas, Jim Cash se alejó a través de la lluvia.

Caminaba por la parte izquierda de la carretera, a fin de poder ver las luces de los coches que se aproximaban y evitar ser atropellado por ellos.

Algunos pasaron por su lado en ambas direcciones. No intentó detenerlos, sabiendo que sería inútil. Los automovilistas que recogen peatones a altas horas de la noche son escasos.

Descendió una pequeña colina. Al pie de ella cruzó dos puentes. Uno encima de un arroyo y el otro sobre la línea de un ferrocarril eléctrico.

Apenas había salvado el segundo puente, cuando varias lámparas portátiles enfocaron sobre él la luz blanca de sus rayos.

Pudo distinguir las figuras que sostenían aquellas lámparas.

Parecían grandes cilindros de goma y cada uno llevaba pintado sobre el pecho una campana verde.

Las negras figuras le contemplaron en silencio y una inmovilidad siniestras.

La lluvia resbalaba sobre ellas y les daba un brillo misterioso.

Jim Cash se quedó helado de espanto. Su palidez de antes se transformó en una blancura absoluta.

—¡Campanas verdes! —murmuró con voz ronca—. Aquel aviso de la radio era para nosotros.

Sus propias palabras disiparon la parálisis que le invadía. La actividad volvió como una explosión. Con la mano derecha buscó ávidamente una pistola que siempre llevaba en el bolsillo.

Otra de aquellas formas misteriosas y negras surgió de la oscuridad por detrás de Jim Cash y se lanzó convulsivamente sobre él. Le cogió por sorpresa y le derribó. Las lámparas se apagaron como obedeciendo a una señal. En la cavernosa oscuridad que sucedió se produjo una lucha entre las campanas verdes y Jim. El arma que éste trataba de sacar cayó al suelo. Sus vestidos se rasgaron.

Trató de gritar. La voz se ahogó en su garganta y terminó en un ruido igual al que podrían hacer dos piedras ásperas al ser frotadas una contra otra.

Se extinguieron los rumores de la lucha. Siguió un silencio ominoso.

Luego el grupo se dirigió hacia el puente que salvaba la línea del ferrocarril.

Empujaron el cuerpo de Jim Cash por encima de la barandilla, después de otro breve y duro combate. El grupo descendió a las vías.

Una luz se encendió por un momento. Jim yacía impotente entre sus aprehensores. El ferrocarril estaba electrificado.

La corriente no estaba conducida por líneas aéreas, sino por un tercer riel, que corría a lo largo de los otros.

Este tipo de conducción es corriente en los alrededores de Nueva York, donde los numerosos cruces hacen las redes de cable demasiado intrincadas.

El riel electrificado estaba protegido por una especie de cubierta

de madera.

Un trapo negro, a manera de mordaza, impedía los gritos de Jim. Fue arrojado de cabeza contra el tercer riel. Con una frenética contorsión muscular consiguió evitar el caer sobre él.

Las siniestras figuras volvieron a la carga. Otra vez consiguió evitar el acero electrificado. Luchaba desesperadamente por la vida.

El escudo que protegía el riel le ayudaba. El menor contacto con el metal, cargado con una fuerte corriente, significaba la muerte instantánea.

La tercera vez, Jim pudo pasar un brazo por encima de la cubierta de madera y salvarse de nuevo. Se arrancó la mordaza de la boca y exhaló un grito penetrante pidiendo auxilio.

Las campanas verdes cayeron sobre él siempre en silencio. Esta vez le arrojaron contra el riel con los pies hacia adelante. Una de sus piernas tocó el acero.

El contacto produjo una llamarada eléctrica. El cuerpo de Jim se retorció en una convulsión y se hizo un ovillo alrededor del hierro fatal.

Allí permaneció rígido e inmóvil. Una delgada columna de humo pardo se elevó como el espíritu que se separase de un cuerpo.

Las campanas verdes se perdieron en la oscuridad.

II
Visitantes



El Triplex era el hotel más nuevo, más lujoso y más caro de Nueva York.

Sus huéspedes disfrutaban de todas las comodidades imaginables. Por ejemplo, si llegaban en taxi no tenían necesidad de apearse en la acera ante la mirada de los ociosos.

Disponían de una entrada cerrada para coches. Esta entrada era un túnel construido con metales niquelados y mármol negro, según el estilo más modernista.

Un taxi estaba dejando a un viajero. Éste era alto y delgado como una serpiente. El hecho de que su cuerpo fuera tan flexible que pareciera carecer de huesos, contribuía a aumentar su parecido con el mencionado animal.

Llevaba los cabellos cuidadosamente peinados y pulidos. Los ojos eran pequeños y astutos; la boca sin labios. Vestía con lujo, pero con mal gusto.

Pagó al taxista con un billete que extrajo de un grueso fajo. Entró en el vestíbulo, seguido por un botones que llevaba dos maletas y se apoyó de codos en el escritorio.

—Soy Mr. Cooley —dijo secamente—. Les he telefoneado desde Prosper City para que me reservasen habitaciones.

Fue conducido a su habitación. Apenas hubo salido el botones cuando descolgaba el teléfono.

—Deme la habitación de Judborn Tugg —pidió. Y luego, cuando consiguió la comunicación—: ¿Eres tú, Tugg…? ¿Qué habitación

tienes…? Subo enseguida.

Ascendió seis pisos en el ascensor, anduvo algunos pasos por un pasillo y llamó a una puerta. La puerta se abrió y él dijo familiarmente:

—Hola, Tugg.

Judborn Tugg puso la misma cara que si se hubiese encontrado un lobo en su puerta, un lobo con el que necesariamente tuviera que tratarse.

—Entra —dijo con altivez.

Tugg era como una montaña pequeña. Su traje de rayas, si bien un poco exagerado, estaba bien cortado. Su cara y su cuello eran una aglomeración de grasa.

Una cadena de reloj de oro surcaba su amplio vientre y de ella pendían numerosos dijes, que relucían cuando la luz caía sobre ellos.

Cooley entró, cerró la puerta y dijo:

—Ya no tenemos que preocuparnos de Jim Cash.

Judborn Tugg retrocedió, como si le hubieran dado una bofetada. Miró nerviosamente a su alrededor, haciendo girar la cabeza sobre su soporte de grasa.

Cooley se cruzó rápidamente de brazos, metiendo las manos en el interior de la americana, donde llevaba dos pistolas automáticas.

—¿Qué te ocurre? —demandó—. ¿Hay alguien aquí?

—No, no. Afortunadamente no hay nadie, pero habrías de tener más cuidado.

Tugg sacó un pañuelo de seda y se enjugó la frente.

—Es que no me puedo acostumbrar a vuestros procedimientos.

—Lo que quieres decir es que no te puedes acostumbrar a los procedimientos de la Campana Verde.

—Sí, sí, desde luego —advirtió Tugg, arrugando nerviosamente el pañuelo entre las manos—. La Campana Verde se alegrará de que Jim Cash haya sido quitado de en medio.

Slick Cooley sacó las manos de debajo de la americana y se estiró la ropa.

—No me pude quedar solo con Jim Cash, de manera que no me fue posible interrogarle antes de que le arrojasen contra aquel riel —dijo.

—Las órdenes que tenías eran precisamente de no interrogarle —observó Tugg.

Slick dejó escapar una ligera risa burlona.

—No es necesario que finjas conmigo, Tugg; nos entendemos. A los dos nos gustaría saber quién es la Campana Verde. Jim Cash lo sabía. Interrogándole podría haberme enterado de algo. Pero no me atreví. Había demasiada gente alrededor.

Tugg tosió y volvió a mirar nerviosamente en torno suyo.

—Uno de estos días averiguaré quién es la Campana Verde —siguió diciendo Slick—. Cuando lo sepa le haremos pagar mejor.

Tugg tembló violentamente.

—No hables así, Slick —murmuró—. Supón por un momento que te pueda oír la Campana Verde o cualquiera. Mejor será que no hablemos de eso.

—Está bien —dijo Slick—. ¿Y qué hacemos ahora tú y yo?

Tugg se guardó el pañuelo y se puso a jugar con los ornamentos que pendían de la cadena de su reloj.

—¿Has oído hablar de un individuo que se llama Doc Savage? —preguntó.

—Me parece que sí. —Slick Cooley se alisó las solapas de la americana—. No acostumbro a trabajar en Nueva York y creo que ese pájaro vuela por aquí. No sé mucho de él. Es una especie de aventurero, ¿no?

—Exactamente. Dicen que es un luchador activo y competente, que tiene un grupo de cinco ayudantes. La Campana Verde me ha encargado que investigue acerca de ese Doc Savage. No me he enterado de gran cosa, salvo que es un hombre que se encarga de luchar por otras personas.

—¿Sí? ¿Y qué hay que hacer con él?

—La Campana Verde me ha ordenado que contrate sus servicios y los de su gente para nuestra organización.

Slick se puso a jurar furiosamente.

—No lo toleraré —gritó—. Yo estoy encargado de toda esa parte de nuestro negocio. Me habían dicho que sería el tercer jefe y que sólo recibiría órdenes de la Campana Verde y de ti y ahora la Campana Verde quiere contratar a ese Doc Savage.

—No interpretes mal las cosas, mi querido Slick —dijo Judborn

Tugg—. Tú seguirás en el mismo puesto y Doc Savage trabajará bajo tu dirección. La Campana Verde me lo ha dicho así con toda claridad.

—¿Sí, eh? —Slick aún refunfuñaba, pero estaba aplacado—. Eso es diferente, pero hay que advertirle a Doc Savage que tiene que recibir sus órdenes de mí.

Desde luego, se le advertirá.

—¿Y si Doc Savage se considera demasiado importante y se niega a aceptar mis órdenes? —preguntó Slick encendiendo un cigarro de precio.

—Todos los hombres reciben órdenes si se les paga lo suficiente —repuso Tugg, con la seguridad de un hombre que tiene dinero y conoce su poder.

Slick seguía indeciso.

—¿Y si Doc Savage no fuera la clase de hombre que se contrata para hacer los trabajos que nosotros necesitamos? —insistió.

—Digo lo mismo. Todos los hombres tienen su precio. La Campana Verde necesita más gente con urgencia, pero no quiere pistoleros ordinarios; por consiguiente tengo que abordar a Doc Savage.

—Muy bien, pues. ¿Dónde se encuentra ese señor?

Judborn Tugg se encogió de hombros.

—No lo sé. Preguntaremos a la central de teléfonos.

La rapidez con que le dieron la dirección de Doc Savage llenó de asombro a Tugg.

—Doc Savage debe ser muy conocido —murmuró—. En telégrafos tienen su dirección en la punta de la lengua. Vamos, Slick. Tenemos que ver a este hombre.

El rascacielos ante el cual se detuvieron Slick Cooley y Judborn Tugg era uno de los más altos y suntuosos de la ciudad. Tenía cerca de cien pisos.

—Doc Savage no es ningún pobre, si vive aquí —murmuró Slick, impresionado.

—Esto prueba que es bueno en su negocio —observó Tugg—. Ésta es la clase de hombre que necesitamos. Tú esperarás en el vestíbulo, Slick.

—¿Por qué? —preguntó Slick con desconfianza—. ¿Quién me

dice que no vas a pagar a Doc más de lo que me pagas a mí?

—Nada de eso, Slick. Tú tienes que quedar aquí para el caso de que se presentase Alice Cash y la Tía Nora. Venían con el propósito de contratar los servicios de este hombre, y aunque no le pueden pagar tanto como nosotros será mejor que no le vean.

—Bueno —convino Slick de mala gana—. Esperaré aquí abajo. No tardes demasiado. Un ascensor especial que se movía sin ruido y con gran velocidad llevó a Tugg hasta el piso ochenta y seis. Allí se encontró con un corredor magníficamente decorado.

Cuando avanzaba pomposamente por él, descubrió un espejo y se detuvo para examinar cuidadosamente su aspecto. Quería impresionar a Doc Savage.

Era la mejor manera de tratar a los bandidos vulgares que se contrataban por dinero.

Tugg encendió un cigarro de a dólar. Tenía otro igual que pensaba ofrecer a Doc Savage. Los excelentes cigarros serían el toque final.

Doc Savage quedaría anonadado por la majestad de Tugg.

Llamó a la puerta, hinchó el pecho y levantó el cigarro en el aire.

La puerta se abrió.

El pecho de Judborn Tugg se deshinchó, el cigarro se le escapó de los labios y cayó al suelo y los ojos se le dilataron.

De pie en el marco de la puerta apareció un gigante de bronce. El efecto de aquella figura era asombroso. Sus proporciones de una simetría asombrosa disimulaban las verdaderas dimensiones del hombre.

Visto desde alguna distancia y lejos de todo lo que pudiera servir de término de referencia no hubiera parecido tan alto.

La frente notablemente alta, la boca fuerte y musculosa, las mejillas delgadas y nerviosas, denotaban una rara energía de carácter.

El cabello, de un tono bronceado algo más oscuro que el de la piel, lo llevaba peinado liso y brillante como un casquete de metal.

Pero lo que realmente impresionó a Judborn Tugg fueron los ojos.

Parecían dos estanques de oro líquido y poseían un extraño

poder hipnótico.

Tugg sintió la tentación de esconder la cabeza para preservar los secretos más recónditos de su cerebro.

—¿Es usted Doc Savage? —balbuceó.

El gigante de bronce asintió. El sencillo gesto hizo que los músculos de su cuello resaltasen como cables de acero. Tugg sintió un estremecimiento al verlo. Aquel hombre debía de estar dotado de una fuerza extraordinaria.

Con una voz tranquila y profunda, Doc Savage invitó a entrar a Tugg.

Luego le dio un cigarro y se excusó él mismo de no fumar, declarando que no lo hacía nunca. El cigarro fue el golpe de gracia para Tugg. Era una marca especial y estaba contenido en una funda individual y esterilizada. Tugg sabía que cigarros como aquél no podían conseguirse a menos de diez dólares cada uno.

Tugg se deshinchó como una burbuja de jabón. En lugar de impresionar a Doc Savage era él quien estaba virtualmente anonadado.

Pasaron varios segundos antes de recobrar el suficiente aplomo para entrar a tratar de negocios.

—Tengo entendido —dijo con una voz pequeña y muy diferente de su tono arrogante habitual—, que es un buscador de aventuras.

—Puede usted decirlo así si le parece —repuso cortésmente Doc Savage—. En realidad, mis cinco compañeros y yo tenemos un propósito en la vida. Nuestro propósito es recorrer el mundo luchando por ayudar a aquéllos que lo necesiten y castigar a quienes lo merezcan.

Tugg no sabía que eran raras las ocasiones en que Doc Savage se prestaba a dar tantas explicaciones acerca de sí mismo y de sus actividades.

No le gustó mucho el discurso. Le dio algunas vueltas en el magín y llegó a una conclusión completamente errónea.

Decidió que aquélla era la manera que Doc Savage tenía de indicar que él y sus hombres alquilaban sus servicios. Evidentemente, no podía decir que era un bribón profesional.

—Mi caso es entonces de los que a usted le interesan —siguió diciendo Tugg—. Hay gente que necesita de su ayuda y otros que

merecen castigo.

Doc Savage asintió cortésmente.

—Si hiciera el favor de explicarme la situación.

—Es la siguiente —prosiguió Tugg, encendiendo el magnífico cigarro—. Soy uno de los industriales más importantes de Prosper City. Mi firma, Tugg y Compañía, posee las hilaturas más grandes de la ciudad —Tugg cruzó las manos y tomó una expresión beatífica —. Hace algunos meses, a causa de la crisis que atravesaba el negocio, nos vimos obligados a reducir los salarios, muy a pesar nuestro, naturalmente.

—Yo creí que los negocios estaban prosperando ahora —observó Doc Savage.

—La situación era terrible para la industria —afirmó enfáticamente Tugg—. Y ahora peor que nunca, pues mis obreros se han declarado en huelga. Los obreros y empleados de todas las demás fábricas y minas les han imitado. Es espantoso.

—¿Cuándo redujeron los salarios las otras empresas? ¿Antes o después que usted? —preguntó suavemente Doc Savage.

Judborn Tugg tragó saliva varias veces. Su desconcierto se hizo manifiesto. Con aquella sencilla pregunta, Doc Savage había presumido la causa de la situación en Prosper City.

La verdad era que Tugg y Compañía habían reducido primero los salarios y que las demás empresas se habían visto obligadas a hacer lo mismo, a fin de poner sus precios al mismo nivel que los de su competidor.

Entonces Tugg y Compañía comenzaron a pagar a su personal salarios de hambre.

Cuando esto ocurrió no había necesidad ninguna para ello, pues las condiciones del mercado eran excelentes.

La maniobra era parte de un complot concebido por el ser desconocido y misterioso que se llamaba la Campana Verde.

Las demás firmas de Prosper City habían reducido sus salarios, no en la misma proporción que Tugg y compañía, pero lo suficiente para que numerosos agitadores a sueldo de la Campana Verde tuvieran ocasión para producir numerosas huelgas.

Los agitadores habían llegado a producir una huelga en la casa de Tugg y Compañía, que era la misma que les pagaba.

Hacía muchos meses que los agitadores, bajo la dirección de Slick Cooley tenían paralizados todos los negocios. Todas las fábricas que trataban de abrir sus puertas eran asaltadas, quemadas y destrozadas.

Cada obrero que intentaba obtener trabajo era amenazado, maltratado y si estas medidas no daban resultado, muerto de una manera horrible que servía de escarmiento a los demás.

Todo era parte del plan trazado por la mente maestra y enigmática de la Campana Verde. Nadie sabía quién era. Tugg, si estaba enterado, no se lo decía a nadie.

Evitando la mirada de los extraños ojos de Doc Savage, decidió proceder con la mayor precaución.

—Todos nos vimos obligados a reducir los salarios al mismo tiempo —dijo, mintiendo con intranquilidad—. Pero la cuestión de los salarios no es la causa de los disturbios. En el fondo de todo están los agitadores.

Tugg hizo una pausa, pero Doc Savage no dijo nada. Se habían sentado cómodamente en una butaca. En la habitación había varias.

Había también una mesa labrada de gran precio y una maciza caja de caudales. Una costosa alfombra tapizaba el suelo de la estancia.

En la habitación contigua había una biblioteca que contenía una de las colecciones de libros científicos más completas del mundo y en otro cuarto un laboratorio tan perfecto que muchos hombres de ciencia habían venido del extranjero sólo para examinarlo.

La situación de Prosper City es lamentable —continuó Tugg, preguntándose si no estaría del todo equivocado acerca de su bronceado interlocutor—. La gente se muere de hambre. Ha habido bombas, atentados y muertes. La culpa de todo la tienen los agitadores.

Doc Savage siguió guardando un desconcertante silencio.

—Una mujer que se llama Nora Boston es el jefe de los agitadores —Tugg dijo esta enorme mentira sin pestañear.

Doc podría haber sido en realidad una figura de bronce, pues no mostraba ninguna señal de interés, lo cual no quería decir que no prestase una gran atención a todo lo que oía, pero Doc Savage rara vez dejaba ver sus emociones.

Tugg respiró profundamente y continuó:

—Los principales cómplices de Nora Boston son, Jim Cash, su hermana Alice y un joven que se llama Ole Slater, y que se encuentran en Prosper City, fingiendo que es escritor y que está recogiendo datos para escribir un drama de ambiente industrial. Estos cuatro son los jefes y la banda funciona bajo el nombre de Sociedad de Beneficencia de Prosper City. No me extrañaría nada que estuvieran a sueldo de alguna potencia extranjera.

Éstas eran otras tantas falsedades. Tugg no había pensado que su conversación siguiera estos derroteros, pero temió decir la verdad. Los ojos del hombre de bronce le imponían.

Por su gusto se hubiera levantado a las primeras palabras y salido de la habitación, pero temía la cólera de la Campana Verde.

—Quiero contratarle a usted para castigar a Nora Boston y a su cuadrilla —dijo bruscamente—. Le pagaré con esplendidez.

—No acostumbro a alquilar mis servicios —repuso suavemente Doc Savage.

La cabeza de Tugg pareció hundirse en el cono de grasa de su cuello.

¿Qué clase de hombre era aquél? Doc continuó hablando:

—Generalmente, los individuos que reciben la ayuda de mis cinco compañeros y mía son lo bastante generosos para hacer un donativo a las causas que yo les indico.

Tugg sofocó una sonrisa. El hombre de bronce empleaba aquel subterfugio para hacer creer que no era un matón profesional.

Judborn Tugg creyó comprender. Doc Savage podía ser contratado sin inconveniente.

—¿Qué donativo pediría usted en este caso? —le preguntó con precaución.

—En su caso, y con tal de que las condiciones sean las que usted ha dicho —replicó prontamente Doc Savage—, el donativo sería un millón de dólares.

Judborn Tugg escapó por milagro de sufrir un ataque al corazón.

En el vestíbulo del rascacielos, Slick Cooley estaba también experimentando una violenta sacudida, pero por una causa diferente.

De pronto vio entrar a Alice Cash y a la Tía Nora.

Las dos mujeres llegaban manchadas de barro, despeinadas y empapadas por la lluvia. Sus pies dejaban huellas húmedas en el pulido pavimento del vestíbulo.

Estaban pálidas y asustadas y como abrumadas por la magnificencia del gigantesco edificio.

Se acercaron a los ascensores, la Tía Nora delante y con aire determinado.

Slick se puso a pensar deprisa. Tenía que hacer algo. Si las dos mujeres subían podrían complicar las cosas. La Tía Nora por lo menos.

Era una vieja capaz de todo cuando se lo proponía.

Se le ocurrió una brillante idea. Echó a correr antes de que las dos mujeres le hubieran visto, llegó a ellas y les dio un violento empujón.

La bolsa de la Tía Nora cayó al suelo.

Slick saltó sobre ella. En una mano llevaba escondido su fajo de billetes.

Abrió el bolso furtivamente y puso su dinero en él. Al hacerlo vio los dos revólveres que contenía.

Luego se agarró a las dos mujeres y sobrevino una violenta lucha.

—¡Ladronas! —comenzó a gritar—. Estas dos señoras me han atracado.

La Tía Nora le dio un puñetazo en un ojo que le hizo tambalearse y Alice Cash le administró también algunos golpes.

Slick señaló a sus dos víctimas.

Estas dos mujeres me atracaron anoche —declaró al policía del rascacielos—. Las he reconocido. Regístrelas, que seguramente tendrán las armas con que me amenazaron y mi dinero.

El guardia abrió la bolsa de la Tía Nora y encontró las armas y el dinero.

—¿Cuánto tenía usted? —preguntó a Slick. Este dio la cantidad exacta.

—Ésta es —dijo severamente el agente de la autoridad.

—Nosotras no le hemos robado —exclamó Alice Cash airadamente.

—Las pruebas dicen lo contrario —aseguró el guardia—. Y

aunque no le hayan robado ustedes, el llevar armas es contrario a las leyes de Nueva York.

Y empujó a sus dos prisioneras hacia la puerta, conteniendo a la Tía Nora que no cesaba de expresar a gritos sus deseos de retorcer el pescuezo a Slick Cooley, a quien obsequiaba también con los más denigrantes epítetos.

III
El desquite de la Tía Nora



Cuando las dos mujeres salían detenidas del edificio apareció el gorila en escena. Este personaje tenía algunas cualidades humanas. Llevaba las uñas manicuradas, aunque la operación había sido practicada con un cortaplumas de bolsillo. Sus ojos brillaban con inteligencia y su cara era tan fea, que resultaba agradable.

El traje que llevaba era de los más caros, aunque parecía que hubiera dormido con él puesto. Pesaría unos ciento veinticinco kilos y sus brazos velludos eran algunos centímetros más largos que sus piernas zambas.

Se acercó a Slick y se detuvo ante él.

—Yo he visto como metía usted mismo el dinero en ese bolso —dijo con una voz tan suave que parecía de un niño.

Y a continuación le dio a Slick un puñetazo en la nariz. Slick llevaba el cabello pulidamente peinado hacia atrás. El golpe fue tan violento que se le echó hacia adelante, como si súbitamente soplase un viento por detrás.

Slick describió una parábola en el aire y dio en tierra con los hombros, resbalando después una veintena de pies por el suelo.

La Tía Nora comenzó a dar saltos de alegría y a gritar:

—Eso es lo que yo hubiera querido hacer con él.

Alice Cash dedicó una sonrisa de gratitud al individuo que parecía un gorila.

—¿Dice usted que este hombre ha metido en el bolso ese fajo de billetes? —preguntó el guardia.

—Sí —afirmó el gorila.

El guardia se dirigió furioso a Slick, que se levantó apresuradamente del suelo y corrió hacia la puerta. Se dio cuenta de que el guardia le alcanzaría antes de llegar y sacó dos revólveres.

Ambos estaban dotados de un silenciador y comenzó a hacer fuego con ellos. Las balas no alcanzaron al policía, que enseguida buscó protección y sacó su arma.

Slick consiguió ganar la puerta. Un taxi acertó a pasar por ella en el mismo momento. El pistolero se metió en él de un salto y aplicó el cañón caliente de uno de sus revólveres al cuello del chofer.

El coche partió como si hubiera estallado detrás de él una carga de dinamita.

El guardia salió también, pero no se atrevió a disparar a causa del tráfico.

Volvió a entrar en el rascacielos y llamó por teléfono a la Central de Policía para que saliesen a perseguir el taxi.

—Se nos ha escapado —le dijo al gorila y a las dos mujeres, cuando acabó de dar su parte—. Y ahora estas dos señoras tienen que responder de estos dos revólveres que llevaban en el bolso.

—Me han dicho que vienen a ver a Doc Savage —dijo el gorila con su voz infantil.

—Eso es diferente —dijo el guardia sonriendo, y se alejó como si en su vida hubiera visto a las dos mujeres ni sus armas.

Alice Cash se quedó con la boca abierta ante la mágica influencia del nombre de Doc Savage.

La Tía Nora sonrió después de tragar saliva varias veces.

—¿Cómo ha podido usted sacarnos de esto? —le preguntó a su salvador—. En Nueva York son muy severos con la gente que lleva armas prohibidas.

El gorila se echó a reír.

—El hecho de que vengan ustedes a ver a Doc Savage lo ha arreglado todo.

—Doc Savage debe de tener una gran reputación en esta ciudad —dijo la Tía Nora pensativa—. ¿No es usted, verdad?

—¿Quién? ¿Yo? ¡No! Yo soy sólo uno de los cinco ayudantes de Doc Savage.

—¿Cómo se llama usted?

—Teniente Coronel Andrew Blodgett Mayfair.

—Pero apostaría a que no le llaman a usted todas esas cosas.

—No. Es suficiente llamarme «Monk», para que atienda enseguida.

Monk podía haber añadido que era un químico cuyo nombre se mencionaba con respeto en los círculos científicos de América y de Europa, pero no le gustaba cantar sus propias alabanzas.

El ascensor las condujo rápidamente, acompañadas de Monk, al piso ochenta y seis, cuando estaban cerca de la puerta de la oficina de Doc Savage, oyeron en el interior el murmullo de una voz.

La Tía Nora hizo un gesto de colérica sorpresa.

—Conocería esa voz en cualquier parte —exclamó—. Es Judborn Tugg.

—¿Quién es ése? —preguntó Monk con interés.

—Un sinvergüenza que no nos quiere bien. Slick Cooley, el individuo a quien usted ha pegado abajo, le sigue como la sombra al cuerpo. Tan bribón es el uno como el otro.

Monk pensó un momento acerca de lo que le decía y luego hizo seña a las dos mujeres de que se apartasen un poco.

A continuación abrió la puerta de la oficina y permaneció en ella, moviendo nerviosamente las manos, como si se encontrase embarazado.

—Dispensa —dijo—. No sabía que estuvieses acompañado.

Y se dispuso a retirarse. Sólo Doc observó que los movimientos, al parecer inconscientes de las manos de Monk habían emitido un mensaje por señales.

«Sal aquí fuera un momento, sin alarmar a tu visitante» había dicho Monk.

Doc se levantó, diciendo:

—Perdone un momento. Tengo que hablar con este hombre.

A pesar de su enorme peso y rápido paso, no hizo ningún ruido al acercarse a la puerta.

Realizaba todos sus movimientos con un extraño silencio y con una ligereza natural que indicaba unos músculos tremendamente desarrollados.

Judborn Tugg, en lugar de sospechar nada, se alegró de que Doc

Savage saliera un momento de la habitación.

Tugg no se había repuesto aún de la impresión que le causara la petición de Doc de un millón de dólares en pago de sus servicios y pensó que aprovecharía la oportunidad para recobrar el equilibrio perdido.

Doc cerró la puerta del corredor y pocos segundos después estaba en presencia de las dos mujeres.

La Tía Nora abrió la boca y no trató de disimular su asombro al ver al gigante de bronce. Se puso en jarras y una ancha sonrisa llenó de arrugas su simpática cara.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró—. Usted es la respuesta a las plegarias de esta pobre muchacha.

Alice Cash no se quedó exactamente con la boca abierta, pero sus labios se entreabrieron ligeramente y sus ojos se dilataron con el asombro.

A continuación echó una ojeada de disgusto a sus maltratadas ropas.

La presencia de Doc Savage solía causar esta impresión en las mujeres jóvenes. Los ojos femeninos acostumbraban a advertir en el acto la buena presencia de Doc Savage.

Los hombres, en cambio, sólo se fijaban en su tremendo desarrollo muscular.

Monk hizo las presentaciones del caso.

—¿Qué le estaba contando Judborn Tugg? —preguntó la Tía Nora con ansiedad.

—Muchas cosas —repuso Doc Savage tranquilamente—. Es uno de los embusteros más grandes que he conocido en la vida.

Si Judborn Tugg hubiera oído estas palabras su sorpresa no hubiera tenido límites, pues según su opinión, podía decir cualquier mentira con el mismo aplomo que la verdad. Pero Doc Savage, con sólo prestar atención al tono de su voz, había descubierto todas sus facultades.

La Tía Nora cruzó las manos y dirigió a Doc Savage una mirada suplicante.

—Necesito su ayuda —dijo—, pero no tengo un céntimo con que pagarle.

Los extraños ojos dorados de Doc Savage estudiaron a la Tía

Nora y a Alice Cash. Sus facciones bronceadas permanecieron tan sin expresión como si en realidad fueran de metal.

Sin decir una palabra se volvió y entró en su despacho.

—No me interesa su proposición —le dijo a Tugg.

Tugg se quitó el cigarro de la boca, como si de pronto le amargase.

—Le puedo pagar bien —advirtió—. Quizá le pagase el millón que pide, con tal de que usted hiciera el trabajo que necesito.

—No.

Tugg se puso como la grana. Para él era inconcebible que un hombre rechazase tan bruscamente un millón de dólares.

Su asombro hubiera sido mucho mayor al saber que Doc Savage se proponía acudir en auxilio de la Tía Nora Boston, que acababa de confesar que no le podría pagar ni un céntimo.

—Si cambia usted de opinión me podrá encontrar en el Hotel Triplex —dijo Tugg con voz fuerte y colérica.

—No cambiaré de opinión —repuso Savage; y extendiendo una mano, cogió a Tugg por el cuello de la chaqueta.

Antes de que Tugg se diera cuenta de lo que ocurría, se encontró en el aire.

Su chaqueta se rompió por dos o tres sitios, pero resistió su peso. Impotente, como un gusano en la punta de un palo, fue conducido al corredor y depositado en uno de los ascensores.

—Si quiere usted conservar la salud será mejor que no se presente de nuevo en mi casa —le dijo Doc, en el mismo tono de un médico que aconseja a un paciente con síntomas peligrosos.

El ascensor se llevó a Tugg.

Monk, con una expresión inocente, se acercó a Doc y le preguntó:

—¿No ha dicho ese pájaro que se hospedaba en el Hotel Triplex?

Doc asintió e invitó a la Tía Nora y a Alice Cash a que entrasen en su despacho.

Monk se acercó al teléfono público que había instalado en el corredor.

Llamó al Hotel Triplex y preguntó por el director.

—Tiene usted un huésped que se llama Judborn Tugg —dijo Monk—. Doc Savage acaba de expulsarle de su despacho.

—En ese caso le echaremos también del Hotel Triplex —replicó el director.

Cuando Judborn llegó al Hotel Triplex, encontró sus maletas esperándole en el pasillo. El administrador en persona las vigilaba.

—Lo siento —le dijo con frialdad—, pero no podemos seguir teniéndole en este hotel.

Tugg estuvo a punto de morir de la sofocación. Después empezó a gritar y a maldecir, agitando los brazos y amenazó con demandar al hotel por daños y perjuicios por un millón de dólares.

—Haga el favor de marcharse de aquí cuanto antes, o le mandaré detener por alterar el orden —le advirtió el administrador, entrando en el establecimiento.

Un momento después, una limosina oscura y con las cortinas corridas, se acercó a la acera.

El chofer sacó la cabeza y dijo:

—Sube.

Era Slick Cooley, parcialmente disfrazado con un impermeable y un sombrero metido hasta los ojos.

Judborn Tugg metió sus maletas delante y ocupó el asiento posterior. En este momento los cabellos se le pusieron de punta.

El asiento posterior estaba ya ocupado por una figura vestida con una especie de saco negro, que llevaba pintada en el pecho la imagen de una campana verde.

La siniestra aparición llevaba un revólver en cada una de sus enguantadas manos.

—No se preocupe usted de los revólveres —dijo con una voz, hueca e inhumana—. Soy la Campana Verde y los revólveres son sólo una precaución para recordarle que no debe caer en la tentación de arrancarme la capucha para descubrir mi identidad.

Slick condujo la limosina fuera de la corriente del tráfico.

—Bajaba por la calle cuando me llamó desde este coche —le dijo a Tugg—. No llevaba chofer…

—No hice más que detener el coche delante de usted antes de ponerme la capucha —interrumpió la voz sepulcral de la Campana Verde—. Incidentalmente, este auto es robado, pero no creo que el propietario lo eche de menos en algunas horas. ¿Qué le ha ocurrido a usted, Tugg?

Tudborn Tugg estaba haciendo esfuerzos para identificar la voz de la Campana Verde, pero no le fue posible distinguir nada familiar en ella.

Rápidamente explicó el desgraciado final de su visita a Doc Savage.

—No me ha servido usted para nada —la voz ronca de la Campana Verde se hizo colérica—. Este Doc Savage es un tipo de hombre diferente del que usted ha creído.

Tugg, aún irritado por el recibimiento que le habían dispensado en el hotel, dijo enfadado:

—Ésta es mi primera equivocación.

La Campana Verde le miró fijamente. Los agujeros abiertos en la capucha para los ojos, estaban protegidos por lentes de un verde intenso. El efecto de la mirada era por demás siniestro.

—No hay que emplear ese tono conmigo —dijo—. Sabe usted muy bien, Tugg, que puedo pasarme sin aquéllos que no cooperan en la forma que a mí me gusta. Usted no es una excepción. Le tengo a mi servicio sólo como agente. Pretende usted ser ciudadano principal de Prosper City y yo le dejo que lo sea, porque me conviene. Su fábrica de tejidos estaba al borde de la bancarrota, gracias a su mala administración, cuando yo aparecí en la escena. Sigue usted teniendo el control del negocio porque yo le di el dinero necesario para pagar el interés de sus préstamos.

Judborn Tugg se deshinchó como una cámara de automóvil que ha pisado un clavo.

—No he querido ofenderle —murmuró—. Estaba excitado por la manera como me ha tratado Doc Savage.

—Yo me encargaré de ese hombre —dijo la Campana Verde con tono amenazador.

—Es un individuo peligroso, especialmente si tiene un cerebro en relación con su increíble fuerza física —dijo temblando Tugg.

—No queremos que Doc Savage esté contra nosotros —replicó la Campana Verde—. Ya he puesto en marcha un plan que tendrá a Doc Savage tan ocupado que no podrá intervenir en nuestros asuntos.

—Me gustaría verle muerto —dijo con rabia Tugg.

—Puede que se cumplan sus deseos —dijo su jefe—. El final de

mi plan es la muerte de Doc Savage en la silla eléctrica.

Ordenó a Slick que se metiese en una calle oscura y allí se apeó y desapareció entre las sombras de la noche. Slick y Tugg abandonaron el coche robado un poco más lejos.

IV
Testigos acusadores



En sus habitaciones del piso ochenta y seis del rascacielos, Doc Savage escuchaba el relato de la Tía Nora Boston y de Alice Cash. Monk permanecía en segundo término, admirando furtivamente la hermosura de Alice.

—Mi hermano ha desaparecido —decía la joven pálida de espanto—. Se nos acabó la gasolina en Nueva Jersey y él fue andando hasta un surtidor. Es la última vez que le hemos visto.

—Creímos oírle gritar —agregó la Tía Nora—, pero no pudimos encontrarle.

Alice se llevó los dedos a los descoloridos labios y dijo por entre ellos:

—Poco antes habíamos oído a la Campana Verde por radio.

—La voz de la Campana Verde por la radio siempre significa la muerte de algún inocente —aclaró la Tía Nora.

—¡Pobre Jim! —murmuró Alice llorando—. Tengo la impresión de que algo terrible le ha sucedido.

Doc Savage podía hacer cosas notables con su poderosa voz. Habló con un tono tranquilo y suave, encaminado a calmar la excitación de las dos mujeres.

—Su relato es un poco inconexo —les dijo—. Lo mejor será que empiecen ustedes a contarme las cosas desde el principio.

La Tía Nora cerró los puños, y mirándoselos fijamente comenzó a hablar.

—Las desgracias en Prosper City empezaron hace muchos meses,

cuando Tugg y Compañía redujeron los salarios. Con ello empezó la primera serie de huelgas…

—Tudborn Tugg me ha contado ya todo eso —interrumpió Doc Savage—. Todos los negocios en Prosper City se hallan paralizados. Una cuadrilla de agitadores quema y destruyen todas las fábricas o minas que pretenden reanudar las operaciones, y aterrorizan a la gente que intenta volver al trabajo. Tugg me ha dicho también que usted era el jefe de los agitadores.

—¡Embustero! —rugió la Tía Nora—. Todo lo que yo he hecho ha sido organizar una sociedad benéfica para auxilio de algunos de los desgraciados que se encuentran sin trabajo.

—La Tía Nora ha salvado a mucha gente de morirse de hambre —interpuso Alice Cash—. Ha gastado todo su dinero y todo el que le han prestado en dar de comer a esos desgraciados.

—Tú te callas —ordenó ásperamente la Tía Nora.

—No me callaré —protestó Alice—. Creo que Mr. Savage debe conocer toda la verdad y saber que ha sido usted un ángel bienhechor.

La Tía Nora se puso encendida y no supo contestar.

—¿Y quiénes son esos agitadores, causa de todos los males? —preguntó Doc.

—Desde luego, son bandidos a sueldo —declaró la Tía Nora—. Pero nadie sabe exactamente quiénes son. Siempre se presentan vestidos con ropajes negros que llevan una campana verde pintada en el pecho.

—¿No saben quién es su jefe?

—No. Alice, su hermano y Ole Slater me han auxiliado en la empresa de tratar de averiguarlo.

—¿Quién es Ole Slater? —demandó Doc.

—Un joven que cree que puede escribir comedias y que está enamorado de Alice. Está reuniendo datos para una función y se hospeda en mi casa. Olvidé decirle que tengo una casa de huéspedes.

—¿Y cree usted que Slick Cooley y Judborn Tugg pertenecen a la banda de la Campana Verde? —siguió preguntando Doc Savage.

—No tengo pruebas —confesó la Tía Nora—. Pero deben pertenecer. Uno de los dos puede ser la Campana Verde en persona.

Monk intervino en la conferencia, preguntando suavemente:

—¿Y el jefe de Policía de Prosper City no ha hecho nada en relación con este asunto?

—¡Ese viejo idiota! —rezongó la Tía Nora—. Se llama Slem Clements y tiene a Judborn Tugg por el hombre más grande y más honrado del mundo. No creo que Clements sea un bribón, pero desde luego es tonto.

—¿Y cómo es que Tugg tiene tanta influencia? —demandó Monk.

—Judborn Tugg presume de ser el hombre de negocios más importante de Prosper City y tiene engañados a muchos incautos, entre ellos a Clements. Ha difundido la historia de que soy yo la Campana Verde y ha conseguido que Clements y muchos otros le crean. He temido muchas veces que me metieran en la cárcel.

—No se han atrevido a tanto —aclaró Alice—. La pobre gente a quien la Tía Nora ha socorrido quemaría la cárcel para sacarla de ella. Y creo que no se han atrevido a hacerle ningún daño por la misma razón.

La Tía Nora se echó a reír.

—Le he dicho a todo el mundo que si me ocurre algo será obra de Tugg, de manera que si la Campana Verde me asesina o me vuelve loca, mis amigos lincharán a Tugg. Por eso no me ha ocurrido nada.

—¿Qué quiere decir eso de que la volviera loca? —interrumpió Doc Savage.

Alice Cash tembló:

—Es una cosa horrible que les ocurre a los trabajadores que insisten en volver a ocupar sus puestos en las fábricas. Nadie sabe cómo se hace, pero el hecho es que se vuelven locos. Ha ocurrido más de una docena de veces.

Doc y Monk meditaron durante algunos momentos acerca de la historia que acababan de oír. Era tanto más asombrosa, puesto que el motivo de todos aquellos hechos no resultaba claro.

—¿Cómo es que no ha intervenido el Gobierno Federal? —inquirió Monk.

—Clements afirma que domina la situación —dijo Alice Cash—. Hemos llegado a ella de una manera gradual; un forastero que

acabase de llegar a Prosper City creería que se trataba solamente de huelgas sin importancia.

La Tía Nora, que desde hacía algunos instantes mantenía un estricto silencio, explotó al fin.

—Jim Cash nos confesó haber descubierto quién es la Campana Verde —aclamó—, y eso me hace suponer que ha sido asesinado.

Alice Cash exhaló un gemido y se cubrió la cara con las manos. Monk se adelantó como para consolarla.

En el corredor, junto a la puerta de la habitación, se produjo de pronto un gran tumulto.

Doc saltó a la puerta y la abrió de par en par.

En el corredor había dos hombres con las manos levantadas, frente a un tercero que empuñaba una pistola automática.

Las manos que uno de los dos primeros mantenía en el aire eran tan enormes que parecía imposible que no le hiciera perder el equilibrio.

Cada una de ellas estaba formada por mucho más de dos kilos de hueso y músculo.

Este individuo era el coronel John Renwick, conocido entre sus amigos por el nombre de Renny. Era, entre otras cosas, un ingeniero de fama mundial y millonario.

Su afición principal era romper puertas a puñetazos.

El que estaba junto a él con los brazos en alto, era delgado y de mal color; rubio y de ojos claros. Al lado de su poderoso compañero parecía un niño.

Era Long Tom. Entre los especialistas en electricidad le llamaban el Comandante Thomas J. Roberts, un verdadero mago en su profesión.

Renny y Long Tom eran dos de los cinco ayudantes de Doc Savage.

El de la pistola era un individuo a quien Doc no había visto en su vida. Era alto, atlético y de buen aspecto. Retrocedió hasta un ascensor; saltó dentro de él y desapareció.

Renny y Long miraron desconcertados a Doc.

—Hemos sorprendido a ese pájaro escuchando en la puerta —dijo Renny con una voz poderosa, que recordaba el rugido de un león en cerrado en una jaula—. Le hemos querido detener, pero ha

sacado la pistola sin darnos tiempo de nada.

Doc corría por el pasillo, mientras escuchaba las palabras de su compañero. Llegó al último ascensor. Apretó un botón secreto y las puertas se abrieron solas.

Este ascensor era reservado para uso exclusivo de Doc Savage y estaba dotado de una maquinaria especial que funcionaba a una velocidad tremenda.

El descenso fue tan rápido que el suelo se separó algunos centímetros de los pies de Doc, que apenas volvieron a tocarlo durante los primeros cuarenta pisos. Luego vino el tremendo impacto de la parada.

Los cinco ayudantes de Doc, todos ellos hombres fuertes, solían caer de rodillas en este momento. Los músculos de las piernas de Doc eran tan poderosos que resistieron la sacudida sin esfuerzo aparente.

Salió al vestíbulo del edificio. El ascensor que conducía al joven de la pistola aún no había llegado, pero apareció a los pocos momentos.

El fugitivo salió de espaldas para seguir amenazando con su arma al empleado encargado de aquel ascensor. Doc le cogió por los brazos y sus dedos de bronce se hundieron en la carne del joven, que lanzó un grito de dolor. Dejó caer el arma, pues sus dedos se extendieron involuntariamente bajo la presión de la mano de Doc.

Trató de defenderse con los pies, pero el dolor le paralizó enseguida. Dejó caer la cabeza sobre el pecho y los ojos se le pusieron vidriosos. Estaba a punto de desmayarse.

Doc le cogió por debajo de un brazo, se metió con él en el ascensor especial y regresó al piso ochenta y seis.

Alice, la Tía Nora y los demás, le esperaban en el corredor.

El prisionero de Doc apenas se podía tener en pie. Doc le sostuvo por un brazo para que no se desplomase en el suelo.

La Tía Nota le miró con los ojos desorbitados de asombro. El mismo sentimiento se reflejó en las bellas facciones de Alice.

—¿Le conocen? —preguntó Doc.

—¡Es Ole Slater! —exclamó Alice—. Mi… Nuestro amigo de Prosper City.

Ole Slater recobró el uso de la palabra cuando le depositaron en

una de las grandes butacas del despacho de Doc.

—Estaba preocupado por ustedes y las seguí hasta Nueva York —dijo a la Tía Nora y a Alice.

—No debía usted haberse puesto a escuchar detrás de esa puerta —le informó severamente la Tía Nora.

—No es necesario decírmelo. —Ole Slater se tocó los brazos con precaución y luego miró las metálicas manos de Doc, como asombrado de que pudieran haberle hecho tanto daño—. Me detuve un momento a escuchar junto a la puerta, por precaución. Entonces cayeron sobre mí esos dos hombres y perdí la cabeza. Creí que eran campanas verdes.

La Tía Nora sonrió a Doc.

—Este joven es amigo nuestro —le dijo—. Estoy segura de que no intentaba nada malo.

—Desde luego —añadió Alice en defensa de su amigo.

—Siento mucho lo ocurrido —dijo humildemente Ole Slater—. Estaba muy preocupado por la Tía Nora, Alice y Jim.

El dolor se volvió a reflejar en las facciones de la pobre Alice.

—Jim ha desaparecido, Ole.

Ole Slater escuchó la historia de lo ocurrido en Nueva jersey, comenzando por el siniestro tañido de la Campana Verde a través de la radio.

La Tía Nora agregó algunos detalles más acerca de la situación de Prosper City.

Doc la interrogó minuciosamente, pero poco pudo agregar a lo que ya había manifestado. Alice Cash era secretaria de Collison Mac Alter, propietario de unas hilaturas que eran el principal competidor de Tugg y Compañía, pero que entonces estaban cerradas como casi todos los negocios de la ciudad.

La Campana Verde, por alguna razón aún desconocida, mantenía todas las industrias de Prosper City paralizadas por medio del terror.

Hacía media hora que estaban hablando de la situación, cuando dos hombres entraron precipitadamente en la estancia.

Uno de ellos gritó, agitando un bastón negro que llevaba en la mano.

—¡Estás en un aprieto tremendo, Doc!

El bastón que agitaba este hombre tenía un aspecto completamente inocente, pero llevaba dentro una hoja del más fino acero de Damasco. El que lo llevaba era alto, delgado, de frente alta y vestía con gran elegancia.

Había alcanzado durante la Gran Guerra el grado de general y era el abogado más hábil que había salido de su universidad.

Su elegancia era tan notoria, que los sastres le seguían por la calle para ver sus trajes. Sus amigos le llamaban Ham de apodo.

—Te acusan de asesinato, Doc —explicó el segundo de los recién llegados.

Éste era un hombre tan alto y tan delgado, que sólo parecía tener piel y huesos. Llevaba unas gafas con el cristal izquierdo mucho más grueso que el derecho. El cristal izquierdo era en realidad un poderoso lente de aumento.

Su dueño había perdido el ojo izquierdo durante la guerra y puesto que necesitaba un lente de aumento en su profesión de geólogo y arqueólogo, lo llevaba en el lado izquierdo de sus gafas para tenerlo siempre a mano.

Se llamaba William Harper, y disfrutaba de una fama casi universal entre los de su profesión. Entre sus amigos, se le conocía por el sobrenombre de Johnny.

Con estos dos hombres estaba completo el grupo de los cinco extraordinarios ayudantes de Doc Savage. Cada uno de ellos tenía pocos iguales en su carrera y todos adoraban las aventuras, de las cuales disfrutaban en abundancia en compañía de su jefe.

Doc parecía buscar siempre los caminos más peligrosos.

Indudablemente lo más notable en aquella compañía de aventureros, era la capacidad de Doc, que sobrepasaba en sus profesiones respectivas a sus cinco amigos. Sabía en efecto más sobre electricidad que Tom, y ejercía la misma supremacía en química, geología, derecho e ingeniería.

—¿Quién dice que soy yo un asesino? —preguntó Doc.

—La policía de Nueva Jersey tiene una orden de detención contra ti —le informó Ham, quitando aún su bastón—. Tienen cinco testigos que dicen haberte visto arrojar a un hombre contra el tercer riel de un ferrocarril eléctrico para electrocutarle.

—Y traen consigo a los testigos para que le identifiquen —

añadió Johnny—. Están a punto de llegar.

Ham asintió con vehemencia.

—No tardarán. Un agente de Nueva Jersey, sabiendo que yo me ocupo siempre del aspecto legal de nuestros contratiempos, me ha dicho lo que ocurría.

—¿Y a quién dicen que he asesinado? —preguntó Doc.

—A un individuo cuyo nombre no he oído en mi vida —repuso Ham—. Jim Cash.

Alice se hundió en un sillón, ocultó la cara entre las manos y comenzó a sollozar convulsivamente.

Monk, que estaba mirando por la ventana, dijo bruscamente:

—Mirad.

Doc se acercó a su lado.

Un automóvil, se había detenido a la puerta del edificio. De él se apearon nueve individuos. En el techo del vehículo se leían los símbolos de la policía de Nueva jersey.

—La policía con los testigos —murmuró Monk.

V
El camino del peligro



Doc se apartó de la ventana. Sin prisa aparente, pero en realidad con una ligereza engañadora, se acercó a la mesa y tocó varios segmentos de sus molduras, que cedieron a la presión de sus dedos, para volver inmediatamente a su lugar.

Todo el tablero labrado de la mesa era un macizo de resortes.

—Monk, tú y Ham os quedáis aquí para entretener a esa gente —ordenó Doc.

Monk inspeccionó al impecable Ham e hizo un gesto de desagrado.

—Está bien. Trataré de entenderme con este pollo.

Ham echó chispas por los ojos y miró a Monk agitando la caña sugestivamente. Su expresión decía claramente que nada en el mundo le proporcionaría más placer que hundir la hoja de su estoque en el cuerpo de Monk.

—El día menos pensado me haré un tapiz con tu pellejo —le dijo.

Estas amenazas, acompañadas de feroces miradas no tenían nada de extraordinario en ellos. Ham y Monk siempre estaban regañando. Sus diferencias databan de la Gran Guerra y la causa era un incidente al cual debía Ham su apodo.

En una ocasión, Ham, para divertirse, enseñó a Monk algunas palabras francesas muy insultantes y le dijo que eran los adjetivos más apropiados para congraciarse con un general francés.

Monk las empleó y dio con sus huesos en el calabozo.

Poco después de ser puesto en libertad, el elegante general Theodoro Marley Brooks fue acusado del robo de unos jamones. Alguien colocó el cuerpo del delito en su tienda.

Y el mote de Ham no se lo pudo quitar desde entonces. Y lo que más irritaba a Ham era que nunca pudo probar que fuera Monk quien le había jugado la trastada.

Monk miró con aire amenazador a Ham y preguntó a Doc:

—¿Dónde vas?

—Si no lo sabéis, podréis decir la verdad cuando os lo pregunte la policía —le replicó Doc.

Todos, excepto los dos designados, salieron del despacho y entraron en el ascensor especial. Siguió un descenso terrorífico que les condujo hasta el piso bajo.

Sin duda la policía de Nueva jersey y sus testigos se cruzó con ellos en algún punto del viaje.

Doc condujo a sus amigos por un corredor y entraron en un garaje que mantenía en una de las dependencias del piso bajo. En él había varios coches, todos excelentes, pero de colores sobrios.

Doc se acercó a una limosina y del bolso de una de las portezuelas sacó dos objetos. Uno de ellos semejaba un enorme reloj de pulsera.

El otro era una caja con numerosos resortes y que por medio de unas correas, podía llevarse oculta debajo de la ropa.

Los dos aparatos estaban conectados por medio de un alambre.

Doc apretó los resortes y sobre el cristal de la esfera del primero de los aparatos apareció la imagen de la habitación que acababan de dejar.

La Tía Nora miró la imagen y observó las figuras de Monk y de Ham. Sus ojos amenazaron con salirse de sus órbitas, cuando les vio acercarse a la puerta para permitir la entrada a una fila de hombres.

—¡Un aparato de televisión! —exclamó con asombro—. No sabía que los hiciesen tan pequeños.

—Los únicos que existen de ese tamaño son los que tiene Doc —le dijo Long Tom, con la satisfacción del hombre que trata de un adelanto notable en su profesión—. Doc mismo los ha construido. El transmisor está escondido en la pared de su despacho.

En la limosina había una instalación de radio, Doc abrió el

aparato y el altavoz comenzó a repetir la conversación que se desarrollaba en la estancia del piso ochenta y seis. Con el televisor y la radio, Doc y los demás podían seguir la escena casi con la misma exactitud que si estuvieran presentes en ella.

Cuatro de los hombres que acababan de entrar llevaban el uniforme de la policía de Nueva Jersey. Un detective de Nueva York les acompañaba.

Los otros cuatro podrían haber sido recogidos en cualquier taberna.

Llevaban trajes, sombreros y corbatas completamente nuevos, lo cual despertaba la sospecha de que habían sido vestidos adrede para aquella ocasión.

—¿Dónde está Doc Savage? —preguntó uno de los agentes.

—A mí que me registren —dijo Monk con la cara más inocente del mundo.

—Ésta es una misión dolorosa para nosotros —dijo otro de los guardias— pues sabemos que Doc Savage es un hombre de excelentes sentimientos.

—No tan excelentes —protestó uno de los siniestros testigos—. Nosotros le hemos visto asesinar a un hombre. Ham levantó las cejas y dedicó una mirada dura al cuarteto. Éste era su elemento. Como abogado, había tenido que entenderse con más de un testigo falso.

—¿Han presenciado ustedes el crimen? —preguntó.

—Sí —afirmó a coro el cuarteto.

—¿Y están ustedes seguros de que ha sido Doc Savage? —el tono de Ham les llamaba embusteros con perfecta claridad.

—Sí. Hemos visto su retrato en los periódicos. Era él. No tenemos ninguna duda.

Ham señaló al cuarteto con su bastón en un gesto dramático.

—La Campana Verde les ha enseñado un retrato de Doc Savage y les ha dado dinero, para que juren que ha sido él quien ha cometido ese crimen, ¿no es así?

La brusca acusación no dio los resultados deseados. El que llevaba la palabra de los cuatro testigos, hizo un guiño a los guardias.

—Este individuo debe de estar mal de la cabeza —dijo—.

Nosotros no sabemos nada de ninguna Campana Verde. Hemos visto a Doc Savage empujar a un pobre hombre contra aquel tercer riel y como honrados ciudadanos lo hemos puesto en conocimiento de la policía.

—Eso es —dijo otro de los falsos testigos—. Y no tenemos por qué escuchar insultos de este hombre.

—Calle usted —ordenó uno de los guardias. Luego se dirigió al abogado y le preguntó si sabía dónde se encontraba Doc Savage.

—No —replicó Ham y decía la verdad. Luego entró en la biblioteca y salió llevando una fotografía de un numeroso grupo de gente. Presentó el retrato a los cuatro individuos que afirmaban haber visto el crimen.

—Vamos a ver si conocen ustedes a Doc Savage —dijo.

Doc Savage no estaba en el retrato y Ham esperaba cogerlos en una falsa identificación. Tampoco le dio resultado la estratagema.

—¿Por quién nos ha tomado usted? —protestó uno de los testigos—. Savage no está aquí.

El abogado comenzó a preocuparse. Estaba ahora seguro de que aquellos bribones habían visto un retrato de Doc para identificarle. Savage tendría que hacer frente a un proceso por asesinato.

La policía de Nueva Jersey y de Nueva York tenía en gran estima al hombre de bronce, pero no podrían dejar en libertad a Doc Savage, habiendo cuatro testigos que aseguraban haberle visto matar a un hombre.

—¿Puede usted decirme si Doc Savage está dispuesto a entregarse a la justicia? —preguntó uno de los agentes de la autoridad.

—No —rugió Monk—. ¡De ninguna manera permitirá que le metan en la cárcel por una acusación falsa!

Los guardias adoptaron entonces una actitud más severa.

—Pues nos veremos obligados a detenerle donde le encontremos.

—No hagan caso a lo que diga éste —interpuso Ham—. No tiene ni pizca de sentido común, de manera que no sabe lo que piensa hacer Doc Savage. Yo estoy seguro de que tomará todas las medidas necesarias para auxiliar a la policía.

Los guardias mostraban claramente su disgusto por lo que estaba

ocurriendo.

—Se trata de una acusación de homicidio —dijo el detective de Nueva York—, y me temo que tendremos que dar una orden de detención contra él.

La policía y el cuarteto de falsos testigos se dispusieron a partir.

—Mejor sería que vigilasen ustedes a esos cuatro pájaros —les advirtió Ham.

—No se preocupe —le replicó uno de los guardias—. Ahora los meteremos en la cárcel y los tendremos allí hasta que esto se aclare.

Doc Savage dio tiempo a que la policía saliera del edificio. Luego, por medio de un teléfono interior habló con Ham.

—La cosa tiene muy mal aspecto —le dijo—. Si me entrego tendré que ir a la cárcel. No hay libertad provisional en un caso de asesinato. Lo mejor que se puede hacer es salir de Nueva York, de manera que nos vamos inmediatamente a Prosper City.

—¡Magnífico! —exclamó Ham—. Vamos a atacar a la Campana Verde en su propio campanario.

—Tú no vienes —le dijo Doc.

—¿Por qué, Doc? —preguntó Ham disgustado.

—Porque alguien se tiene que quedar en Nueva York para encargarse de esta acusación de asesinato y tú eres el más indicado.

Doc colgó el teléfono sin hacer caso de las vehementes protestas de su amigo. La idea de quedarse en Nueva York cuando les demás iban a correr aventuras peligrosas, era un golpe duro para Ham.

Era, sin embargo, el más indicado para permanecer en Nueva York a causa de su profesión.

Doc tenía la costumbre de asignar a cada uno de sus hombres el trabajo para el cual estaban mejor preparados. En aquel caso un abogado era lo que hacía falta.

Monk no tardó en entrar en el sótano. Sonreía de tal manera que parecía como si las pequeñas orejas se le fueran a juntar en el cogote.

Se daba cuenta del disgusto de Ham y estaba tanto más contento por ello.

—Saldremos para Prosper City dentro de media hora. ¿Estarán ustedes dispuestos? —la pregunta iba dirigida a la Tía Nora, a Alice y a Ole Slater, pues Doc sabía que sus hombres tenían tiempo de

sobra con aquel intervalo.

—Sólo tenemos que recoger las maletas que están en nuestro coche cerca de aquí —dije la Tía Nora.

—Yo tampoco tardaré en recoger la mía de la estación, donde la he dejado —ofreció Ole Slater.

Doc designó a Monk y Renny para que escoltasen a las dos mujeres, con gran satisfacción de Monk, que se moría por la compañía de las mujeres bonitas.

Ole Slater declaró que él no necesitaría protección, pues no creía que la Campana Verde estuviera enterada de su presencia en Nueva York.

Todos pudieron notar que Ole Slater miraba con hostilidad a Monk, cuando éste ofreció galantemente el brazo a Alice Cash.

Cada uno de los amigos de Doc reunió el equipaje que acostumbraba a llevar en todas sus excursiones.

Monk, por ejemplo, tenía un laboratorio químico, pequeño pero muy completo, Long Tom una serie de elementos propios también de su profesión.

Johnny, el arqueólogo y geólogo, llevaba la mayor parte de su equipo en la cabeza, en forma de conocimientos; por lo tanto, se encargaba de las ametralladoras, municiones, y algunas granadas de mano.

Las ametralladoras eran de un modelo notable. Parecían pistolas automáticas un poco más grandes que las corrientes y disparaban a una velocidad extraordinaria.

Todas estas armas eran destinadas a causar terror entre los enemigos, más bien que a matarlos, pues Doc y sus amigos nunca atentaban contra una vida humana si podían evitarlo.

Sin embargo, los enemigos de Doc morían muchas veces en las trampas que ellos mismos disponían para el hombre de bronce.

El grupo se reunió en el sótano y entró en la limosina. Un montacargas especial subió el coche hasta el nivel de la calle. Pocas personas, aparte de los empleados del edificio, conocían la existencia del garaje.

Ham, golpeando desconsoladamente el suelo con su bastón estoque, los vio partir desde la acera. Temía aburrirse sólo en Nueva York.

En momentos de peligro, Doc tenía la costumbre de utilizar coches abiertos o de ir fuera, de pie en el estribo.

Esta costumbre era una medida de prudencia, pues sus extraños ojos dorados descubrían siempre el enemigo antes de que éste se diera cuenta de su presencia.

En esta ocasión no siguió la misma norma y se escondió en el asiento posterior del coche, ya que de otra manera se hubiera expuesto a ser visto por la policía y a tener dificultades por ello.

Renny, se puso al volante y el coche emprendió la marcha. La lluvia había cesado casi completamente. En uno de los barrios extremos de la ciudad se detuvieron ante un gran almacén situado en medio de un campo. A la luz de los faros distinguieron un nombre sobre la puerta.

HIDALGO Y COMPAÑIA

Si alguien se hubiera tomado la molestia de investigar, hubiera descubierto que la supuesta, compañía sólo poseía aquel almacén y que estaba formada únicamente por Doc Savage.

Doc advirtió a todos que no salieran del coche. Por entonces, todos se habían dado cuenta de que los cristales de las ventanillas eran de más de una pulgada de grueso y a prueba de bala y todo el cuerpo de la limosina estaba formado por planchas de acero blindado.

Renny apretó un botón en el tablero de instrumentos, lo cual no produjo ningún efecto aparente en el vehículo. Pero las grandes puertas del almacén se abrieron silenciosamente.

Renny había encendido una linterna que proyectaba rayos ultravioleta, invisibles para el ojo humano, pero que obraban sobre una célula fotoeléctrica que ponía en movimiento el mecanismo de las puertas del almacén.

Al entrar el coche, los faros iluminaron el interior del local y la Tía Nora, Alice Cash y Ole Slater lanzaron tres exclamaciones de sorpresa que se fundieron en una sola.

Alojados en el almacén había varios aviones de diversos tipos, desde el enorme trimotor hasta varios autogiros pequeños. Todos los aparatos eran anfibios, es decir, que podían posarse lo mismo sobre tierra que sobre agua.

El automóvil entró en el hangar y todos sus ocupantes descendieron de él y comenzaron a descargar sus equipajes.

—¡Eh! —exclamó de pronto Monk—. Miren lo que viene ahí.

Siete ominosas figuras surgieron de la oscuridad del exterior. Cuando entraron todos a un tiempo por la ancha puerta, semejaban una bandada de cuervos. Todos iban cubiertos de la cabeza a los pies por un ropaje negro.

En el pecho de cada uno se veía pintada la imagen de la Campana Verde.

Tres de las figuras iban armadas de pistolas automáticas y las otras cuatro con ametralladoras pequeñas.

Colgadas del cuello por medio de cuerdas delgadas que podían romperse de un tirón, llevaban cintas de repuesto para las ametralladoras.

Las siete siniestras figuras se internaron algunos pasos por el almacén.

—¡Fuego! —gritó uno de ellos.

Las armas de que iban provistos abrieron un fuego espantoso. Las balas cayeron como una cascada sobre el grupo formado por Doc Savage y sus amigos.

Las detonaciones retumbaban en el interior del almacén con un ruido ensordecedor.

Alice Cash dio un grito y empujo a la Tía Nora detrás de la limosina. Ole Slater las siguió de un salto.

Doc Savage y sus cuatro ayudantes se limitaron a contemplar la exhibición como si no ocurriese nada.

A las balas les estaba ocurriendo algo misterioso. A pocos pies de Doc y sus hombres, se detenían en medio del aire y caían al suelo como una lluvia de plomo.

Algunas de ellas quedaban como suspendidas en el espacio, extrañamente deformadas.

Ninguna de las balas llegaba a su destino.

La banda de Campanas Verdes se dio cuenta de lo que ocurría y suspendió el fuego tan bruscamente como lo había comenzado.

Se quedaron con la boca abierta, mirando atónitos a sus balas suspendidas en el aire.

El jefe trató de gritar una orden. Su asombro era tal que hizo

varios ruidos abogados e inteligibles antes de poder emitir claramente las palabras.

—¡Huyamos! —gritó—. Esta casa está encantada o algo así.

Los siete se volvieron como un solo hombre y trataron de ampararse en la oscuridad exterior. Lo que acababan de presenciar era desconcertante.

Pero lo que ocurrió entonces fue mucho peor, por lo menos para las Campanas Verdes. Dieron de cabeza contra una pared invisible.

Retrocedieron con las narices ensangrentadas. Dos de ellos cayeron al suelo aturdidos.

Los demás se dieron cuenta de lo ocurrido. Unas paredes de cristal, de un grueso a prueba de bala y muy transparente, se habían levantado delante de ellos.

La de delante debía de estar ya en su lugar cuando entraron y la de detrás se levantó cuando sus pies operaron un resorte secreto escondido en el umbral de la puerta.

Aullando de terror se lanzaron contra la transparente barricada. Dispararon contra ella. Sus balas caían al suelo o se clavaban en el cristal.

Algunas líneas delgadas, que parecían a la vista telas de araña se extendían de los puntos en que sus proyectiles tocaban la extraña barrera Doc Savage miró a sus compañeros y les dijo:

—Contengan la respiración por lo menos un minuto, si pueden.

A continuación sacó del bolsillo varios globos de vidrio muy delgado. Se acercó a la barrera de cristal y los arrojó por encima.

Las pequeñas explosiones que hicieron al romperse se perdieron en el espantoso ruido que hacían las Campanas Verdes.

Doc esperó conteniendo la respiración lo mismo que sus amigos. Ole Slater y las dos mujeres hicieron lo mismo, aunque no sabían de qué se trataba.

Los de las Campanas Verdes empezaron a proceder como personas que se han quedado dormidas de pie y fueron cayendo uno por uno, algunos pesadamente, otros con más cuidado, como si se sintiesen cansados.

Los dos que habían quedado aturdidos al chocar contra la pared de vidrio cesaron en sus convulsiones.

El minuto pedido por Doc había pasado. Entonces hizo una señal

y sus compañeros comenzaron a respirar.

VI
En los dominios del terror



—Pero ¿qué ha ocurrido? —demandó Tía Nora—. ¿Quién los ha hecho dormir de esa manera?

Monk se encargó de explicárselo, probablemente para que le oyera la simpática Alice.

—Las bolas de cristal que ha arrojado Doc, contenían un gas anestésico que produce un efecto instantáneo, pero que al cabo de un minuto de estar mezclado con el aire se vuelve inofensivo.

Doc Savage accionó varias palancas instaladas en la pared del almacén y las barreras de cristal se hundieron sin ruido en el suelo.

—Meted a las Campanas Verdes en el aeroplano grande —ordenó Doc—. La policía llegará atraída por los disparos y es preciso que estemos lejos de aquí para cuando llegue.

La orden fue llevada rápidamente a cabo.

La Tía Nora saltaba en la excitación producida por la rápida sucesión de los recientes acontecimientos.

—Este hangar, esos aeroplanos y la casa en que vive usted en Nueva York, le debe costar una fortuna —le dijo a Doc—. Debe usted ser inmensamente rico.

El hombre de bronce le contestó con una de sus raras sonrisas.

La fantástica verdad acerca de sus riquezas seguiría siendo un misterio para la Tía Nora, lo mismo que lo era para el resto del mundo.

Doc poseía un montón fabuloso de oro. Sus minas estaban ocultas en la remota soledad de las montañas de una república de

Centro América.

Los descendientes de la antigua raza maya que poblaban el valle se encargaban de la extracción del precioso metal.

Cuando Doc necesitaba fondos, sólo tenía que radiar algunas palabras en lengua maya, a cierta hora. Las palabras eran recogidas por una sensible estación instalada en el valle perdido y pocos días después, una caravana de asnos cargados de oro aparecía en la capital de la república.

La carga se depositaba en un banco a nombre de Doc y era raro el viaje en que el tesoro transportado no ascendía a cuatro o cinco millones de dólares.

El suelo del almacén formaba un declive que terminaba en un estanque. El avión fue rápidamente puesto a flote.

Doc tomó los mandos. Los motores se pusieron en marcha. Pocos minutos después, el aparato se cernía a gran altura sobre la superficie del Hudson.

Los compañeros de Doc pudieron ver, por medio de gemelos, un hormiguero de luces rojas alrededor del almacén de donde acababan de salir.

Era la policía que había llegado tarde.

Prosper City estaba hacia el Oeste, pero Doc siguió volando hacia el Norte. Pronto entregó los mandos a Renny. Todos los ayudantes de Doc eran expertos aviadores.

Doc se acercó a los siete prisioneros, que aún estaban bajo los efectos del gas, y los despojó de sus negros ropajes.

La Tía Nora reconoció en todos ellos, a gente maleante de Prosper City.

Alice Cash asintió a las declaraciones de la Tía Nora, pero siguió guardando un triste silencio, profundamente afectada por la muerte de su hermano.

Ole Slater hizo un gesto que restó a sus facciones algo de su buen aspecto y dijo:

—Yo también he visto a estos individuos holgar en Prosper City.

Doc, por medio de una jeringuilla hipodérmica, administró un estimulante a uno de los cautivos, que pronto recobró los sentidos.

El bandido empezó a gritar, lleno de terror al ver al gigante de bronce. Doc le cogió la cabeza entre sus poderosas manos y le

empezó a mirar fijamente a los ojos.

Los demás comprendieron enseguida lo que estaba haciendo. Quería servirse del hipnotismo, pero su víctima estaba demasiado asustada para tratar de resistir el poder de los extraños ojos dorados o darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Por fin permaneció inmóvil, mirando a Doc como un pájaro mira a una serpiente.

—¿Quién es la Campana Verde? —le preguntó Doc con tono imperioso.

—No lo sé —replicó el hombre—. Ninguno de nosotros lo sabe.

En condiciones normales, Doc no le hubiera creído, pero entonces sabía que sólo podría decir la verdad.

—¿Quién les ordenó que nos atacasen en el almacén? —insistió.

—La Campana Verde nos telefoneó. Nos mandó que le siguiéramos y le matásemos en cuanto se presentase la oportunidad. Teníamos que matar también a sus hombres, pero no a Ole Slater ni a las dos mujeres.

—¿Por qué no querrían quitarnos de en medio ni a mí ni a Alice ni a Ole Slater? —preguntó la Tía Nora.

—A causa del efecto que sus muertes hubieran producido en la gente de Prosper City —murmuró el esbirro de la Campana Verde —. Hubieran linchado a Judborn Tugg, y Tugg es necesario para llevar a cabo el plan, cualquiera que éste sea, que yo lo ignoro.

—¿Pertenecen Tugg y Cooley a la cuadrilla de la Campana Verde? —siguió interrogando Doc.

—No lo sé, pero supongo que sí.

Doc hizo una pregunta más.

—¿Le envió la Campana Verde para asesinarme a mí?

—No lo creo. Nos quiso tener cerca para el caso de que fuéramos necesarios, pero su primera idea fue contratarle a usted. Creyó que lo podría hacer fácilmente.

—¿Fue usted y sus compañeros quienes asesinaron a Jim Cash?

—No. Fueron otros de los que trabajan para la Campana Verde.

Doc no pudo obtener más información de aquel hombre. Despertó e interrogó a los otros seis, pero no obtuvo de ellos ningún dato de valor.

Renny dirigió el aeroplano hacia la parte montañosa y poco

poblada del Estado de Nueva York. El aparato volaba a unos trescientos kilómetros por hora, pues era uno de los aviones más rápidos en su clase.

Doc se acercó al transmisor de la radio y envió un breve mensaje.

Más tarde, cuando aterrizaron en un claro del bosque, tres ambulancias les esperaban, ya que habían sido llamadas por el mensaje de Doc.

Algunos hombres vestidos de blanco cargaron a los siete prisioneros en las ambulancias. Pocas palabras se cambiaron.

Las ambulancias partieron y el aeroplano se elevó de nuevo.

La Tía Nora estaba cada vez más asombrada.

—¿Qué les ocurrirá a esos hombres ahora? —preguntó.

—Serán atendidos por mi gente —dijo Doc, y no dio más explicaciones.

Doc tenía una manera original de atender a los malhechores que capturaba.

En la soledad de aquellas montañas mantenía una extraña institución. Los siete hombres serían sometidos allí a una operación del cerebro que les haría olvidar su pasado.

Luego se les enseñaría a ser ciudadanos honrados y se les enseñaría también un oficio. A continuación se les pondría en libertad, convertidos en gente honesta e ignorante de sus criminales actividades pasadas.

Ningún bandido tratado de esta manera había vuelto a cometer el crimen más insignificante.

La institución de Doc hubiera causado sensación en el mundo entero si se hubiera conocido su existencia.

El aeroplano prosiguió su viaje a través de la noche, llevando al extraño hombre de bronce, a sus cuatro extraordinarios auxiliares y a los tres desgraciados a quienes se proponía ayudar.

Poco antes del amanecer aparecieron debajo de ellos las luces de Prosper City.

—El aeropuerto está al Norte de la población —advirtió Alice Cash.

Las luces del aeródromo estaban apagadas y no se veía en él a nadie. Doc posó su aparato en el suelo con extraordinaria suavidad

y se detuvo a unos cincuenta metros de los hangares.

Se abrieron las puertas de uno de ellos y por ellas salieron varios hombres que vestían el uniforme de la policía. Un hombre altísimo y huesudo capitaneaba la fuerza. Usaba bigote y tenía una cara roja y muy pequeña.

La combinación sugería la idea de una cereza con una gran oruga encima.

—Es Slem Clements, el jefe de policía —dijo Tía Nora—. Apostaría cualquier cosa a que le han dicho que somos criminales y se lo ha creído.

Slem Clements llevaba en la mano un documento de aspecto oficial.

Doc Savage no necesitó mirarlo de cerca para saber que se trataba de una orden de arresto contra él.

La deducción de que el hombre de bronce se dirigía a Prosper City no debió ser difícil para la misteriosa Campana Verde, y había tomado medidas para ocasionar más molestias a Doc Savage.

Doc decidió que lo más sencillo era evitar a Clements por el momento.

Miró a su alrededor desde el asiento del piloto. Hacía mucho tiempo que no llovía en Prosper City. El suelo del aeródromo estaba cubierto de polvo.

Un huracán de polvo cegó a Clements y a sus hombres. Empezaron a gritar y a disparar tiros al aire.

Mientras, Doc descendió del aeroplano, y se alejó de las inmediaciones como un espectro.

Clements se acercó al aparato, frotándose los ojos y soplándose el polvo del bigote.

—Lo han hecho ustedes a propósito —gritó lleno de ira y con una voz metálica. Renny asomó la cara por una ventana.

—No habíamos pensado en el polvo —dijo suavemente, lo cual no era verdad, pues Doc había pensado precisamente en el polvo.

—Buscamos a un asesino que se llama Doc Savage —siguió diciendo Clements.

A Renny se le escapó un suspiro de alivio. El polvo había cegado de tal manera a la policía que la partida de Doc Savage había sido completamente inadvertida para ellos.

—¿Quién le ha enviado a usted aquí? —preguntó furiosa Tía Nora.

El Jefe de Policía miró a la buena señora como si le hubieran salido cuernos de pronto.

—A usted no le importa —replicó con la misma furia.

—Siempre habrá sido Judborn Tugg —insistió la Tía Nora, saltando al suelo desde el aeroplano.

El jefe se tiró de las puntas del bigote, dando la impresión de que la oruga se enroscaba.

—No empiece usted a difamar a Tugg —protestó—. Es un hombre de bien y el mejor ciudadano que tenemos en Prosper City. Si me ha telegrafiado desde Nueva York, diciéndome que usted andaba mezclada con un asesino que se llama Doc Savage, ha hecho lo que debía.

—Judborn Tugg no ha hecho nada bueno en su vida —rugió la Tía Nora.

—Yo creo que es usted la promotora de todas las desgracias que ocurren en esta ciudad y como pueda tener la prueba la meteré en la cárcel —amenazó Clements.

—Eso me parece un consejo que procede también de Tugg —replicó la Tía Nora, poniéndose en jarras.

—Si encuentro a Doc Savage en ese aeroplano, la detendré a usted por ayudar a escapar a un asesino —gritó fuera de sí el jefe de Policía.

—Si encuentra usted a Doc en ese aparato iré a la cárcel de muy buena gana —desafió la Tía Nora.

Todos los ocupantes del coche guardaban silencio cuando se pusieron en marcha de nuevo. Los cuatro compañeros de Doc se dieron cuenta del poder de la organización con que iban a enfrentarse.

Vieron claramente el siniestro poder de la misteriosa Campana Verde.

Pronto vieron otras pruebas de las terribles condiciones que imperaban en Prosper City. En más de un callejón vieron figuras furtivas de individuos que buscaban por el suelo algún resto de comida.

—Se mueren de hambre —explicó la Tía Nora.

—Es horrible —murmuró Ole Slater—. Si describiera estas cosas en la función que estoy escribiendo, nadie las creería en otras ciudades. Dirían que era imposible. Y lo peor es que no sabemos quién es el causante de todo.

Johnny, el geólogo, se quitó los lentes y preguntó:

—¿No hay aquí ninguna institución que se encargue de remediar tanta miseria?

—Se han agotado los fondos desde hace mucho tiempo —le informó Alice Cash—. Nueve hombres de cada diez están sin trabajo. Parece increíble, pero es verdad.

El coche continuó su camino. Volvió varias esquinas con vacilación, como si el conductor no conociera bien el camino.

—Por aquí no vamos a mi casa —protestó la Tía Nora.

El chofer se encogió de hombros.

—¿Por dónde se va? —preguntó.

—¿No lo sabe usted? —preguntó con asombro la Tía Nora.

—No —contestó el chofer.

—Parece como si no hubiera usted estado nunca en Prosper City.

—Así es.

La Tía Nora se levantó y acercó su cara a la del chofer para mirarle de cerca.

—¡El cielo me valga! —exclamó—. ¡Usted es Doc Savage!

VII
Clements prepara una trampa



El descubrimiento de que el chofer era Doc Savage en persona, sorprendió tanto a Monk y a Renny, que ambos estuvieron a punto de caer del estribo en que viajaban. Ole Slater dio un salto en su asiento.

Alice hizo un gesto de asombro. Long Tom y Johnny se echaron a reír. No era aquélla la primera vez que el hombre de bronce se disfrazaba de una manera notable.

Era un maestro en ello, lo mismo que era un maestro en muchas otras cosas.

—Estaba cerca cuando usted pidió un taxi por teléfono —explicó Doc a la Tía Nora—, ha sido cosa fácil detener el coche y sobornar al chofer para que me dejase ocupar su lugar.

—¿Dónde está el chofer? —quiso saber la Tía Nora.

—Nos esperará en su casa de usted para llevarse el coche. Así podré entrar yo también sin que la policía que está vigilando sospeche.

La Tía Nora exhaló un suspiro de felicidad, y expresó su opinión de que Prosper City vería pronto el final de todas las tragedias que la afligían.

La fonda que regentaba la Tía Nora era un gran edificio cuadrado, de dos pisos y rodeado de un jardín muy bien cuidado. Doc y sus compañeros encontraron el lugar muy agradable.

La estratagema de Doc para entrar en la casa tuvo un éxito completo. El verdadero chofer se llevó el coche, dejando a Doc

detrás.

Los guardias estacionados fuera del jardín de la Tía Nora no sospecharon nada.

La casa estaba situada en las afueras de la ciudad, al pie de una cadena de colinas cubiertas de bosque, que los naturales del país llamaban montañas.

En estas montañas había minas de carbón y de ellas partían largas galerías que se prolongaban hasta debajo de Prosper City.

Alice Cash aprovechó una oportunidad para informar de que la Tía Nora había reunido una pequeña fortuna con la venta de aquel carbón, pero la buena señora la había gastado toda en socorrer a los necesitados.

Salió el sol y con el nuevo día llegaron guardias para vigilar el establecimiento de la Tía Nora. Doc tuvo cuidado de permanecer oculto.

El hombre de bronce comenzó al acto a tomar medidas para mejorar las condiciones de Prosper City. Sacó del bolsillo un fajo de billetes de banco.

La Tía Nora se frotó los ojos cuando vio el importe de los billetes, que eran en su mayoría de mil dólares. Doc le entregó aquella pequeña fortuna con instrucciones acerca de su empleo.

La Tía Nora hizo una visita a los comerciantes de Prosper City que más se habían distinguido por sus obras de caridad. Cada uno de ellos recibió un importante pedido de comestibles y ropas.

Los comerciantes recibieron estos pedidos con considerable alegría. Un viejo verdulero, que sostenía a toda la vecindad a crédito, porque no podía sufrir el ver a sus antiguos clientes pasar necesidades, se sentó para llorar.

Antes de mediodía estaban tomadas las disposiciones para la entrega de más de veinte camiones de alimentos en casa de la Tía Nora.

Había algunos comerciantes que no habían dado crédito a ninguno de los indigentes ni contribuido a las obras de caridad. A éstos no se les compró nada.

En la ciudad había en aquellos momentos un circo ambulante, que, naturalmente, estaba cerrado. La Tía Nora alquiló la gran tienda y ordenó que fuera levantada en su jardín para albergar las

provisiones.

Siguiendo las instrucciones de Doc, Ole Slater alquiló varios automóviles abiertos. Alice Cash, Ole Slater y los cuatro ayudantes de Doc, recorrieron en ellos la ciudad, anunciando por medio de altavoces, que habría una distribución de alimentos y una reunión, en casa de la Tía Nora, aquella misma noche.

—Díganles —advirtió Doc— que en esta reunión se expondrá un plan para que todos los hombres de Prosper City tengan trabajo dentro de un par de semanas.

Decir que este anuncio fue una sensación en Prosper City es un reflejo pálido de la realidad.

Pocos creyeron que la cosa fuese posible, pero todo el mundo decidió asistir a la reunión para ver qué era lo que en ella se proponía.

La misteriosa Campana Verde no permanecía mientras tanto inactiva. Los agitadores, que desde el principio habían sido los directores de las huelgas, improvisaron tribunas en las esquinas y comenzaron a difamar a la Tía Nora, diciendo que era una mujer siniestra y Doc Savage un asesino o algo peor.

Afirmaban que la buena señora estaba en liga con «los intereses».

Quiénes fueran «los intereses» es lo que no decían de un modo explícito, pero incluían desde luego a todos los fabricantes y propietarios de las minas.

La Tía Nora, afirmaban, trataría de convencer a los obreros que volvieran a trabajar por salarios de hambre.

¿Para qué trabajar y morirse de hambre de todas maneras cuando los ricos se llenaban de oro los bolsillos?

Este argumento hubiera sido bueno si hubiera tenido algún fundamento cierto. Pero a aquellos individuos les importaba muy poco el bienestar de los trabajadores.

Estaban a sueldo de la Campana Verde y su único propósito era mantener cerradas las fábricas y las minas. ¿Por qué? Sólo la Campana Verde lo sabía.

Estos agitadores a sueldo se declaraban protectores de la clase trabajadora y proferían amenazas contra todos los que asistieran a la reunión de la Tía Nora.

—No trabajaremos hasta que se nos den salarios decentes —exclamaba un orador—. Seréis tontos si escucháis las palabras de esa vieja embustera…

En este punto, uno de los admiradores de la Tía Nora derribó al que hablaba desde su improvisada tribuna y tuvo necesidad de acudir la policía para detener la pelea que siguió.

Éste no fue el único incidente. Aquel día, muchos agitadores fueron a parar al hospital, golpeados y maltrechos.

El jefe de Policía se presentó en casa de la Tía Nora con el bigote erizado de rabia.

—Prohíbo esa reunión para esta noche —exclamó—. Ya está usted tratando de crear más dificultades. En este momento están ocurriendo disturbios en toda la ciudad.

—Judborn Tugg debe haber vuelto —le replicó la Tía Nora.

Clements se puso de color de púrpura, pues era cierto que Judborn Tugg y Slick Cooley habían regresado aquel mismo día.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo que digo? —preguntó.

—¿No le ha ordenado Tugg que suspenda mi reunión? —insistió la Tía Nora.

Esto era verdad, y así lo admitió Clements sin avergonzarse. Clements era un hombre honrado, aunque tonto, y el pomposo Tugg era un ídolo para él.

—El señor Tugg es el ciudadano más honrado que tenemos en Prosper City —declaró con la firmeza del ignorante que tiene una idea fija—. Es cierto que opina que sus tonterías sólo serán causa de más disturbios y yo creo lo mismo. Por lo tanto, no consentiré semejante reunión.

—Pues le romperán a usted la cabeza si lo intenta —replicó la Tía Nora airadamente.

Este argumento era el menos apropiado para convencer a un hombre tan violento como Clements.

Alice Cash adujo las únicas razones que podían variar la determinación del jefe de Policía.

—Esta noche vamos a distribuir alimentos entre los indigentes —dijo con suavidad—. Espero que no tenga usted el mal corazón de impedirlo.

Clements cedió. Él podría ser testarudo y tonto y un adorador de

Tugg, pero también un hombre de buenos sentimientos.

Si se iba a dar de comer a los hambrientos, él no lo impediría.

Convino en permitir que se celebrase la reunión, pero aseguró que tendría preparada a toda la policía de la localidad.

Doc Savage oyó la conversación desde una estancia contigua y felicitó a Alice cuando se reunió con él.

—Ha tenido usted la habilidad de evitar lo que podría haber sido un grave inconveniente para nuestro propósito —le dijo.

Alice dedicó a Doc una encantadora sonrisa de gracias. Era evidente que se sentía atraída por el gigante de bronce.

Cuando hubiera pasado ella el dolor por la muerte de su hermano, la atracción sería aún mayor.

Ole Slater se daba cuenta y no podía ocultar su preocupación. Estaba muy enamorado de la adorable Alice.

Hubiera sido una tranquilidad para él saber que Doc Savage acostumbraba a huir del amor, pues su peligrosa carrera no le permitía pensar en aceptar la responsabilidad de una esposa, que estaría siempre en peligro de quedarse viuda; además, sus enemigos podrían atacarle a través de ella.

No era posible que una mujer se viera expuesta a semejante vida.

Más tarde telefoneó Ham desde Nueva York e informó de que estaba investigando las vidas pasadas de los cuatro testigos, que, falsamente, juraron haber visto a Doc asesinar a Jim Cash.

—Quizá descubra algo acerca de ellos que les obligue a confesar la verdad —dijo con esperanza—, pero, francamente, no soy muy optimista.

Puesto que Doc se veía obligado a permanecer oculto, sus cuatro ayudantes se encargaron de los preparativos para el cónclave de aquella noche.

Renny, que como ingeniero había dirigido la construcción de rascacielos, dirigió la erección de las tiendas del circo. Long Tom, el famoso electricista, instaló un sistema de altavoces que permitieran oír a todo el mundo cada una de las palabras que se pronunciasen en la reunión.

También instaló luces adecuadas al caso.

Monk, que como teniente coronel del ejército, durante la guerra,

había aprendido a mandar, organizó con los amigos de la Tía Nora, un cuerpo que se encargase de la distribución de los alimentos y las ropas.

En Prosper City quedaban aún dos bancos abiertos. Johnny visitó uno de ellos, después de averiguar que Judborn Tugg era director del otro.

El que eligió Johnny era el menos importante de los dos.

Cuando salió del establecimiento, dejó a todos los empleados aturdidos y desconcertados, con un cheque depositado a nombre de Doc Savage.

La cifra que indicaba el importe del cheque llenaba todo el espacio destinado al efecto. Los banqueros telefonearon a Nueva York antes de convencerse de que el cheque era bueno.

Pronto se esparció por la ciudad el rumor de este enorme depósito y los periódicos locales telefonearon a Nueva York para informarse de quién era aquel Doc Savage.

Les dijeron que se trataba de un hombre misterioso que poseía una riqueza fabulosa de origen desconocido, y que su única ocupación consistía en defender la vida a aquellas personas que eran incapaces de hacerlo por sí mismas.

También supieron que Doc estaba acusado de haber asesinado a Jim Cash.

El periódico llevaba esta historia en su primera página en la edición de aquella noche. También publicaba un editorial, que comenzaba así:

> «¿Quién es Doc Savage? ¿Un Midas o un asesino? ¿Se trata de un hombre cuyo poder y riqueza van a salvar a Prosper City, o de un charlatán con siniestros propósitos?».

Mucho antes de la puesta del sol, una gran cantidad de hombres, mujeres y niños comenzaron a invadir el jardín de la Tía Nora. La mayor parte de la población de Prosper City se disponía a asistir a la reunión.

Los primeros que llegaron fueron los más pobres y su aspecto inspiraba lástima. En sus semblantes se veía el hambre reflejada.

Aparecieron también algunos de los agitadores a sueldo de la Campana Verde, que empezaron a proferir amenazas.

La escuadra formada por Monk cayó sobre estos individuos y se produjo una pequeña batalla. Uno de los agitadores sacó una pistola y trató de matar a Monk. Erró el primer tiro y Renny descargó sobre su mandíbula un puño que era tan duro y tan voluminoso como un bloque de cemento.

El pistolero cayó con la mandíbula rota.

Clements apareció como por encanto al frente de un pelotón de policías.

Eran por lo menos treinta, provistos de gases lacrimógenos y otras armas.

—¡Ya sabía yo que tendríamos disgustos con motivo de esta reunión! —gritó el jefe de la policía—. Quedan arrestados todos ustedes.

—Se refiere usted a esta gentuza, sin duda —dijo Monk, señalando a los agitadores.

—No me refiero a ellos, que están en su derecho si quieren hacer discursos. Éste es un país libre. Me refiero a ustedes.

Ole Slater, que estaba de muy mal humor, sin duda a causa de las inconfundibles señales que mostraba Alice Cash de estarse enamorando de Doc, le pegó al policía que tenía más cerca.

Otros dos policías cayeron sobre Slater y le golpearon con sus mazas.

—Queda detenido todo el mundo —repitió Clements con voz aguda—. Y después vamos a registrar la casa. Nos han dicho que Doc Savage está escondido en ella.

—¿Qué? —preguntó Monk, adelantando la cara.

—Judborn Tugg dice que uno de sus amigos ha visto a Doc Savage en una ventana de esta casa —repitió Clements.

Doc Savage estaba escuchando desde una ventana de la casa. Sus extraños ojos dorados no demostraron ninguna emoción al oír las palabras del jefe de Policía.

Y, sin embargo, la noticia de que él estuviera escondido en casa de la Tía Nora era desconcertante. Procedía, desde luego, de la misteriosa Campana Verde.

Pero ¿cómo había podido averiguar que Doc estaba allí? O tal

vez sólo era una suposición.

Doc se acercó a una ventana de la parte posterior. Había cerrado ya la noche, pero el jardín estaba brillantemente iluminado por las luces instaladas en él por Long Tom.

Alrededor de la casa había estacionado un cordón de policías. Era dudoso que ni siquiera un mosquito pudiera pasar por entre ellos sin ser descubierto.

Doc estaba cogido en una trampa.

Doc volvió a la ventana delantera. La lona que formaba la pared de una de las tiendas del circo estaba a poca distancia. Se puso de frente a ella y los músculos de su cuello se anudaron en extrañas posiciones.

Habló en voz alta, empleando una lengua extraña y musical, y sus palabras parecieron salir de la pared de la tienda.

Era el idioma de los antiguos mayas. Los amigos de Doc lo habían aprendido en un venturoso viaje que hicieron a Centroamérica.

Era una de las lenguas menos conocidas de la tierra y, ciertamente, ni Clements ni sus guardias la entendían.

—Poneos de frente a esa pared —fue lo primero que les dijo Doc. Monk y los otros cuatro se pusieron inmediatamente a mirar a la lona de la tienda.

Esto acentuó la impresión de que la voz procedía de allí. Doc sabía muy bien que la mayor parte del éxito de un ventrílocuo consiste en hacer creer a sus oyentes que la voz parte de un sitio determinado.

Doc añadió algunas órdenes, hablando rápidamente. Acabó de hablar antes de que la policía volviese de su asombro.

Clements se lanzó sobre la tienda, levantó la lona y se quedó atónito al no ver allí a nadie. Se volvió contra Monk y los otros.

—¡Arriba las manos! —rugió—. Ustedes llevan armas y aquí no está permitido.

Las armas a que se refería Clements eran las pequeñas ametralladoras que podían disparar con tan terrorífica velocidad.

Monk no hizo caso de la orden.

—Antes tengo que hablar de esto con mis amigos —dijo con su voz suave.

—Nada de eso —insistió Clements.

Monk y los otros sacaron entonces sus armas.

—Ya lo creo que sí, y si ustedes no nos dejan hablar, tendremos muchos disgustos aquí.

Clements retrocedió sin dejar de mirar las armas que empuñaban sus adversarios. Por fin cedió.

—Bueno. Hablen ustedes, pero sin apartarse de mi vista.

Los cuatro amigos no siguieron esta orden al pie de la letra, pues se retiraron detrás de la lona de la tienda y Monk entró en la casa y volvió a salir con las manos vacías, pero con un paquete muy sospechoso debajo de la ropa.

La conferencia duró tal vez un minuto. Luego todos salieron de la tienda y arrojaron sus armas al suelo.

—¿Está usted satisfecho? —dijo Monk.

—No —declaró Clements—. Ahora vamos a registrarles.

Los guardias se adelantaron hacia ellos. Contando a los cuatro ayudantes de Doc y a los veinte hombres que Monk había contratado para la distribución de los alimentos y las ropas, había un hombre por cada guardia.

Comenzó el registro. De pronto Monk tosió fuertemente e instantáneamente, cada uno de los cautivos tocó con la mano derecha la cara o una mano del policía que le estaba cacheando.

Los policías cayeron al suelo y allí quedaron, roncando fuertemente.

Monk y los otros, muy satisfechos, se quitaron de los dedos unos dedales de metal, confeccionados de manera que se confundían con las propias uñas, cada uno de los cuales iba dotado de una aguja hipodérmica, que al entrar en contacto con la piel inyectaba un líquido que producía un sueño de varias horas.

Las instrucciones para aquella operación las había dado en lengua maya el mismo Doc. Los dedales eran de su invención.

Clements y sus guardias fueron conducidos a los coches y acostados sobre los cojines. Algunos de los hombres que presenciaban la escena se prestaron a llevárselos de allí.

—Estamos libres de esta gente hasta medianoche por lo menos —dijo Monk sonriendo.

La multitud fue aumentando rápidamente. Entre los que

llegaban se veía a personas de importancia. Propietarios de fábricas y de minas, empujados a la bancarrota por la continua huelga.

Era una situación extraña. Los industriales deseaban que sus establecimientos trabajasen y los obreros necesitaban trabajo, pero la odiosa organización de la Campana Verde contenía los deseos de ambas partes.

Fábrica abierta era fábrica quemada. Y si un obrero aceptaba trabajo corría el riesgo de ser apaleado o algo peor. Todos temían la terrible locura producida por los manejos de la Campana Verde.

Muchos se daban cuenta de que existía detrás de todo aquello un propósito implacable, pero nadie podía presumir cuáles fueran las razones.

¿Por qué la Campana Verde trataba de arruinar la industria de Prosper City?

¿Se trataba de un demonio que profesaba un odio terrible a la ciudad entera?

Nadie lo sabía.

La multitud se mostraba reacia a entrar en la gran tienda del circo. Muchos de los presentes habían experimentado ya la venganza de la Campana Verde.

Se reunieron fuera en grupos y hablaron. Algunos se asustaron y se fueron.

Los agitadores de la Campana Verde no habían hablado enteramente en vano.

Con el fin de aplacar sus temores, Long Tom instaló una radio portátil y por medio del sistema de altavoces destinado a transmitir los discursos de aquella noche, extendió la música de la emisora local por todo el jardín de la Tía Nora y aun por los caminos adyacentes.

Inesperadamente, una especie de aullido sobrenatural ahogó las notas de los violines y los saxofones. El aullido subía y bajaba, cambiando de tono.

Parecía el grito de muerte de un monstruo repetido por todos los altavoces.

El tañido de una campana ronca dominaba todo aquel estruendo. Podía haber sido el anuncio de un cataclismo.

El ruido misterioso cesó de pronto y la música continuó como si

nada hubiera ocurrido.

En el jardín de la Tía Nora los hombres palidecieron y las mujeres se acercaron a sus maridos como en busca de protección.

Otras abrazaban a sus hijos llenas de terror.

—¡La Campana Verde! —murmuró uno—. Significa la muerte o la locura para alguien, como casi siempre que suena.

Doc Savage, inmóvil como una estatua de bronce, contemplaba la escena desde una ventana de la casa. Había visto a los salvajes de tierras remotas vivir en perpetuo temor de cosas que no acertaban a comprender.

Había visto a los pasajeros de un gran transatlántico esperar aterrados el desastre inevitable.

Pero nunca había presenciado un terror tan grande como el producido por el lúgubre tañido de la Campana Verde en aquella multitud.

El cerebro desconocido, origen de todos aquellos extraños sucesos la causa de la pobreza y la miseria que afligían a aquella desgraciada ciudad, había conseguido su primer propósito. En Prosper City reinaba el terror.

VIII
Una voz de la tierra



A unos doscientos metros de la casa de la Tía Nora Boston, un hombre se reía, subido a un árbol. El terror que la Campana Verde inspiraba a los reunidos en el jardín, a él le causaba gran alegría.

Por fin consiguió dominar su siniestra risa. Se guardó unos gemelos con que miraba al jardín de la Tía Nora y descendió del árbol.

Evitando cuidadosamente el camino, se encaminó hacia el Norte. Al cabo de algún tiempo, volvió a la carretera, por donde el caminar era más fácil.

Un perro se acercó a él y le ladró. Slick le arrojó una piedra y continuó.

El perro había salido de la última casa de la ciudad. Más allá se extendía una gran pieza de tierra pantanosa. Un rico agricultor trató en otro tiempo de desecar aquel terreno para cultivarlo, pero tuvo que renunciar a la empresa.

El terreno estaba completamente invadido por matorrales y espesos arbustos.

Un coche alcanzó a Slick y se detuvo a su lado. Era el automóvil de Tugg, quien estaba en persona detrás del volante.

Slick se sentó a su lado.

—La Campana ha asustado de veras a aquella gente —dijo.

—No puedo comprender lo que le ha ocurrido a Clements —repuso Tugg—. Le he visitado en el hospital y parece estar solamente dormido, pero no hay modo de despertarle.

—Si yo estuviera en su lugar, me pasaría sin Clements —aconsejó Slick.

—¿Por qué?

—Porque el día menos pensado se enterará de que no es usted tan santo como parece, y un hombre tan terco como él puede ser un mal enemigo.

—Eso son tonterías —repuso altivamente Tugg—. Clements es demasiado estúpido para sospechar nunca nada y además es muy valioso para mí.

Slick dirigió una curiosa mirada a Judborn Tugg.

Tugg advirtió la mirada y se apresuró a añadir:

—Quiero decir, valioso para la Campana Verde.

El coche se metió por un estrecho sendero a través de los arbustos. Al poco trecho dejaron el auto y continuaron a pie.

Slick caminaba en silencio. Pensaba en la posibilidad de que Tugg fuera la Campana Verde en persona. Cierto que en algunas ocasiones, un hombre encapuchado, afirmando ser la Campana Verde, se había presentado ante ambos. Así había ocurrido en el coche en Nueva York.

Pero estas apariciones podían estar a cargo de otros miembros de la banda, Slick mismo había recibido en una ocasión la orden de ponerse una capucha negra para hacer el papel de la Campana Verde. Tugg podía ser muy bien el jefe.

Súbitamente recordó Slick la imprudente observación que se le había escapado en Nueva York, acerca de matar a la Campana Verde y ponerse él mismo en su lugar, en cuanto conociera la verdadera identidad del individuo.

Slick pensaba así en realidad, pero en aquel momento le pesó haberlo dicho.

Se estremeció varias veces. Si Tugg era el jefe desconocido podía darse por muerto.

Un viejo granero apareció en la oscuridad. Golpearon la puerta de una manera especial.

—¡Adelante! —gritó una voz hueca y extraña.

El viejo local tenía el suelo de cemento. Entre las sombras de la parte posterior se sentaba con las piernas cruzadas una figura negra y siniestra.

El ropaje que llevaba la cubría de pies a cabeza, y estaba ligeramente recostada contra la pared.

Algunos rayos de luna penetraban a través de las rendijas de aquella pared.

La mayor parte de la iluminación de la estancia procedía de dos velas colocadas a algunos pies de distancia de la figura.

Estas velas eran verdes y la llama daba una luz también verde, que prestaba un color bilioso a la Campana Verde que la siniestra aparición llevaba pintada sobre el pecho y las gafas con que se cubría los ojos.

No se pronunció ni una palabra más.

Slick Cooley y Judborn Tugg sacaron capuchas negras y se las pusieron.

Poco después llegó un grupo de ocho hombres y luego fueron compareciendo otros grupos de tres y cuatro. Cada uno de ellos iba cubierto por la misma ropa negra.

Todos guardaron silencio y permanecieron en pie a la misma distancia de la extraña figura sentada, que no hizo el más leve movimiento ni pronunció una palabra.

Todos aquellos secuaces de la Campana Verde habían acudido allí en respuesta de la llamada lanzada a través de la radio.

—¿Están todos presentes? —preguntó una voz hueca y retumbante, una voz que parecía imposible que procediera de una garganta humana.

Slick contó a los reunidos.

—Sólo falta media docena —contestó.

—Hable más fuerte —ordenó la voz.

Slick repitió a gritos su información.

—Está bien. ¿Dónde está Judborn Tugg?

—Aquí —gritó Tugg adelantándose.

Siempre ocurría lo mismo. La Campana Verde pretendía estar un poco sordo.

Slick pensó que la tétrica figura podría no ser tampoco la Campana Verde.

Tal vez se trataba de algún miembro de la cuadrilla, que había recibido la orden de hacer el papel de jefe.

—No estoy satisfecho de algunas de las cosas que se han hecho

hoy —siguió diciendo la Campana Verde—. Por ejemplo, era preciso que se convenciese a Clements de que detuviese a Doc Savage.

—¿Y qué culpa tengo yo de eso? —protestó Tugg—. Yo hice lo que tenía que hacer, pero Clements es tan estúpido que ha caído en una trampa que le ha tendido Doc.

—No estoy seguro de que la estupidez de Clements tenga la culpa de lo ocurrido —dijo la voz—. Envié a Nueva York siete hombres con el encargo de matar a Savage y los siete hombres se han desvanecido completamente. Ninguno de ellos era un estúpido. Lo que ocurre es que Doc Savage es un enemigo muy peligroso.

Tugg hizo el gesto de limpiarse el sudor de la frente. Tenía la cara cubierta con la capucha y el gesto resultó absurdo.

¡Savage peligroso! ¡Bien lo sabía él!

—He hecho lo que he podido —gritó.

—Que no ha sido mucho. ¿Dónde está Slick Cooley?

—¡Presente! —replicó Slick a gritos.

A Slick no le importaba que su nombre fuera mencionado. Él conocía a todos los presentes, aunque muchos de ellos no estaban relacionados entre sí.

La figura que los presidía no hacía ningún movimiento perceptible.

—Su trabajo me satisface —dijo la fantástica voz—. Fue un acierto vigilar la casa de la Tía Nora Boston con los gemelos desde aquel árbol. Así pudo usted distinguir la imagen de Doc Savage en un espejo.

Slick se sobresaltó un poco. Era la primera vez que oía una alabanza de labios de la Campana Verde y el hecho le inquietó más que otra cosa.

—También he hecho lo que he podido —gritó.

Sobrevino un breve silencio. Nadie se movió. Los rayos de luna que penetraban por las rendijas de la pared daban a la escena un aire espectral.

—Necesito un hombre de confianza para un trabajo delicado —declaró la Campana Verde—. Le elijo a usted para este trabajo y si tiene éxito en él, recibirá un bono de cincuenta mil dólares, además de su paga ordinaria. Oculto entre las hierbas que crecen a la puerta

de este granero encontrará usted mi aparato para producir la locura. Ha de colocarlo en la habitación de Doc Savage, si es posible cerca de la cabecera de su cama.

—Pero yo no sé cómo funciona —murmuró Slick.

—¿Qué?

Se había olvidado de hablar fuerte.

—Que no sé cómo funciona —repitió gritando.

—Es muy sencillo. El aparato sólo lleva un botón y hay que apretarlo una vez. Tenga cuidado de no hacerlo accidentalmente, mientras lo lleva en la mano, y en cuanto lo haya hecho aléjese rápidamente, pues sólo necesita algunos segundos para alterar las funciones de un cerebro humano.

—Está bien —gritó Slick.

—Con la caja encontrará usted diez mil dólares en billetes —continuó la voz de la Campana Verde—. Después de dejar la caja ha de llevar usted esa suma a Clements, como premio que se ofrece para quien presente a Doc Savage muerto o vivo. Esta precaución es para el caso de que usted fracase.

—Está bien —repitió Slick.

—Nada más, entonces. Todos los demás debéis permanecer en contacto con Slick y con Tugg, para poder recibir órdenes rápidamente en caso de necesidad.

Todos los presentes asintieron y partieron apresuradamente, como si tuvieran prisa de alejarse de la siniestra presencia de la Campana Verde.

Slick Cooley permaneció cerca del granero, fingiendo que examinaba la caja hallada junto a la puerta. No era muy grande y estaba construida con un material negro y brillante. Conforme había dicho la Campana Verde, sólo llevaba un botón encima.

Había también un fajo de billetes que Slick se guardó.

Volvió a dejar la caja oculta entre los arbustos y esperó con los ojos fijos en la puerta del granero. Quería ver salir a la Campana Verde. Pensaba seguir a su misterioso jefe para averiguar su identidad.

Pasaron varios minutos sin que apareciera nadie. Los minutos se convirtieron en media hora.

Slick, impaciente, se acercó a la puerta del granero y miró por

una hendidura. La misteriosa forma negra no se había movido. Las velas verdes estaban casi consumidas.

Slick meditó un momento y por fin decidió dar un paso desesperado. Sacó las dos pistolas de debajo de los brazos y entró en el granero.

—¡Arriba las manos! —gritó.

La figura no se movió.

Slick repitió la orden sin obtener tampoco respuesta ni ser obedecido. Se excitó y disparó con ambas pistolas a la vez sin resultado aparente.

La aparición permaneció sentada e inmóvil.

Francamente aterrorizado, Slick se precipitó sobre ella y descargó la culata de una de las pistolas sobre la encapuchada cabeza.

La figura se desmoronó con gran ruido. No era más que un armazón de madera.

Maldiciendo febrilmente, Slick se puso a examinar la casa. Descubrió un agujero en el suelo, que hasta entonces había estado oculto por el negro ropaje.

Encendió una cerilla y examinó el agujero. Era un desagüe subterráneo.

Slick se dio cuenta de la estratagema. El granjero que en otro tiempo había tratado de cultivar aquella tierra pantanosa, había instalado un intrincado sistema de desagües subterráneos.

El agujero del suelo era la entrada de uno de ellos y sin duda había muchos más en la vecindad. La Campana Verde podía estar hablando desde cualquier punto de la marisma y de aquí la necesidad de hablar fuerte, para que la voz llegase hasta él a través del laberinto de cañerías.

Slick recompuso cuidadosamente el armazón de palos que sostenía la ropa negra. Era conveniente que su traición no fuera descubierta.

Poco después apareció Slick en la vecindad de la residencia de la Tía Nora Boston. La distribución de alimentos y ropas estaba muy adelantada, a juzgar por el espectáculo.

En las dos grandes tiendas del circo y esparcida por el jardín había una gran multitud.

Los que ya habían recibido su parte no se marchaban, pues querían asistir a la reunión que se celebraría cuando hubiese acabado el reparto.

Especialmente deseaban ver y escuchar al extraordinario hombre de bronce.

Los alimentos y las ropas que tenían en las manos eran pruebas de que hablaba en serio. Doc sabía que la distribución causaría este efecto y por eso la había dispuesto para antes de los discursos. Necesitaba la confianza y la cooperación de aquella gente.

La batalla contra las fuerzas insidiosas de la Campana Verde acababa de empezar.

A Slick le fue fácil mezclarse con la multitud, con la sola precaución de calarse el sombrero hasta los ojos. Se acercó a la casa de la Tía Nora.

La atención de todos estaba concentrada en las tiendas del circo. Slick entró en la casa sin que nadie le viese.

Llegó furtivamente hasta la habitación en que por casualidad había visto a Doc Savage desde su observatorio del árbol, pensando que aquél sería su dormitorio.

Algunas prendas pertenecientes al hombre de bronce colgadas en un armario, le demostraron que había acertado en su suposición.

En la habitación había además numerosos aparatos mecánicos y eléctricos.

Slick sólo pudo identificar un aparato de radio portátil.

Todo lo demás era demasiado complicado para sus limitados conocimientos.

Slick no tocó nada. Tampoco encendió la luz. La luna le suministraba iluminación suficiente para lo que trataba de hacer.

Junto a la cabecera de la cama había un armario grande y muy viejo, que, según todas las apariencias, no se utilizaba para nada. Faltaban las puertas y en su lugar habían puesto una cortina de cretona de colores.

«Éste es el sitio más apropiado —pensó Slick—. Dejaré aquí mi juguete y luego me iré a la oficina de Clements para esperar a que aparezca».

Colocó la caja negra detrás de la cortina, apretó el botón y salió corriendo de la estancia. Consiguió salir de la casa sin ser

observado.

Antes de salir de la habitación miró hacia la tienda. Los lados habían sido levantados a causa del calor. Doc Savage estaba dirigiendo la palabra a la multitud.

—Ese individuo estará loco perdido antes de mañana —murmuró. Y se alejó de la vecindad a toda prisa. El mirar, aunque fuera desde lejos, al hombre de bronce le hizo estremecerse de pies a cabeza.

IX
Planes



Cuando Doc apareció en el escenario instalado en la tienda, cesaron todas las conversaciones y se hizo un silencio absoluto.

El gigante de bronce era una figura impresionante. Alice Cash, que ocupaba una silla en el mismo escenario, no podía apartar sus ojos de él.

—Esto no va a ser una discusión larga —anunció Doc—. Ustedes, los que han recibido alimentos y ropas, no tienen que estar embarazados con la idea de que reciben una limosna, pues se ha tomado nota de sus nombres y podrán pagar el importe de lo que hayan recibido.

—Pocas probabilidades tiene usted de cobrar —interrumpió una voz—. Aquí nadie tiene trabajo.

—Habrá trabajo para todo el mundo —respondió Doc.

—¿Cuándo?

—Fijo el límite máximo en dos semanas, pero probablemente, la mayor parte de vosotros empezará a trabajar y a cobrar un salario desde mañana.

Un hombre se levantó de las últimas filas, gritando:

—Todo eso son tonterías. Usted es sólo un asesino de Nueva York.

El que gritaba era uno de los agitadores de la Campana Verde, que había conseguido deslizarse en la reunión.

Huyó precipitadamente ante la amenaza de una docena de personas que se arrojaron sobre él.

Cuando se apaciguó el tumulto producido por el incidente, Doc continuó hablando.

—Los invitados que ahora voy a nombrar harán el favor de adelantarse —dijo.

A continuación leyó una lista de nombres que le habían sido suministrados por la Tía Nora, y que incluía a todos los industriales de Prosper City.

Los llamados no se mostraban muy decididos a presentarse, hasta que uno de ellos dio el ejemplo. Se trataba de un señor de cabellos grises y aire decidido.

—Ése es Collison Mac Alter —murmuró Alice—. Era mi jefe, cuando había trabajo.

Otros hombres siguieron el ejemplo de Collison Mac Alter. En la cara de todos ellos se reflejaba la desesperada situación de Prosper City.

Doc los contó. Unas dos terceras partes de los individuos que figuraban en su lista estaban presentes.

Pero no había esperado que acudiesen todos a la reunión. Que hubiera tantos ya era un hecho notable.

—¿Quieren todos ustedes venderme sus negocios? —les preguntó bruscamente Doc—. Tendrán ustedes el derecho de volverlos a adquirir al mismo precio en cualquier momento que lo deseen, dentro del plazo de un año.

La proposición era completamente inesperada y los industriales no daban crédito a sus oídos. Doc agregó que no quería quedarse con el negocio de nadie aprovechándose de las circunstancias y que el precio sería fijado por una comisión imparcial.

Collison Mac Alter se pasó la mano por entre sus cabellos grises y dijo:

—Me gustaría saber cuál es su propósito al hacer esta oferta.

—No quiero hacer más que encargarme yo de sus establecimientos para ponerlos en marcha y hacer que trabaje todo el mundo. Si sufren algunos daños o fracasamos en nuestra empresa, ustedes no perderán nada.

—¿Quiere usted decir que nos va a comprar nuestras fábricas, ponerlas en marcha y cuando estén dando un rendimiento nos las venderá de nuevo al mismo precio? Eso será un mal negocio. No

ganará usted nada.

La Tía Nora Boston intervino en la discusión.

—Tienen ustedes que meterse una cosa en la cabeza. Doc Savage no trata de ganar dinero, sino de ayudar a la gente que lo necesita. Nunca han conocido ustedes una persona como él. Es sin duda el hombre más extraordinario del mundo.

—Lo que usted dice es demasiado bueno para ser cierto —repuso Collison Mac Alter, sonriendo—. Tal vez haya algo más en el asunto.

—La única condición que pongo es que los salarios y las horas de trabajo que yo ponga serán mantenidos por ustedes cuando compren de nuevo las fábricas y las minas —declaró Doc.

—Necesitará usted millones para el trato que propone —murmuró Mac Alter con aire de duda.

Doc llamó al banquero que había recibido el enorme depósito de Johnny.

—Quiero que informe usted a estos señores acerca de la cuantía de mi depósito en su banco —le dijo.

El banquero, más que satisfecho por complacer a su cliente más importante hizo lo que le decían.

Los industriales de Prosper City estaban un poco mareados. Parecían gente que estuviera pasando por un sueño agradable del que temieran despertar.

Pero eran todos individuos conservadores y obstinados y comenzaron a discutir el asunto entre ellos. Algunos necesitaban tiempo para pensarlo. Una semana, un mes, dos meses.

La voz poderosa de Doc interrumpió sus discusiones.

—Es preciso proceder rápidamente —afirmó—. Todos ustedes saben que un poder misterioso, conocido solamente por la Campana Verde, es la causa de todos los desastres que les afligen. Es preciso combatirle sin pérdida de un momento.

Doc conocía la naturaleza humana. Si empezaban a discutir entre sí tardarían meses en ponerse de acuerdo.

Por segunda vez aquella noche, fue Collison Mac Alter el que dio el paso decisivo. Quizás influyó una seña persuasiva que le hizo Alice Cash, su bella secretaria.

—Acepto, señor Savage. Sería una tontería proceder de otro

modo, pues no puedo perder nada. Le propondré un precio razonable por mi fábrica.

Doc se acercó a Mac Alter y le estrechó calurosamente la mano. Comprar la fábrica de Collison era haber ganado la mitad de la batalla, pues era la más importante de la ciudad, después de la de Tugg y Compañía.

La mayor parte de los demás industriales convinieron, en vender también sus negocios. Algunos siguieron desconfiando y pidieron tiempo para reflexionar, pero Doc estaba seguro de que aceptarían en cuanto la opinión pública les empujase a ello.

Toda la discusión había sido recogida por el sensible sistema de altavoces, de manera que la multitud se había enterado de todos los detalles de ella.

Doc se dirigió entonces al público y dijo:

—Acaban ustedes de oír un trato por el cual la mayor parte de las industrias de Prosper City pasan a ser de mi propiedad. Las ventas tardarán dos o tres días en estar legalizadas y tendremos que esperar ese tiempo para abrir los establecimientos. ¿Cuántos de ustedes han servido en el ejército?

Muchos hombres levantaron las manos.

—Muy bien —dijo Doc—. ¿Cuántos de ustedes quieren comenzar a trabajar ahora mismo?

Todas las manos siguieron levantadas.

—Empezarán ustedes a cobrar desde hoy. El salario será de diez dólares diarios.

La mención de aquel salario arrancó gritos de júbilo en la multitud, pues era superior a lo acostumbrado.

—Con ustedes formaremos una guardia armada para proteger las fábricas y las minas a medida que las vayamos abriendo. Alguno de ustedes puede morir en el cumplimiento de su misión, pero la familia del que muera recibirá una pensión vitalicia, garantizada, de doscientos dólares al mes.

Ésta era la clase de seguro que más gustaba a los hombres.

Un visible cambio se había apoderado en la multitud con el curso de los acontecimientos. Al principio estaba dominada por un desesperado escepticismo.

La causa del cierre de las minas y fábricas era una cosa

demasiado vaga y abstracta para que ellos la pudieran comprender.

Eran como un rebaño sorprendido por una tormenta de granizo; los animales sienten los golpes del granizo, pero ignoran la causa de la pedrea.

Lo único que buscan es un cobertizo donde guarecerse.

Los trabajos que Doc ofrecía eran para ellos, en sentido figurado, una especie de cobertizo donde poder buscar refugio en medio de aquella tormenta. La alegría de la gente era enorme.

Doc tenía aún más cosas que distribuir.

Cuatro camiones blindados, con una ventanilla enrejada en la parte posterior, entraron en el patio de la Tía Nora Boston.

Bajo la vigilancia y dirección de los exsoldados contratados por Doc, se formaron filas de hombres, que iban pasando por delante de las ventanillas para recibir cierta cantidad de dinero, como adelanto del salario en los trabajos que iban a obtener.

La distribución de este dinero fue la apoteosis de Doc. La filantropía en tan formidable escala era una cosa nunca vista ni oída.

Los reporteros del periódico local corrían aturdidos de un lado para otro.

La dirección acordó duplicar el número de páginas y llenar gran parte del periódico con noticias de Doc Savage.

La Campana Verde, quienquiera que fuese y dondequiera que estuviera, tenía algo en que pensar.

EL terror, que con tanto trabajo había impuesto en la ciudad, estaba siendo disipado en el curso de una sola noche, merced al notable poder de aquel hombre de bronce.

Sin embargo, Doc sabía muy bien que la batalla apenas había comenzado.

La organización de la Campana Verde estaba intacta, y concentrarían todos sus esfuerzos en aquel Némesis de bronce.

Esto era precisamente lo que Doc deseaba. Así los inocentes trabajadores de Prosper City podrían trabajar en paz.

Era muy avanzada la noche cuando Doc se retiró a su habitación para descansar un poco. Se detuvo en el umbral de la puerta para inspeccionar la habitación.

No vio nada sospechoso; ni el más pequeño detalle denunciaba

la presencia de la terrible cajita negra oculta en el armario y próxima a la cabecera del lecho.

Doc se sentó al borde de la cama y comenzó a quitarse los zapatos.

De pronto se puso rígido y todo su cuerpo pareció convertirse de verdad en bronce. Se llevó ambas manos a los oídos. Luego salió de un solo salto de la habitación.

Se detuvo en el pasillo y esperó un momento, sacudiendo un par de veces la cabeza. Su expresión era extraña y desconcertada. Desde la puerta registró de nuevo con la vista el dormitorio.

Sus ojos se detuvieron por fin en el armario próximo a la cabecera del lecho.

Era el escondrijo más lógico.

Doc entró de nuevo en el cuarto, llegó al armario, levantó la cortina, descubrió la cajita negra y apretó el botón. En todas estas operaciones sólo empleó una fracción de segundo.

Doc comenzó a examinar cuidadosamente la caja. Aflojó algunos tornillos pequeños y levantó la tapa.

Long Tom, el electricista, se acercó a él.

—¿Qué es eso, Doc?

—Una máquina endemoniada. Mira.

—Es un aparato de cristales de cuarzo y corrientes eléctricas de alta frecuencia para producir ondas sonoras ultracortas.

—Exactamente —asintió Doc—. Ondas sonoras que ejercen extraños efectos sobre muchas sustancias. No cabe la menor duda de que ésta es la explicación de todos los casos de locura que se han producido en Prosper City. Creo que esta clase de ondas sonoras afecta ciertos centros del cerebro y lo paralizan.

—Pero ¿cómo la has encontrado? —preguntó Long Tom, asintiendo con la cabeza a lo que Doc decía.

—Esas ondas son imperceptibles para el oído normal. Afortunadamente, yo he podido advertir ciertos sonidos de una naturaleza peculiar. No creo que fueran las ondas mismas, sino más bien latidos heterodinos causados por algún fenómeno reflejo.

Para Long Tom la explicación era perfectamente clara, aunque sobre la cuestión se hubiera podido entablar una interminable discusión científica.

Sin duda, la explicación de la milagrosa salvación de Doc estaba en su notable oído. Doc hacía desde niño ciertos ejercicios con el fin de desarrollar sus órganos auditivos.

Para ello empleaba un aparato que hacía sonidos imperceptibles para un oído normal. Por una larga práctica, Doc podía oír estas notas.

Ole Slater, la Tía Nora y los demás se acercaron para ver la terrible caja negra y oír cómo funcionaba.

Doc pidió a Johnny su lente de aumento y examinó el interior del aparato.

Unas extrañas luces aparecieron a sus ojos.

Bruscamente comenzó a sonar en la habitación un sonido suave y fantástico, parecido al trino de un pájaro exótico o al murmullo del viento al pasar por entre los árboles de una selva.

Era enteramente melodioso, aunque carecía de ritmo.

Todos los presentes se asustaron, pensando que el terrible aparato estaba funcionando. La melodía llenaba la habitación, pero no parecía salir de ningún punto determinado.

Los únicos que no mostraron ningún temor fueron los cuatro amigos de Doc. Para ellos era familiar aquella nota misteriosa.

Sabían que era como una parte de Doc, una cosa que hacía inconscientemente en momentos de gran concentración. En el caso presente estaban seguros de que presagiaba un descubrimiento importante.

—¿Qué has encontrado, Doc? —preguntó Renny acercándose con curiosidad.

—Huellas dactilares —declaró Doc—. El individuo que ha construido esta caja la ha firmado con su nombre, se puede decir.

Collison Mac Alter subió las escaleras, acompañado de algunos de los otros industriales de Prosper City. Escucharon con asombro la historia que les contó Alice Cash.

Doc colocó la caja sobre una mesa próxima a la ventana de su dormitorio y se acercó a una voluminosa caja de metal que había a un lado de la estancia.

Esta caja estaba dotada de muchos resortes y de una gruesa lente circular.

Doc la abrió. El mecanismo interior funcionaba lentamente. Dos

grandes ruedas sostenían una estrecha película.

Collison Mac Alter abrió los ojos con asombro.

—Una cámara cinematográfica —exclamó—. ¿Y ha estado funcionando aquí todo el tiempo?

—Doc tiene varias iguales —dijo Monk—. Funcionan solas en silencio y sirven para sorprender a los merodeadores. Apostaría cualquier cosa a que el bandido que dejó aquí la caja ha sido fotografiado.

Collison Mac Alter se enjugó la frente.

—¡Pero estaba demasiado oscuro para tomar fotografías aquí!

—Esta cámara funciona con rayos ultravioletas —explicó Monk —. Los rayos son invisibles para el ojo humano, pero impresionan la clase de película que nosotros empleamos. En otras palabras, esa cámara puede tomar fotografías en la más completa oscuridad y lleva un rollo de película lo bastante grande para estar funcionando todo el día.

Monk añadió que, después de ser impresionada, la película pasaba por un depósito especial donde quedaba automáticamente revelada.

Doc pasó la película por un pequeño proyector y las imágenes se reprodujeron en el yeso de la pared. La escena no resultaba agradable, pues las luces y las sombras contrastaban de una manera violenta.

La habitación así reproducida tenía un aire fantástico. Apareció la figura furtiva de Slick Cooley. Todos los detalles de sus facciones se pudieron apreciar perfectamente.

En el momento en que murmuraba entre dientes estaba de cara a la cámara.

Luego dejó la caja y huyó.

—¡Ya tenemos al culpable! —gritó Collison Mac Alter.

Doc paró el proyector. Indicó la caja fatal, que estaba sobre una mesa, y advirtió:

—Tengan cuidado de que nadie la toque, pues las huellas dactilares que hay en ella son importantes.

Y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde va usted? —preguntó Mac Alter.

—A por Slick Cooley —respondió Doc.

—Pero ¿cómo sabe usted dónde encontrar…? —Collison Mac Alter no acabó la frase, pues Doc desapareció sin escucharle.

Los cuatro amigos de Doc cambiaron miradas de inteligencia. Sabían muy bien dónde había ido Doc para buscar a Slick Cooley. Cuando Slick murmuró: «Ahora dejaré la caja aquí y me voy a la oficina de Clements para esperar a que llegue», estaba frente a la cámara.

Doc Savage sabía leer las palabras por el movimiento de los labios.

El grupo salió de la habitación de Doc. Renny se puso de guardia en la puerta, armado con una de las pequeñas ametralladoras rápidas.

El cuarto estaba en el segundo piso y el patio estaba perfectamente iluminado.

Aunque la Campana Verde conociera la existencia y descubrimiento de las huellas dactilares, no parecía posible que pudiera llegar hasta la caja para destruirla.

Sin embargo, no hacía mucho tiempo que Renny montaba su guardia, cuando ocurrieron algunos hechos asombrosos.

Un árbol que se levantaba entre la ventana de la habitación de Doc y una de las lámparas, proyectaba su sombra sobre la parte de la casa comprendida entre la ventana y el tejado.

Directamente encima de la habitación de Doc estaba la ventana de uno de los dormitorios destinados a huéspedes. La ventana se abrió silenciosamente.

Apareció un pequeño paquete atado al extremo de una cuerda.

Un ligero movimiento de balanceo hizo que el paquete entrase por la ventana de la habitación de Doc. La cuerda quedó pendiente entre las dos ventanas. Era delgada y oscura y difícil de descubrir.

La sombría figura que había practicado la operación que antecede salió de la habitación. Iba cubierta de pies a cabeza por una vestidura negra, que llevaba sobre el pecho la siniestra imagen de la Campana Verde.

El grupo de industriales de Prosper City salió poco después de la residencia de la Tía Nora hablando entre sí de Doc Savage y de sus hombres y de las cosas que habían visto aquella noche.

Collison Mac Alter era uno de los del grupo y parecía muy

complacido.

X
Otra trampa



La delegación de policía de Prosper City estaba instalada en un edificio de ladrillo en forma de «T». El palo de la T contenía las celdas destinadas a los detenidos y la cruz a las oficinas.

EL despacho de Clements no tenía nada de lujoso. Circulares referentes a criminales que eran buscados por la policía adornaban las paredes en lugar de cuadros. Había varios archivos de metal, todos grandes y viejos.

Encima de la mesa había una caja de cigarros baratos. El sillón de Clements estaba ocupado por Slick Cooley.

Detrás de él había una ventana abierta. Slick no se preocupaba de ella, pues el despacho estaba situado en el segundo piso. La brisa de la noche arrancaba espirales de humo gris de su cigarro.

Súbitamente, la brisa trajo una especie de nube de bronce, que envolvió a Slick y se convirtió en algo tan efectivo y tan duro como cables de acero.

El aire se escapó ruidosamente de los pulmones de Slick, que fue colocado impotente encima del escritorio y despojado de sus dos pistolas.

Trató de resistir, pero era como un ratón entre las garras de un gato.

La pared de ladrillos de la delegación de policía no había sido un gran obstáculo para Doc.

Los ladrillos estaban gastados y entre ellos se producían hendiduras bastante profundas para que Doc, con su tremenda

agilidad, pudiera subir por ellas sin más dificultades con que otra persona cualquiera hubiera ascendido por unas escaleras.

Doc guardó un absoluto silencio, aun después de haber desarmado a Slick.

Sus dedos de bronce comenzaron a recorrer el cuerpo de Slick, clavándose aquí y allá, y Slick se encontró misteriosamente despojado del uso de la palabra, por una extraña parálisis de los centros nerviosos.

—Vas a morir —le dijo entonces Doc, pero sin mencionar la fecha en que tal cosa había de suceder.

Slick presumió, naturalmente, que Doc quería decir enseguida. Sin embargo, Doc no tenía la menor intención de matar a Slick.

Se había limitado a mencionar un hecho natural, dejando a su prisionero hacer las deducciones que mejor le parecieran.

Los dedos de Doc siguieron trabajando sobre el cuerpo de Slick, que experimentó unos tremendos dolores, hasta el punto de hacerle creer que ya estaba muriendo.

—¿Quién es la Campana Verde? —preguntó Doc.

Accionó de nuevo sobre los centros nerviosos y Slick recobró el uso de la palabra.

Trató de mentir.

—No sé nada de ninguna Campana Verde.

—Mentira —insistió Doc—. Usted es uno de sus agentes, podría usted ser la Campana Verde en persona, salvo por el hecho de que no parece que sea usted lo bastante inteligente.

—Está usted loco —protestó Slick.

—No tan loco como usted esperaba cuando puso aquella caja en mi habitación.

—Yo no…

—En el cuarto había escondida una cámara fotográfica que registró todos sus movimientos.

Slick recordó los intrincados aparatos eléctricos que había visto en la habitación y lamentó no haberlos examinado con más atención.

—No colgarán a un hombre por eso —murmuró.

—No —convino Doc—. A usted no le colgarán nunca.

Slick tembló, pensando que esto era una amenaza y cambió de

táctica.

—Escuche, Savage, tal vez pudiéramos trabajar juntos.

—¿Quién es la Campana Verde?

—No lo sé.

—¿Pero usted es uno de sus hombres?

Slick se dio cuenta de que era inútil negarlo y lo confesó.

—Usted fue uno de los que asesinaron a Jim Cash.

Ésta era sencillamente una suposición de Doc, pero Slick, al ver las facciones impasibles del gigante de bronce, llegó a la conclusión de que Doc estaba enterado de todo.

—¿Y qué? —exclamó con violencia—. No puede usted probarlo.

—Judborn Tugg es también de la cuadrilla —prosiguió diciendo tranquilamente Doc.

—Desde luego. —Súbitamente se le ocurrió a Slick que Doc le estaba haciendo hablar y empezó a gritar desesperadamente—. ¡No puede usted probar nada de lo que le he dicho!

La puerta se abrió de pronto y una voz dijo:

—No necesita probarlo.

Clements estaba en el umbral de la puerta. Estaba pálido y con los labios caídos, pero no parecía resentirse de las horas de sueño producidas por la droga de Doc.

Las metálicas facciones de Doc no mostraron ninguna sorpresa. Hacía algunos momentos que había oído los pasos de alguien que se acercaban a la puerta, y que fueron inadvertidos por Slick.

—Debía usted de haber esperado fuera un poco más —dijo Doc —. Quizá se hubiera enterado de otras cosas.

Clements tenía la expresión de un hombre que se acaba de enterar del incendio de su casa. Se enjugó la frente con mano temblorosa.

—Me han estado tomando el pelo —murmuró.

—A todos nos lo toman alguna vez —le dijo Doc sin malicia.

Estas palabras no parecieron consolar a Clements. Cruzó las manos y se empezó a morder el bigote.

—He visto —dijo—, el número extraordinario del periódico y me he enterado de lo que hizo usted en aquella reunión de anoche. Dio usted alimentos y ropas a muchos amigos míos.

Clements era un hombre testarudo, pero honrado, y acababa de

darse cuenta de que estaba equivocado. Trataba de excusarse.

Doc quiso sacarle de su embarazosa situación.

—No se acuerde usted más de ello —le dijo—. Usted hacía lo que creía su deber y nadie está obligado a más.

Clements sonrió agradecido y se reanimó un poco.

—De ahora en adelante trabajaré a su lado —declaró—. Lo que acabo de oír demuestra que no es usted el asesino de Jim Cash. No sólo no le detendré sino que, por el contrario, le protegeré contra todo el que intente hacerlo en esta ciudad. Además, voy a detener a Judborn Tugg, pues lo que he oído a Slick prueba que es un cómplice de la Campana Verde.

—Me temo que con las pruebas que tenemos ningún tribunal condenaría a Tugg.

Clements miró a Doc con desaliento.

—¿Quiere usted decir que tal vez sea mejor no encerrar a Tugg, por ahora?

—Tugg puede ser la Campana Verde en persona. Lo mejor sería que le vigilemos estrechamente. Si no es él la Campana Verde, por él podremos descubrir su identidad. Con la valiosa ayuda de usted creo que podremos resolver este problema.

Las últimas palabras eran en parte un cumplido, aunque, sin duda, la ayuda de Clements facilitaría mucho la misión de Doc.

—Vamos a meter a este pájaro en el calabozo y después hablaremos —dijo Clements, poniendo las esposas a Slick, que fue conducido a una celda.

Doc había sonreído todo el tiempo en honor a Clements. Al quedarse solo dejó de hacerlo, pero la luz de sus ojos demostraba que estaba satisfecho con el curso de los acontecimientos.

Clements regresó a poco, con la cabeza erguida y pisando fuerte.

—Quisiera que me informara usted de algo acerca de la situación en Prosper City, señor Savage. Debo confesar que ese fanfarrón de Tugg me tenía ciego.

—No es mucho lo que sé —confesó Doc.

Y a continuación, en las menos palabras posibles, le contó lo que sabía.

Mencionó la captura de los siete agentes de la Campana Verde en Nueva York, pero no lo que les había ocurrido al final.

Nadie, salvo el personal empleado en ella, conocía la existencia de la extraña institución mantenida por Doc.

—De manera que Jim Cash fue asesinado porque sabía quién es la Campana Verde —murmuró Clements—. Pobre muchacho. Le conocía muy bien, lo mismo que a su hermana. El joven Slater le hace el amor ahora.

—¿Sabe usted algo de Ole Slater?

—Nada malo. Le he investigado muy bien.

—¿Por qué?

—Cuando Tugg me hizo pensar que la Tía Nora Boston podía ser la causa de todos los males busqué los antecedentes de todos. No encontré nada de particular en el pasado de Slater. Ha escrito un par de comedias, que han sido estrenadas en Broadway, y nada más.

La conversación versó a continuación sobre los planes para el porvenir.

Clements sugirió que los hombres contratados para la protección de las minas y fábricas podrían ser agregados a la policía de Prosper City.

La idea le pareció excelente a Doc. Clements declaró que podría darles armas a casi todos ellos.

—Me gustaría tener a los prisioneros —pidió Doc.

—¿Para qué? ¿Qué va usted a hacer con la cuadrilla de la Campana Verde, si los agarramos? ¿Por qué no dejarlos ir a la cárcel?

—Mi tratamiento es más eficaz que la cárcel y que la silla eléctrica —afirmó Doc.

Clements miró al hombre de bronce con inquietud. Tuvo la impresión de que Doc pensaba matar a los prisioneros.

—No morirá ninguno de ellos —prometió Doc.

—No es legal, pero si los quiere usted se los entregaré —accedió Clements.

En la parte del edificio donde estaban instalados los calabozos retumbó un disparo. Doc salió corriendo hacia la puerta seguido por Clements.

Un largo corredor acababa en una puerta forrada de planchas de acero. Clements la abrió.

Más allá se extendía una galería de cemento con celdas

enrejadas a cada lado. Los presos acercaban la cara a los barrotes y hacían excitadas preguntas.

Una escalera de hierro conducía a las celdas del primer piso.

La reja de una de las celdas, situada en el centro de la segunda galería, estaba abierta. Dos celadores miraban desde fuera, rígidos e inmóviles.

Las luces de la galería proyectaban la sombra de los barrotes sobre el suelo de cemento de la celda. Y las sombras parecían serpientes negras que se arrastrasen sobre las dos figuras que había en ella.

Una era la de un celador. Llevaba en la mano una pistola automática. Una cápsula vacía brillaba en el suelo y el olor a pólvora impregnaba la atmósfera.

El otro hombre estaba en el suelo y su posición era tan violenta que parecía como si hubiera sido descuartizado y luego arrojado los trozos de su cuerpo en un montón.

Tenía los labios cubiertos de espuma y los ojos vueltos de manera que parecían bolas de mármol blanco. Una bala le había destrozado la parte superior de la cabeza.

Era Slick Cooley. Sus fechorías habían acabado.

El carcelero se apartó del cadáver.

—Le ha pasado algo raro —exclamó con voz aguda—. Le dio un ataque y me quitó la pistola. Cuando yo trataba de recuperarla se disparó un tiro. Creo que se había vuelto loco de pronto.

Doc Savage dio media vuelta y retrocedió rápidamente por el mismo camino que había venido. Llegó a la puerta de metal.

Una pequeña herramienta de acero pulido apareció en su mano. La empleó brevemente en la puerta, que se abrió como impulsada por un poder misterioso.

Clements llegó también a la puerta y se quedó con la boca abierta. Hubiera jurado que estaba a prueba de toda clase de ganzúas.

Salió al exterior, sacudiendo la cabeza como una gallina ciega. Tardó más de un minuto en acostumbrarse a la oscuridad y distinguir la figura de Doc.

El terreno alrededor de la Delegación de Policía estaba sembrado de hierbas altas. Doc caminaba sobre ellas.

Una serie de pequeñas ventanas enrejadas indicaban el lugar en que se encontraban las celdas. Doc se detuvo debajo de una de ellas, por la cual salían las voces de los empleados reunidos alrededor del cuerpo de Slick Cooley.

La hierba había sido recientemente aplastada por unos pies. Clemente llegó junto a Doc.

—La Campana Verde ha vuelto loco a Slick, por medio de un aparato especial —anunció el último.

—Pues hemos perdido el único testigo que podía probar que usted no es el asesino de Jim Cash —dijo Clements.

Doc no pareció oír las palabras del jefe de Policía.

—Voy a casa de Tugg. ¿Quiere usted llevarme?

Clements asintió y fue corriendo a buscar su coche.

El distrito más aristocrático de Prosper City estaba situado en una colina conocida entre los revolucionarios de la localidad por el nombre del Cerro de la Plutocracia. Como correspondía a un hombre que quería figurar entre los principales de la ciudad, Tugg ocupaba la parte más destacada del barrio.

La casa era blanca, de estilo español, con aleros anchos, y rejas de hierro forjado. El jardín era frondoso y en él abundaban los arbustos.

Clements detuvo el coche a poca distancia del blanco edificio. Doc se apeó.

—Gracias —dijo—. Ahora puede usted regresar a la Delegación.

Clements se mordió los bigotes e inició una protesta.

Pero el hombre de bronce se esfumó silenciosamente entre las sombras de la noche.

Clements tuvo la intención de llamarle en voz alta, pero se contuvo. Las voces podían alarmar a Tugg. Esperó allí, disgustado, pues hubiera preferido tomar parte en las investigaciones de Doc.

El hombre de bronce fascinaba al jefe de policía.

El recuerdo de cómo había sido engañado por Tugg encendió la cólera del pobre hombre, que decidió súbitamente hacer algunas investigaciones por cuenta propia.

Si consiguiera averiguar la identidad de la Campana Verde, su estupidez no sería tan reprensible. Se le ocurrió que tal vez podría estorbar los planes del hombre de bronce, pero pensó que tendría

cuidado para no hacerlo.

Se apeó del coche y se deslizó por entre los arbustos, consiguiendo hacer poco ruido. Siguiendo la sombra de un seto llegó hasta una de las puertas laterales del palacio blanco.

A unos diez pasos de ella se acurrucó, pensando qué haría a continuación.

El problema se resolvió por sí solo.

La puerta se abrió y en ella apareció Judborn Tugg. Al parecer, quería tomar un poco el aire antes de acostarse.

Tugg encendió uno de sus cigarros de a dólar y arrojó la cerilla en la dirección de Clements. No se apagó al caer y la llama descubrió la figura del jefe de Policía.

Tugg se arrojó sobre él, sacando al mismo tiempo una pistola. Luego advirtió la identidad del intruso.

—Mi buen amigo Clements —exclamó pomposamente—. ¿Qué diablos está usted haciendo aquí?

Clements se levantó. Durante la última hora se había acumulado en su espíritu un gran rencor hacia aquel hombre. Clements tenía un genio muy violento.

—No me llame usted amigo —exclamó con furia. Tugg saltó como si le hubieran dado un puntapié. Su cabeza pareció hundirse más en la grasa de su cuello. Había sido advertido de que Clements sería un enemigo mortal si algún día llegaba a saber la verdad.

El jefe de Policía hablaba como si la supiera.

Armándose de dignidad, Tugg comenzó a decir:

—Mi querido amigo, que…

—¡Asesino! —gritó Clements—. No trate usted de seguir engañándome.

Clements había gritado así en su cólera, pero Tugg creyó que se trataba de una acusación que el jefe podía probar. El terror se apoderó de él.

En su desesperación decidió ensayar una trampa, en la cual cayó bonitamente el jefe de Policía.

—Llame usted a sus guardias —dijo—. Me entrego.

—No tengo guardias aquí —repuso Clements.

Esto era lo que Tugg quería saber. Levantó su arma y apretó el gatillo. Las balas atravesaron el corazón y los pulmones de

Clements.

Tugg continuó disparando hasta vaciar el cargador de su pistola. Luego, con el rabillo del ojo, distinguió lo que era para él una aparición terrible.

Un gigante de bronce. La figura venía corriendo por la hierba en su dirección.

Tugg apretó el gatillo dos veces más, apuntando a Doc, pero el arma estaba ya vacía. Volvió la espalda y corrió hacia su casa pidiendo socorro.

En la casa había varios de los esbirros de la Campana Verde. Algunos de ellos acababan de asistir a la siniestra reunión celebrada en el establo.

Otros eran sencillamente agitadores que estaban haciendo compañía a Tugg.

Empuñando sus armas acudieron todos en auxilio de su jefe. Cuando Doc Savage apareció en la puerta, hicieron una descarga.

El plomo arrancó astillas del marco de la puerta o silbó en el aire para perderse en la distancia. Ninguna de las balas tocó a Doc, pues éste había visto el peligro a tiempo y se había apartado.

Los secuaces de la Campana Verde salieron nerviosamente por la puerta o se descolgaron por las ventanas próximas.

El hombre de bronce no era visible, pero había muchos arbustos en donde podría estar escondido.

Dentro de la casa, Tugg corrió al teléfono y llamó a la Delegación de Policía de Prosper City.

—Doc Savage acaba de asesinar a Clements en el jardín de mi casa. Tengo media docena de testigos que le han visto cometer el crimen —gritó.

Habló con voz bastante fuerte para que las palabras llegasen hasta Doc Savage, que estaba escondido cerca, y que al oírlas se apartó rápidamente de aquella vecindad.

Toda la policía de Prosper City estaría allí al cabo de cinco minutos. Nadie sabía que Doc y Clements habían hecho las paces y todo el mundo creería las palabras de Tugg. Se iba a organizar una persecución terrible.

La acusación de haber asesinado al jefe de Policía sería difícil de combatir.

Corriendo a toda velocidad se dirigió Doc a las afueras de la ciudad, donde la Tía Nora Boston tenía su casa.

XI
Pistas destruidas



Los relojes de la ciudad daban las cuatro de la mañana cuando Doc Savage se aproximaba a la residencia de la Tía Nora.

Cerca de la casa, Monk daba instrucciones a un grupo de sus hombres.

Al otro lado había una veintena de individuos que miraban hacia arriba. Su atención estaba concentrada en la ventana de la habitación de Doc.

Esta ventana estaba completamente limpia de cristales y con el marco desencajado y colgando.

Monk se acercó a Doc con aire colérico.

—Ha habido una explosión en tu cuarto —le dijo—. La mayor parte de tus aparatos han sido destruidos.

—¿Y la caja de la Campana Verde?

—No queda ni rastro de ella.

Doc recibió esta información con la misma tranquilidad que si le hubieran hablado del tiempo. El dominio que tenía sobre sí mismo era perfecto. Podía soportar las mayores desgracias sin emoción.

La causa de la destrucción de la caja era clara. En ella estaban las huellas dactilares de la Campana Verde o de alguien que conocía su identidad.

—La bomba ha sido colocada desde fuera —siguió diciendo Monk—. La descolgaron desde una ventana del ático por medio de una cuerda, que hemos encontrado.

Doc entró en la casa y subió a su cuarto. La puerta estaba hecha

pedazos.

—Renny estaba de guardia —explicó Monk— y ha sido proyectado contra la pared.

—¿Está herido? —inquirió Doc.

—¿Renny? No, nada le hace daño a ése.

Doc examinó la habitación. Todos sus aparatos científicos habían quedado destrozados. Su importe ascendía ya a varios miles de dólares. Algunos de los mecanismos eran tan complicados, que sólo Doc podría reconstruirlos.

Grandes manchas pardas cubrían casi todo lo que quedaba en la estancia y parecían devorar rápidamente las cosas. Un olor acre llenaba la casa.

—No toques nada —advirtió Doc.

—Sí, ya sé —dijo Monk—. Esas manchas son de ácido y quemarían a quien las tocase. Debía haber varias botellas atadas a la bomba.

—Estaba destinado a destruir la caja de las ondas ultracortas, en caso de que la explosión no lo hiciese —decidió Doc.

Doc buscó trozos del aparato mencionado. Encontró por fin un fragmento insignificante.

Doc lo llevó al cuarto de baño y lo lavó cuidadosamente para quitar el ácido.

Lavó también el voraz líquido de las suelas de sus zapatos, pues estaba disolviendo el cuero.

Algunos momentos después se acercó bruscamente a la ventana y escuchó.

A lo lejos, hacia el centro de la ciudad, se oían disparos.

Monk se acercó también.

—¡Malo! —murmuró—. Esto quiere decir que Renny y los demás han sido atacados.

—¿Adónde han ido?

—Se me había olvidado decírtelo. Ham ha telefoneado desde Nueva York, diciendo que había enviado por ferrocarril el cuerpo del pobre Jim Cash. Renny y todos los demás han ido a la estación para acompañar a la pobre Alice. Todos menos yo, que no he querido verla sufrir.

—Vamos allá nosotros también —ordenó Doc.

Se metieron en uno de los coches que Doc había alquilado y que tenía siempre a mano para su uso. Doc se ocultó en la parte posterior y Monk se puso al volante.

Un guardia silbó frenéticamente cuando el coche pasó por delante de él como un meteoro.

Cuando los tiempos eran buenos, Prosper City había construido una estación nueva. Era un edificio cuadrado y gris que parecía un mausoleo.

Delante de la estación vieron un coche fúnebre, dos automóviles y una excitada multitud. Entre la gente se veían también los uniformes azules de la policía.

Monk se acercó y detuvo el coche. Doc se apeó y se mezcló con la muchedumbre, casi rozando el codo de un guardia, que estaba demasiado ocupado para advertir su presencia.

Aunque la aurora teñía ya de rojo el horizonte, aún reinaba la oscuridad en las proximidades de la estación. Por ello y porque la atención de todo el mundo estaba concentrada en el coche fúnebre, Doc no fue descubierto.

Renny y Ole Slater hablaban con los agentes de la autoridad.

En uno de los automóviles, Alice Cash sollozaba apoyada en el hombro de la Tía Nora.

Long Tom y Johnny evitaban que la gente se acercase demasiado a las dos mujeres.

Doc encontró a un hombre corpulento y se fundió en su sombra. Dirigió su voz hacia la carroza fúnebre y, no queriendo denunciar su presencia, habló en lengua maya.

—¿Qué ha ocurrido aquí, Renny?

Renny pensó brevemente cómo dar la explicación que se le pedía sin despertar sospechas. Por fin encontró el medio.

—Quiero que se enteren ustedes bien de lo que ha pasado aquí —les dijo a los guardias en voz alta—. Hemos venido para recibir los restos mortales del pobre Jim Cash, que han sido enviados desde Nueva York. Apenas habíamos…

—Ya nos ha contado usted todo eso antes —le interrumpió uno de los guardias.

—¡Calle usted! —tronó Renny—. Apenas habíamos sacado el ataúd del tren, cuando la cuadrilla nos atacó. Todos llevaban unos

capuchones negros con la Campana Verde pintada sobre el pecho. Empezaron a disparar y tuvimos que buscar refugio a toda prisa.

Renny levantó la voz para que las palabras más importantes de su explicación llegasen bien a los oídos de Doc.

—La cuadrilla de la Campana Verde se limitó a examinar el cuerpo. No me pareció que se llevasen nada de él.

Aquí acabó la explicación de Renny.

Doc sacó del bolsillo un puñado de objetos pequeños, que parecían barritas rojas con cintas blancas colgando de uno de los extremos.

Aplicó un fósforo encendido a una de las cintas y las dejó caer al suelo.

Tan grande era el interés que la multitud ponía en la narración de Renny, que nadie se dio cuenta de las acciones de Doc.

Con cuidado para no llamar la atención, se acercó al coche fúnebre. Un momento después se produjeron en el lugar en donde acababa de estar una serie de violentas explosiones.

Doc llevaba siempre en el bolsillo un puñado de petardos ordinarios con mechas largas, que le habían sido de utilidad en muchas ocasiones.

La multitud empezó a gritar y distraída por las explosiones no observó la figura de bronce que subía al coche fúnebre.

Con una lámpara de bolsillo que proyectaba un hilo de luz blanca, Doc hizo un breve examen del cadáver.

En el brazo izquierdo de Jim Cash, por encima del codo había escritas algunas palabras. Por su color metálico, parecían escritas con la punta de una bala de plomo, pero Doc sabía que había sido pintada por una sustancia química, y destinadas a permanecer invisibles hasta que la aplicación de otro producto las hiciera aparecer.

Decía así:

«EN MI ARMARIO DE LA FABRICA».

Esto era, pues, lo que la horda de la Campana Verde buscaba.

Doc saltó de la carroza fúnebre al suelo y en aquel momento le falló la buena suerte que hasta entonces acompañara sus atrevidas maniobras. Un policía le vio.

Dio un grito y trató de meterle una bala en la cabeza.

La bala pasó a un metro por encima de Doc. Éste se dejó caer y andando a gatas echó a correr a una velocidad increíble a través de una selva de piernas.

Una estela de gritos y de gente derribada marcó su camino. Algunos individuos trataron de asirle, pero fueron rechazados. Otros le pegaron con los pies, pero se encontraron con una armazón casi tan sólida como el metal.

Monk sacó una de las pequeñas ametralladoras y empezó a disparar al aire.

Renny y Long Tom empezaron a gritar y a correr de un lado para otro.

Todo este tumulto estaba encaminado a facilitar la huida de Doc.

Éste salió de entre la multitud, corrió hacia la estación y llegó casi antes de que la policía tuviera tiempo de verle.

Los guardias tenían necesidad de salir de la muchedumbre para poder emplear sus armas y mucho antes de que lo consiguieran, Doc estaba en el interior de los andenes.

En el interior de la estación no había ni viajeros, ni mozos, ni nadie, pues todo el mundo estaba fuera atraído por los sucesos que se estaban desarrollando.

En una de las vías había formado un tren que sin duda había de partir más tarde. Doc se metió en el último coche y corrió a lo largo de los vagones, cerrando las puertas de comunicación para dificultar una posible persecución.

Al otro extremo bajó.

Aunque la salida del sol era inminente, la estación estaba aún lo bastante oscura para simplificar el resto de su huida.

Saltó una pared de cemento y como para coronar la serie de siniestras eventualidades de aquella noche, se encontró en un cementerio. Una larga avenida entre tumbas de mármol blanco le llevó hasta una calle lateral.

Jim Cash había sido empleado en la fábrica de Collison Mac Alter, hasta que la situación les había obligado a suspender los trabajos.

Las extrañas palabras en el brazo de Jim se referían a su armario

en aquella fábrica y hacia ella se dirigió Doc.

Estaba bastante lejos, hacia el sur de la ciudad, y Doc corrió sin descanso, buscando calles poco frecuentadas.

No intentó tomar un taxi, pues vio que la policía, estacionada en lugares estratégicos, detenía a todos los coches que pasaban.

Hacía ya muchas horas que no dormía ni descansaba, pero su paso no había perdido su habitual elasticidad.

Por una vida de ejercicios intensos, que practicaba dos horas diarias, Doc había conseguido una fuerza y una resistencia casi sobrehumana.

Los edificios de que se componía la fábrica de Collison Mac Alter eran grises con tejas rojas. Una alta cerca de alambre los rodeába.

Se ascendía por una ancha entrada con puertas de hierro. A un lado, por la parte interior, estaba la garita del portero.

Un individuo se asomó a la puerta de esta garita, un individuo pálido y al parecer asustado.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué desea?

—Déjeme entrar —le ordenó Doc—. El señor Mac Alter no dirá nada.

El portero vaciló.

—El señor Mac Alter está aquí ahora —murmuró por fin—. Iré con usted para ver si quiere verle.

El portero salió del todo de su garita, cerrando la puerta detrás de sí.

Llevaba un traje de dril blanco muy sucio. Mantuvo una mano en el bolsillo de la chaqueta, pero el bulto que hacía era mucho mayor del que correspondía a la mano.

Abrió la puerta.

Los ojos dorados de Doc le dirigieron una breve mirada. Luego extendió súbitamente un brazo.

Cogió al portero de la muñeca y le obligó a sacar la mano del bolsillo. En ella llevaba una pistola de grueso calibre. La mano de bronce de Doc le arrancó el arma de entre los dedos.

El hombre trató de huir, pero un empujón que le hizo pensar en una locomotora, le envió contra la pared de su garita.

Doc abrió la puerta, le empujó dentro y le siguió.

Apoyado en un rincón, en donde era invisible desde el exterior,

había sentado un hombre. Un reloj que llevaba colgado del cuello demostraba que aquél era el verdadero vigilante nocturno de la casa. Estaba sin sentido a causa de un golpe en la cabeza y aún permanecería así algún tiempo.

—Este individuo es mi ayudante —gritó el prisionero de Doc—. No sé quién le ha puesto así.

—¿Tenía usted puesta la capucha de la Campana Verde cuando agredió al vigilante? —le preguntó secamente Doc.

—Yo no sé qué… —comenzó a tartamudear el hombre.

Doc extendió una mano y le retiró del hombro un largo hilo negro.

—Este hilo no procede de las ropas que lleva usted ahora —murmuró—. Es de seda.

—Es de la corbata —dijo el otro con desesperación.

—La corbata que lleva usted es amarilla —le recordó Doc.

El bandido intentó escapar.

Doc hizo un rápido gesto para recapturarle. Pero su mirada siempre alerta se fijó un momento en el edificio de la fábrica. Lo que vio le indujo a tirarse al suelo apresuradamente.

La fábrica tenía grandes ventanales de cristal. Tres de ellos se habían abierto silenciosamente y por ellos aparecían los cañones negros y amenazadores de varias ametralladoras.

Las balas atravesaban sin dificultad las delgadas paredes de madera de la garita del vigilante. Tocaron un cajón que estaba debajo de la ventana.

El contenido se esparció por el suelo. Guantes, cosas pertenecientes al vigilante y una capucha negra con la Campana Verde. Sin duda había sido escondida allí cuando se advirtió la presencia de Doc.

El falso vigilante quedó muerto por la primera descarga. Las balas le acertaron repetidas veces hasta destrozarle.

Doc cogió de los pies al verdadero empleado de la casa, que estaba sin conocimiento a consecuencia del golpe en la cabeza, y le arrastró al suelo, donde quedó tendido e inerte.

El suelo era de cemento, y a su alrededor había una pared baja también de cemento, que servía de base a las tablas. Las balas no lo podían atravesar.

Las ametralladoras continuaron su mortífera tarea. Los bandidos que las manejaban estaban completamente decididos a quitar de en medio al hombre de bronce.

En su ferocidad habían muerto a sangre fría a su propio compañero.

El plomo arrancaba astillas de las paredes y rompía las tejas del techo. Un polvo gris se levantaba de la pared de cemento. En algunos puntos se rajó.

Pero resistió la tormenta y siguió protegiendo a los dos hombres.

Por fin acabó la lluvia de balas. Hubo un momento de silencio y luego se oyó como algunas personas salían de la fábrica.

Doc levantó la cabeza y vio que dos hombres se acercaban corriendo a la garita, para, comprobar sin duda los efectos de su fuego. Ambos iban armados y cubiertos por las capuchas de la Campana Verde. Doc requirió la pistola que había arrebatado al falso vigilante. Él rara vez llevaba armas.

Sostenía la opinión de que cuando un hombre lleva un arma de fuego se expone a contar demasiado con ella y, por lo tanto, si le desarman queda más indefenso.

Disparó tan rápidamente que las dos detonaciones parecieron casi simultáneas. La pareja cayó como si les hubieran quitado el suelo de debajo de los pies.

Si Doc no llevaba armas no era por falta de destreza en su uso. Los dos hombres habían sido heridos en las piernas.

Las ametralladoras de la fábrica abrieron de nuevo el fuego contra la garita.

Doc se arrojó al suelo. Hubiera sido una locura contestar.

El fuego continuó durante algunos minutos que parecieron interminables.

La pared de cemento se iba haciendo cada vez más delgada. Una bala llegó a atravesarla.

Pero el fuego cesó una vez más.

Doc vio que los dos hombres heridos por él habían sido retirados. Oyó que uno se quejaba.

A la espalda de la factoría sonaron dos o tres misteriosas descargas.

Doc se expuso un momento. Nadie hizo fuego contra él. Salió de

la garita y corrió hacia la fábrica. Llegó a ella y le dio la vuelta. Como había supuesto, los agentes de la Campana Verde se batían en retirada.

Habían empleado sus ametralladoras para romper la cerradura de una puerta posterior. Huían, llevándose a sus dos heridos, y pronto se perdieron entre las altas hierbas y los arbustos de los alrededores.

A poco salieron dos coches entre la espesura y se alejaron por un camino lateral en medio de una nube de polvo.

Doc entró en la factoría. Conocía la distribución general de todas las fábricas por el estilo y no tardó en encontrar la dependencia en que se encontraban los armarios de los empleados.

Los armarios eran unas cajas altas, de metal pintado de verde. Cada uno llevaba el nombre del empleado a quien pertenecía, escrito sobre una tarjeta sostenida en un marco apropiado.

Uno de los armarios había sido arrancado de su sitio.

Doc lo volvió para poder leer el nombre de su dueño:

JIM CASH

Pero lo que hubiera habido guardado en él había desaparecido.

Una voz metálica gritó de pronto detrás de Doc:

—¡Manos arriba!

XII
El cadáver de la parra



Los armarios formaban una fila en el centro de la habitación. En el lugar que debía ocupar el de Jim quedaba un hueco, Doc se escapó por él.

El suelo de la fábrica era una composición de caucho, lo cual explicaba como el hombre se había podido acercar sin ser oído.

Además, el recién llegado no estaba en realidad muy cerca, sino al otro extremo de la habitación, a unos cincuenta pies de distancia.

No sonó ningún disparo, La luz era demasiado escasa para permitir una puntería acertada. Incluso estaba demasiado oscuro para poder identificar las caras.

Pero Doc había reconocido la voz que le ordenaba levantar las manos.

Era Collison Mac Alter, el dueño de la fábrica.

Doc estaba oculto a la vista de Mac Alter por la fila de armarios. Sacó del bolsillo uno de los petardos y lo encendió.

Lo arrojó por encima de los armarios. El petardo estalló cerca de Mac Alter con un estampido terrible.

El fabricante dio un grito y disparó su revólver al mismo tiempo. Las dos detonaciones fueron casi iguales en intensidad. El aire se llenó de un olor acre.

Doc Savage guardó silencio. El rincón donde había estallado el petardo estaba muy oscuro. Collison Mac Alter no sabía probablemente si había herido o no a alguien.

Doc estaba desconcertado. ¿Era Collison uno de los esbirros de

la Campana Verde? ¿No sería el mismo jefe de la cuadrilla?

Para averiguar la verdad, Doc decidió emplear una pequeña estratagema.

Se adelantó silenciosamente a lo largo de la fila de armarios, hasta que llegó todo lo cerca de Mac Alter que le fue posible.

Empleando su voz ordinaria, pero haciéndola entrecortada y doliente, dijo:

—¿Me ha querido usted matar, Mac Alter?

El arma se le cayó a Mac Alter de las manos y gritó con voz angustiada:

—¡Doc Savage! Creí que era usted uno de la cuadrilla de la Campana Verde.

Doc esperó. Si Collison era de la Campana Verde, aquello podría ser una treta para descubrirle y meterle una bala en el cuerpo.

Pero Mac Alter se acercó apresuradamente al lugar en que creía que estaba Doc. El hombre de bronce sacó su lámpara del bolsillo.

Mac Alter no llevaba arma alguna en las manos. Estaba pálido y temblando.

En vista de ello salió de donde estaba oculto.

—No se apure; no me ha dado usted.

Mac Alter se enjugó la frente empapada en sudor frío y se apoyó flácidamente contra uno de los armarios.

—¡Qué terrible equivocación! —murmuró.

—¿Acaba usted de llegar aquí? —le preguntó Doc.

—No, hace dos horas que estoy en la fábrica.

Mac Alter hizo una pausa, esperando, aparentemente, alguna observación de Doc. En vista de que éste guardaba un absoluto silencio, continuó.

—Debo confesar que no soy un hombre valiente cuando se trata de correr peligros físicos. Después de salir de la reunión de casa de la Tía Nora Boston, fui a mi casa, pero no pude dormir. En vista de ello vine aquí para considerar de nuevo su proposición. Vi como llegaban los secuaces de la Campana Verde y encerraban al vigilante. Francamente —murmuró—, tuve miedo de mostrarme.

—No se puede llamar a eso cobardía —observó Doc—. Eran demasiados para un hombre solo.

—Sí, eso mismo pensé yo —convino Mac Alter—. De todas

maneras, ignoro la causa de su presencia aquí. De pronto comenzaron a disparar, pero no me fue posible ver contra quién se dirigían sus tiros. Supongo que sería contra usted. Ni aun entonces me atreví a hacer fuego contra ellos. Nunca me lo perdonaré.

Mac Alter trató ansiosamente de ver a través de la penumbra la expresión de la cara de Doc. Quería saber si su historia había sido creída por el hombre de bronce.

Lo que vio le dio poca satisfacción en un sentido o en otro.

—¿Qué es lo que podían buscar? —demandó.

—Jim Cash tenía sin duda pruebas documentales de la identidad de la Campana Verde —replicó Doc—. Las había escondido en su armario, y escribió el lugar en que se encontraban, con tinta invisible, en uno de sus brazos. Por qué lo hizo así es un misterio y cómo la Campana Verde pudo llegar a averiguarlo, otro misterio.

Estos dos enigmas quedaron indirectamente resueltos cuando Doc llegó a casa de la Tía Nora Boston.

Collison Mac Alter condujo a Doc en su limosina hasta casa de la tía Nora.

Doc iba oculto en la parte posterior y la policía no se atrevió a detener a un hombre de la categoría de Collison Mac Alter para registrar el coche.

Ham estaba llamando por teléfono desde Nueva York cuando llegaron a casa de la Tía Nora.

—¿Cómo van las cosas, Doc? —preguntó.

—Podrían ir mucho mejor —le contestó Doc.

—Tengo que informarte de una cosa extraña —contestó diciendo Ham—. Puede ser importante. Nuestro cartero fue raptado anoche por una cuadrilla de hombres vestidos con capuchones negros. Durante la noche consiguió escapar. El objeto del rapto era, al parecer, arrebatarle la correspondencia que tenía para nosotros. Dice que sólo había una carta procedente de Prosper City.

—Eso explica lo que ha ocurrido aquí, Ham. Jim Cash escondió las pruebas que tenía contra la Campana Verde y escribió el lugar donde se encontraban en su brazo. Debió de escribirme una carta en la que me advertía que en caso de que él fuera asesinado, buscase la información en su cadáver.

—Este asunto es más difícil de lo que parecía —observó Ham.

—La Campana Verde puede tener aún en Nueva York algunos de sus hombres. Ten cuidado con ellos.

—Ya lo tengo —afirmó Ham—. Y creo que conseguiré que esos cuatro testigos falsos acaben diciendo la verdad.

—Cuando lo hayas conseguido podrás hacer el favor de venir aquí para sacarme de otro lío. Me acusan de haber asesinado al jefe de Policía de la ciudad.

—Está bien. ¿Y cómo anda ese Monk de los demonios?

—Se entiende muy bien con Alice Cash —replicó Doc, sabiendo que ésta era la respuesta que el mismo Monk hubiera dado.

La conversación terminó con una fuerte protesta del abogado. Nada molestaba tanto a Ham como los éxitos de su enemigo con las muchachas.

Monk llegó poco después, acompañado de Ole Slater, la Tía Nora y los demás. Alice Cash estaba tranquila y mantenía constantemente los ojos bajos.

El cuerpo de su hermano estaba ya en el cementerio.

Monk miró a Doc y meneó lentamente la cabeza.

—La policía está registrando toda la ciudad, buscándote —declaró; y en tono más bajo, para que no llegase a oídos de Alice, agregó—: Nos han seguido hasta el cementerio y han registrado hasta el ataúd de Jim Cash. Nos han detenido además dos veces cuando veníamos hacia aquí.

—Y lo peor —añadió Renny—, es que se presentarán aquí cuando menos lo esperemos.

Johnny salió y regresó a poco con la última edición extraordinaria del periódico de Prosper City.

—La gente de este periódico parece muy decente —observó—. Dicen que Clements ha sido asesinado, pero no mencionan el nombre de Doc en relación con el asunto. Dicen, simplemente, que no hay pruebas suficientes para afirmar quién pueda ser el asesino.

Renny, distraído, hizo chocar sus puños, que produjeron el mismo ruido que si hubieran chocado dos ladrillos.

—¿Y el arma con que Tugg mató a Clements? —preguntó.

—Tugg es demasiado listo para conservarla —le advirtió Doc.

Ole Slater entró corriendo del jardín.

—Señor Savage —exclamó—. ¡La policía!

Doc se acercó a la puerta. A la entrada del jardín sonaban las voces de una violenta discusión. La guardia montada por Monk, trataba de impedir el paso a la policía.

—Yo se lo he mandado —confesó Monk.

—Bien hecho —dijo Doc—. Así tendremos algunos momentos para pensar lo que se puede hacer.

—Va a ser muy peligroso salir de aquí.

—No pienso salir.

—¿Cómo? —inquirió Renny.

Doc, sin contestar, salió al jardín y comenzó a dar la vuelta a la casa. No sabía cómo iba a permanecer en la casa sin ser aprehendido por la policía.

Estaba buscando un escondite donde no se sospechase su presencia. Antes de haber completado la vuelta a la casa lo había descubierto.

A la espalda de la casa había un enorme tanque de hierro galvanizado, lleno de agua. En él desaguaban algunos de los canalones del tejado.

La Tía Nora era una mujer económica que se lavaba su ropa y opinaba que para esta operación no había agua mejor que la de la lluvia.

—Ayudadme —dijo Doc, y entre todos transportaron el tanque a alguna distancia de la casa—. Cuidado no tiréis el agua.

Ole Slater soltó una escéptica carcajada.

—No es fácil que consiga usted escapar sumergiéndose en ese tanque —declaró—. La policía lo registrará con seguridad.

—No se apure usted —le dijo Monk—. El plan no es tan sencillo como todo eso.

Ole Slater se puso encendido de cólera. No estaba de humor para aguantar bromas de Monk, especialmente después de las atenciones que éste dispensaba a Alice.

Doc llamó a Monk y ambos volvieron a entrar en la casa. Aunque la explosión había destruido los aparatos de Doc, la provisión de productos químicos de Monk estaba intacta. Monk se puso a trabajar.

Doc entró en la habitación de Renny. EL ingeniero había traído de Nueva York, entre otras cosas, unos pequeños tanques de

oxígeno, provistos de un tubo de goma, que terminaba en una boquilla apropiada para respirar el contenido del tanque debajo del agua.

Otra pieza especial servía para mantener las narices tapadas. A poco apareció Monk, llevando en las manos dos botellas, una pequeña y la otra grande, que contenían líquidos de una naturaleza muy diferente. Entregó a Doc la botella pequeña y todos salieron a continuación al jardín.

El hombre de bronce se proveyó de una gruesa piedra y se sumergió cuidadosamente en el tanque de agua. Se sentó en el fondo y se colocó la piedra sobre las rodillas para mantenerse allí.

Monk derramó en el agua el líquido contenido en la botella grande. Luego encendió un fósforo y se lo aplicó.

De toda la superficie del agua contenida en el tanque se elevó una llama brillante, que producía un humo pardo y rojizo.

Monk dedicó a Ole Slater su sonrisa más burlona.

—Este producto arde sin causar apenas calor —dijo—. La policía creerá que estamos quemando algo en el tanque y nunca presumirá que debajo del fuego haya agua. ¿Cree usted ahora que registrarán el tanque?

—No, desde luego, no —contestó Slater humildemente—. Pero ¿y si el señor Savage quisiera salir del agua? No podría hacerlo sin quemarse.

—¿No ha visto usted el frasquito que le he dado antes de meterse?

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Está lleno de un fluido que flota y que extingue el fuego producido por el otro. Doc sólo tiene que destapar la botellita para que el fuego se apague.

Ole Slater se frotó la cara con las manos.

—Los recursos de usted parecen no tener límite.

—Nadie ha puesto nunca a Doc en un apuro del que no pudiera salir —le replicó Monk.

Se envió entonces recado a los hombres que guardaban la puerta de que podían dejar entrar a la policía. Cuando llegaron los guardias, Long Tom y Johnny empezaron a arrojar cosas a las llamas del tanque.

Cesaron en su tarea antes de que llegaran lo bastante cerca para ver que sólo arrojaban latas de conserva vacías, que no podían añadir ningún calor al fuego producido por el líquido.

—Vamos a registrar esta casa —declaró violentamente el sargento que mandaba a la policía—, y la vamos a registrar de verdad.

—Pueden ustedes empezar cuando quieran —le dijo Monk—. Sólo les advierto una cosa. No piensen en amenazar a Alice Cash ni a la Tía Nora.

—Cueste lo que cueste me he de asegurar de que ninguna de ellas ha visto a Doc Savage.

Monk hizo una señal y sus tres compañeros se agruparon con gesto amenazador. Los cuatro formaban un grupo digno de ser tenido en cuenta.

—Puede usted hacer todas las preguntas que guste —refunfuñó Monk—. Pero el que haya alguien que las conteste será harina de otro costal.

—¿Dónde está Doc Savage?

—Ésa es una de las cosas que no me da la gana de contestar.

—No quiere usted contestar por miedo a que detengamos a su amigo —dijo el sargento con tono siniestro.

—Yo no le tengo miedo a nada ni a nadie —replicó Monk, golpeándose el pecho con fuerza—. Lo único que pasa es que no quiero contestar esa pregunta.

En este momento llegaron más guardias, tres camionetas llenas, provistos de ametralladoras y carabinas. Alrededor de la residencia de la Tía Nora se formó un cordón.

La policía empezó su registro. Entraron en las tiendas del circo y no dejaron en ellas nada por revolver. Llegaron a subir a lo alto de las tiendas para convencerse de que no había nadie oculto encima.

Del inflamado tanque no hicieron el menor caso, salvo para arrojar la colilla de algún cigarrillo entre las llamas.

Llegaron a la casa. Las puertas estaban todas guardadas. El escrutinio comenzó por el sótano. Las paredes y el suelo eran de ladrillo.

Los ladrillos fueron virtualmente examinados uno por uno, para asegurarse de que no había trampas por ningún lado.

Otros agentes de la policía se esparcieron por las demás dependencias de la casa.

A poco llegaron otras dos docenas de personas, aproximadamente. Eran los propietarios de las fábricas y de las minas de Prosper City.

Evidentemente, habían celebrado una conferencia y venían en corporación a discutir con Doc Savage las medidas en que hablan de transferirle la propiedad de sus negocios.

Cuando se enteraron de que la policía estaba buscando al hombre de bronce, tuvieron una explosión de indignación. Ninguno de ellos podía admitir la idea de que Doc Savage hubiera asesinado a Clements.

Obsequiaron a la policía con un fuego graneado de palabras. Los guardias sudaban y renegaban, pero no podían ordenar a toda aquella gente que se fuese, pues se trataba de las personas más poderosas de Prosper City.

—La idea de que Savage haya asesinado a Clements es ridícula —afirmaba el propietario de una mina—. Hemos hecho investigaciones y resulta que es un hombre conocido en todo el mundo por sus buenas acciones.

El pomposo Judborn Tugg, que había comparecido también, empezó a discutir.

—Mis queridos amigos y compañeros —comenzó a decir en tono de discurso—: Este Doc Savage es dos veces asesino y quizás algo peor.

—No lo creemos —replicó uno.

—Yo mismo le he visto matar a Clements. Otra media docena de personas fueron también testigos del horrible crimen. Además, ese hombre está tratando de comprarles a ustedes sus negocios por una fracción de lo que valen. ¿No lo ven ustedes? No sólo es un asesino, sino un formidable estafador.

El trueno de la voz de Renny le interrumpió:

—Cuando llegue el momento, Tugg, probaremos que es usted mismo la Campana Verde, o que está usted a sueldo de ella.

Tugg se adelantó hacia Renny con los puños cerrados y como dispuesto a agredirle, pero se detuvo mucho antes de llegar al alcance de las poderosas manos del amigo de Doc.

—Sus palabras no pueden ofenderme —dijo con tono desdeñoso y a continuación se eclipsó, al darse cuenta de que todo el mundo, menos la policía, estaba en contra suya.

—Continúen registrando —ordenó el sargento—. Vamos a investigar esta casa desde arriba…

No pudo acabar la frase. Sonó un ruido de pasos precipitados en el exterior y un guardia entró gritando:

—¡Uno de nuestros hombres está colgado de la parra debajo de una ventana! ¡Tiene clavado un cuchillo!

Todo el mundo corrió excitadamente alrededor de la casa.

Debajo de la ventana del segundo piso, pendiente de un grueso brazo horizontal de la parra, colgaba un cuerpo vestido con el uniforme azul de la policía. Las hojas de debajo estaban tintas en sangre.

El cadáver estaba colgado del cuello por una cuerda y había sido apuñalado repetidas veces, a juzgar por los numerosos canalillos formados por su sangre.

El cuchillo había quedado en su pecho, clavado en la última herida.

¡El arma era uno de los cuchillos de cocina de la Tía Nora Boston! El puño era de asta. Visto desde abajo, el puño parecía la cabeza de una serpiente asomada al bolsillo del muerto.

Monk miró a la ventana y empezó a sentirse como si estuviera sumergido en agua helada. La ventana de donde pendía el cuerpo era la de su cuarto.

—¡Le han asesinado debajo de nuestras mismas narices! —murmuró Renny al oído de Monk—. ¿Por qué le habrán matado?

Monk cruzó las manos y luego las separó. Se estaba imaginando el interior de la prisión de Prosper City.

Lo más probable era que todos los que estaban presentes quedasen detenidos. Sólo en las novelas se consiente que toda una cuadrilla permanezca en la escena del crimen, con el fin de que el héroe pueda atrapar al malhechor.

Todos irían a parar a la cárcel.

Silenciosos y sombríos en presencia del asesinado, los guardias entraron en la casa y subieron al segundo piso.

La cuerda de que estaba suspendido el cadáver era una de las

que Monk había usado para atar uno de los paquetes que había traído de Nueva York.

No era lo bastante larga para bajar el cuerpo hasta el suelo y lo subieron a la ventana.

No había ninguna indicación de la causa por la cual el guardia había sido asesinado. Ninguna lesión indicaba si había habido lucha.

—De todas maneras —advirtió Monk—, si hubiera habido lucha lo hubiéramos oído desde abajo. Este individuo sólo hace algunos minutos que está muerto.

—¿De quién es esta habitación? —inquirió el sargento.

—Mía —confesó Monk.

El guardia sacó un par de esposas del bolsillo y se precipitó sobre Monk.

—Queda usted detenido y acusado de asesinato —declaró.

—Olvida usted una cosa, sargento —protestó Monk.

—¿Qué?

—Que desde que ha llegado usted no me ha perdido de vista ni un minuto, y puesto que el muerto es uno de los hombres que vinieron con usted, es evidente que no puedo haberle matado yo.

El sargento tuvo que renunciar de mala gana a la detención de Monk, porque, sin duda alguna, no podía ser él el asesino. Se mordió los labios nerviosamente.

—Que baje todo el mundo al vestíbulo —gritó el sargento—. Tenemos que llegar al fondo de todo esto.

El grupo de hombres que representaban todas las minas y fábricas de Prosper City, comenzaron a protestar de que a ellos se les tratase así; pero sus protestas fueron inútiles.

—Esto es muy serio —declaró el sargento—. Tenemos que interrogar a todo el mundo.

—Tiene usted razón —convino Tugg, levantando la voz todo lo que pudo—. Yo me someto voluntariamente a cualquier examen y creo que aquél que se oponga es porque tiene algo que ocultar.

Tugg recibió varias miradas siniestras en premio de sus palabras.

Él replicó con una sonrisa desdeñosa, pues sabía que así merecería mejor la estimación de la policía.

Siguieron diez o quince minutos de interrogatorios. Los agentes

de la ley trabajaron a conciencia, pero el resultado que obtuvieron no hizo sino aumentar su perplejidad. Casi cualquiera de los presentes podía ser el asesino.

Los únicos que habían estado continuamente junto a la policía desde que comenzó el registro eran los cuatro amigos de Doc.

Collison Mac Alter, la Tía Nora, Ole Slater, Alice Cash y los demás no encontraron dificultades para probar dónde se encontraban en el momento en que probablemente se había cometido el crimen.

El grupo de industriales estaba francamente alarmado. Los esfuerzos de cada uno para justificar eran casi frenéticos.

—Todos ustedes esperarán aquí en el vestíbulo —dispuso el sargento—. Nosotros vamos a terminar el registro de la casa. Doc Savage puede estar cerca y haber sido él quien ha asesinado a nuestro compañero.

Johnny había estado examinando con su lente de aumento el cuchillo que había servido para cometer el crimen.

—Han limpiado todas las huellas dactilares —anunció con sentimiento.

La policía siguió su registro con escrupulosa minuciosidad. Las paredes fueron golpeadas, y examinados hasta los libros y las revistas que se encontraron en la casa.

—Tienen ustedes unas ideas muy extrañas acerca del tamaño de una persona —observó Monk.

—Calle usted —le ordenaron—. Ahora estamos buscando el arma con que fue muerto Clements.

Monk se sobresaltó visiblemente.

—Oiga, ¿y les ha dicho a ustedes alguien que podría estar aquí?

—Nosotros no acostumbramos a denunciar el origen de nuestras informaciones —le dijo el sargento. Pero un movimiento de sus ojos hacia Judborn Tugg indicó claramente de dónde procedía la indicación.

La habitación de Monk parecía estar perseguida por un mal espíritu, pues fue en ella donde se produjo el otro acontecimiento desagradable.

Monk había llevado de Nueva York un traje de repuesto, que estaba colgado en un armario. En uno de sus bolsillos fue hallada el

arma con que se había dado muerte a Clements.

El número de la pistola, había sido limado recientemente, y la prueba de que aquélla era el arma que se buscaba, habían de darla los peritos armeros.

Pero a Monk no le cupo la menor duda acerca de que era precisamente aquélla la pistola homicida y de que alguien la había puesto en su habitación.

Así lo proclamó en voz alta.

—Además —añadió—, explica el asesinato del guardia. El pobre hombre sorprendió a la Campana Verde o a alguno de sus hombres en la operación y por eso le mataron.

—El que esté aquí el arma demuestra que Doc Savage ha estado también aquí —insistió el sargento—. EL debe de ser el autor del crimen.

Monk se encogió de hombros. ¿Para qué discutir? Los industriales de Prosper City comenzaron a protestar de nuevo. Si estaban seguros de que Doc Savage era el culpable. ¿Para qué detener a todo el mundo? Alguno de ellos hizo la ominosa predicción de que si aquello continuaba pronto habría una nueva sección de la policía en la ciudad.

Los guardias cedieron en parte. Pero insistieron en que todos debían permanecer, cuidadosamente vigilados, en casa de la Tía Nora.

Los cuatro amigos de Doc, pensando en su jefe sumergido en el tanque de agua, no recibieron con muy buena cara esta nueva disposición.

El tanque seguía ardiendo y continuaría lo mismo durante ocho horas, pero luego, ¿qué?

Doc tenía todas las probabilidades de ser descubierto y ninguna de escapar.

—Tendríamos que advertir a Doc de cómo se presentan las cosas —murmuró Monk al oído de Alice.

Alice demostró entonces que su ingenio no cedía en nada a su belleza.

Consiguió permiso de la policía y se retiró a descansar a su habitación. En una hoja de papel grueso escribió un breve sumario de lo ocurrido.

Hizo un rollo con el papel y lo introdujo en una botella de cuello ancho. El papel se abrió en el interior y la superficie escrita quedó legible desde fuera.

Alice ató un pesado pisapapeles a la botella. La moda femenina imponía entonces las mangas largas y anchas.

Alice escondió su botella en una de ellas y consiguió acercarse al tanque sin despertar sospechas, y arrojar el mensaje entre las llamas.

La botella se hundió en el agua y cayó sobre la rodilla derecha de Doc. El fuego de la superficie iluminaba el agua más de lo que hubiera iluminado la luz del sol.

Además, aunque el fuego no producía mucho calor, la temperatura del agua empezaba a ser agradable.

Doc leyó el mensaje y llegó a una rápida decisión. En realidad, apenas pareció considerar nada. Tal era la presteza con que su cerebro analizaba las situaciones y llegaba a la conclusión de cuál era el mejor procedimiento.

Quitó el corcho de la botella que le había entregado Monk. El líquido era de color lechoso y ascendió a la superficie formando espirales que semejaban el humo de una pequeña hoguera. Las llamas se extinguieron al momento.

Doc se desprendió de la piedra que le servía de áncora y salió del tanque.

Gritos de sorpresa saludaron su aparición. Alice Cash se llevó las manos a las mejillas, asustada.

El sargento de policía se adelantó con el revólver en una mano y las esposas en la otra.

—¡Queda usted detenido! Si se mueve es hombre muerto.

XIII
Ordenes



En pocos segundos se formó un círculo de pistolas alrededor de Doc.

Judborn Tugg comenzó a gritar:

—¡Matadle! ¡No le dejen escapar! ¡Es el asesino de vuestro jefe!

Long Tom estaba en aquel momento cerca de Tugg. El electricista —pálido, delgado y de aspecto enfermizo— no parecía contrincante adecuado para el voluminoso Tugg. Pero saltó sobre él y sus puños empezaron a operar rápidamente sobre Tugg.

Antes de que pudieran separarlos, Tugg había perdido tres dientes, tenía la nariz hinchada y los dos ojos negros.

Long Tom se defendió tan ferozmente de los guardias que intentaron detenerle, que ambos cayeron al suelo. El aspecto de Long Tom era extremadamente engañador.

Generalmente, no perdía la serenidad, pero en algunas raras ocasiones montaba en cólera y no había quien le contuviese. Las acusaciones contra Doc le hicieron estallar.

Un guardia se colocó detrás de él y le dio un golpe en la nuca con un rompecabezas. Long Tom cayó al suelo sin sentido.

Doc Savage fue conducido al sótano de la casa y allí se le ordenó que se desnudara.

Todas las piezas de su vestido fueron cuidadosamente registradas, Esta indignidad fue sugerida por el maltratado y tembloroso Tugg.

—No hay que arriesgarse —le dijo a la policía—. No sabemos qué clase de armas puede llevar escondidas entre la ropa.

Luego le dieron una camisa azul y unos pantalones de dril y descalzo fue conducido a uno de los coches de la policía, un coche cerrado, pero sin cortinas.

Doc ocupó el asiento posterior, con un guardia a cada lado y otros tres delante.

Otros cinco automóviles llenos de hombres, dos delante y tres detrás, les daban escolta. En uno de los últimos iba conducido Long Tom, por su agresión a Tugg.

Todos los demás fueron dejados en libertad. La policía tenía ya a Doc y creía que todo estaba arreglado.

Los coches eran conducidos despacio y haciendo la menor cantidad de ruido posible. Cuando entraron en la parte más poblada de la ciudad, por todas las ventanas salía la música de la radio. Evidentemente, la estación de radio de Prosper City ponía a aquella hora un programa muy popular.

De pronto, de todos los altavoces, surgió la conocida serie de lamentos, dominados por las notas tristes y lúgubres de una ronca campana.

El clamor duró sólo algunos momentos.

—La Campana Verde —murmuró uno de los guardias.

Todos miraron a Doc, como si sospechasen que el hombre de bronce fuera la causa del ruido.

Doc no hizo ninguna demostración de haberlo oído. Sus manos reposaban sobre sus rodillas, juntas y sujetas por las esposas. Tenía los pies igualmente esposados.

En Prosper City entraban tres líneas de ferrocarril. Para evitar cruces peligrosos, las vías pasaban por puentes que cruzaban por encima de las calles. La caravana de autos avanzaba hacia uno de estos puentes.

Pasaron los dos primeros. El de Doc se encontraba a una veintena de pies de distancia. Mantenía una marcha lenta.

Levantando los puños por encima de la cabeza, Doc dio un salto.

Impulsado por los tremendos músculos de sus piernas, su cuerpo pasó a través del techo como si éste hubiera sido de papel.

Quedó sobre la armazón metálica, que era lo bastante fuerte para soportar su peso. Las esposas de las muñecas y de los tobillos no parecían molestarle en lo más mínimo.

Cuando el auto llegó debajo del puente, él estaba de pie.

Oculto por el parapeto, Doc probó la resistencia de las esposas de acero contra sus músculos de bronce.

La cadena que unía los dos aros que sujetaban sus piernas se rompió. La de las muñecas siguió el mismo camino.

Echó a correr por entre los rieles, inclinado todo lo posible. Los guardias subían por el talud, disparando y gritando.

Un tren hubiera sido muy oportuno, pero no se advertía la menor señal de que hubiera uno siquiera.

Doc siguió corriendo, hasta que una bala silbó peligrosamente cerca de su cabeza, advirtiéndole que sus perseguidores habían llegado a las vías superiores.

Se arrojó hacia la derecha, deslizándose literalmente sobre el estómago por el talud. Los empleados del ferrocarril habían sembrado el declive de una variedad de hierba alta, que suministraba un excelente escondite.

Doc ganó una cerca; dejó algunos trozos de su vestido en el espino al pasar a través de ella y se metió en un gallinero, en el momento en que las balas empezaban a llover sobre las tablas.

Cruzó un patio, rodeado por una bandada de gallinas asustadas, pasó a través de una casa vacía y se encontró en la calle.

Estaba a salvo. Se encaminó directamente a casa de la Tía Nora Boston.

La razón de la fuga de Doc estaba en el breve y horrible clamor de la Campana Verde. Aunque no tenía ninguna prueba acerca del significado de aquel ruido, decidió que sólo podía tener un propósito.

El rumor público decía que el tañido de la Campana Verde era presagio de muerte o de violencia por parte de los hombres que componían la siniestra banda.

Por consiguiente, razonó Doc, aquel ruido por la radio era una señal para que todos se reunieran en algún punto donde recibían órdenes.

Doc estaba seguro de que Tugg era uno de ellos, si no el jefe mismo, y quiso observar las reacciones de Tugg a la llamada por radio.

Llegó a un árbol muy alto situado cerca de la casa de la Tía

Nora, el mismo que había servido a Slick de observatorio en otra ocasión.

Algunas pequeñas erosiones de la corteza y un hilo o dos arrancados de la ropa de Slick, explicaron a Doc lo ocurrido cuando él trepaba.

Se colocó en una rama larga. Cerca de las tiendas del circo estaba ocurriendo algo. Judborn Tugg agitaba los brazos y gritaba. Monk y Johnny se movían frente a él y hacían gestos de amenaza.

Tugg parecía estar insultando gravemente a los dos amigos de Doc. Un momento después, Monk y Johnny cogían al pomposo Tugg y le arrojaban del jardín.

Doc Savage, al ver aquella pantomima, sintió un nuevo respeto por la sagacidad de Tugg.

Había conseguido que le expulsasen violentamente, de manera que su partida tan pronto después de la llamada por radio, no despertaría las sospechas de nadie.

Doc descendió silenciosamente de su árbol y siguió a Tugg.

Éste entró en su limosina, pero sólo la utilizó por muy poco espacio y a una escasa velocidad. Pronto la dejó a un lado del camino, junto a un campo llano y cubierto de espesos arbustos, y se dirigió al viejo granero.

Brillaba el sol y Tugg no daba media docena de pasos sin volver la vista atrás. Sin embargo, Doc estaba apenas a sesenta pasos, cuando su enemigo entró en el ruinoso edificio.

Doc se acercó, pero se vio obligado a retirarse al oír otros hombres que se retiraban.

La cuadrilla de la Campana Verde se estaba reuniendo en asamblea.

Llegaban por parejas y por grupos de tres o cuatro. El último cerró la puerta.

Cada uno de ellos venía vestido con el tétrico uniforme de la Campana Verde. Ninguno permaneció de guardia en la puerta. La exótica mascarada hubiera llamado la atención a cualquiera, pero sin duda más de un ojo vigilaba a través de los intersticios de las tablas.

Para reunir la vasta cantidad de conocimientos contenidos en su notable cerebro, Doc había acudido a los maestros en cada cosa y

luego, por medio de un estudio intensivo, mejorar lo que ellos le enseñaban.

Había acudido a los cazadores de animales salvajes para aprender a rastrear.

Tan silenciosamente como la sombra proyectada por una nube, se acercó al edificio.

Una voz hueca y extraña murmuraba en el interior. Las palabras cuando llegaban a oídos de Doc, estaban tan deformadas que eran casi ininteligibles.

Lo que Slick había descubierto con sus ojos, lo descubrió Doc solamente por medio del oído. La voz procedía de un tubo subterráneo.

—¿Están todos aquí? —preguntaba.

—Sí, señor —contestó Tugg a gritos.

—Han venido ustedes para recibir órdenes —continuó la voz sepulcral de la Campana Verde—. ¿Se han asegurado de que nadie les seguía cuando se acercaban?

Un clamor general, evidentemente de asentimiento, respondió a esta pregunta.

—Muy bien —prosiguió la voz—. Por fin tenemos a Savage en la cárcel. Pero quedan sus hombres. Es para oír su suerte para lo que les he llamado a ustedes.

Doc Savage no prestaba toda su atención a las palabras de la Campana Verde; al mismo tiempo se arrastraba lentamente por entre las hierbas, aplicando de cuando en cuando el oído al suelo.

No creía que la cañería estuviera enterrada a mucha profundidad, pues de otra manera, debido a la naturaleza pantanosa del terreno, se llenaría de agua.

La Campana Verde, dondequiera que estuviera, tenía forzosamente que hablar fuerte, para que su voz llegase al granero. Doc pensó que podría localizarle por el oído.

—¡Tugg! —tronó la voz de la Campana Verde.

—¡Aquí estoy! —gritó el aludido.

Si no sabía que la figura a quien se dirigía era solamente un maniquí de palos y tela, debía extrañarle mucho que se le preguntase su identidad.

—Debe usted recordar que hace algunas semanas le mandé

hacer ciertos preparativos del domicilio de la Tía Nora Boston.

—Sí, recuerdo —repuso Tugg.

—¿Qué hizo usted? Quiero estar seguro.

—Escondí una botella de veneno entre unos matorrales de la ladera de la montaña, cerca de casa de la Tía Nora. El matorral es inconfundible. En él crecen cuatro árboles. Forman una línea recta, como si hubieran sido plantados adrede así.

—¿Dónde está exactamente la botella?

—Enterrada entre los dos árboles centrales.

—¿Qué clase de veneno contiene?

—Cianuro. Es el veneno más mortífero que he podido encontrar.

Doc Savage comenzó a escarbar silenciosamente con los dedos. Su sensible oído le había guiado bien, pues el agujero que hizo quedaba precisamente encima de la cañería, que era de arcilla.

—Tugg, usted cogerá ese veneno y…

En medio de las palabras, Doc descargó un golpe seco con el puño sobre la cañería. Ésta no era muy sólida y se rompió.

—¿Qué ruido ha sido ése?

—Me parece que ha salido de debajo de sus pies —le contestó Tugg.

—Bueno, no importa —se apresuró a añadir el jefe, temiendo que sus secuaces se pudieran dar cuenta de que la figura que tenían delante era sólo un maniquí.

Doc cubrió el agujero con las manos, para evitar que se perdiera demasiado volumen de voz. Luego cogió un poco de polvo fino y lo dejó caer ligeramente en la abertura.

El polvo era ligeramente absorbido en dirección opuesta al granero, al entrar en la cañería. Ello le mostró la corriente y le dio la dirección.

Pero era posible que la conducción hiciera algún recodo antes de llegar al final.

—Tugg —continuó diciendo la Campana Verde—, usted mismo irá a buscar el cianuro que escondió cerca de la casa de Tía Nora. Supongo que hay bastante cantidad en esa botella.

—Mucho —replicó Tugg.

—Bueno. Pues esta noche se llevará usted un grupo de hombres para descubrir la conducción de aguas de la casa. Sé que, debido a

la situación de la finca en las afueras de la ciudad, es una conducción pequeña. Derramará usted en ella el veneno. Supongo que podrá usted encargarse de los detalles de la operación.

—Sí, sí —convino Tugg.

Doc se apartó del granero, siguiendo el camino que empleaban los secuaces de la Campana Verde para llegar hasta él. Caminaba despacio y registraba la tierra con la vista.

Pronto halló lo que esperaba: una colilla de cigarrillo. Continuó sus pesquisas y logró añadir dos puntas de puro a su provisión. EL hallazgo más importante fue una caja de fósforos en la cual quedaba uno aún. Doc había temido que tendría que producir el fuego que necesitaba a la manera de los indios, frotando un palo con otro.

Volvió a acercarse al granero. Las puntas de cigarro procedían de la cuadrilla de bandidos.

Doc juntó todo el tabaco en un puñado y lo quemó en el agujero que había hecho en la cañería. La corriente lo hizo arder, arrastrando el humo.

Doc escuchó la conferencia de los enmascarados. Judborn Tugg contaba lo ocurrido en casa de la Tía Nora.

Doc pensó que el relato de Tugg era completamente ocioso, puesto que la Campana Verde había tomado parte activa en los sucesos, asesinando a un policía.

Entre el grupo de los fabricantes y mineros de Prosper City, o de las demás personas que se encontraban allí, estaba el misterioso personaje.

Doc empezó a describir círculos alrededor del granero, olfateando el aire al mismo tiempo. El humo del tabaco tiene un olor fuerte y esperaba localizar por medio de él la salida de la cañería.

Desde su niñez practicaba Doc diariamente unos ejercicios especiales, destinados a desarrollar el sentido del olfato, que era en él realmente fenomenal.

Dio una vuelta entera sin descubrir lo que buscaba. La segunda vez tampoco tuvo éxito. El último círculo fue mucho más ancho. Doc apresuró el paso. Había esperado tener mejor suerte.

Oyó como los miembros de la cuadrilla salían del granero. Los

dejó marchar sin ocuparse de ellos. El único miembro que le importaba era Judborn Tugg, y éste no sería difícil de encontrar cuando le hiciera falta.

Doc concentró toda su atención en descubrir la salida de la cañería.

Judborn fue uno de los primeros en salir y en alejarse rápidamente de aquella vecindad. El día era caluroso y el capuchón con que iba disfrazado la molestaba.

Se lo quitó tan pronto como estuvo a una prudente distancia.

Aunque su nombre se mencionaba libremente en las reuniones, Tugg cuidaba de tener siempre la cara oculta. Esto era una pequeña precaución.

Si ocurría algún contratiempo, podría decir que él nunca había asistido a semejantes reuniones, sino que debía ser alguien que asumía su nombre.

Tugg entró en su coche y regresó a la ciudad, sin apresurarse y fumando uno de sus lujosos cigarros. Para recoger el veneno tendría que esperar a que se hiciera de noche.

Se detuvo a la puerta de su casa. Pocos meses antes tenía criados que le abriesen la puerta. Recientemente los había despedido, pretextando apuros económicos.

La verdadera razón era, sin embargo, que no quería gente en su casa que pudiera enterarse de cosas peligrosas para él. Tugg era soltero y comía en un restaurante.

Entró en su lujosa biblioteca y en el momento en que pisó el umbral se quedó como de piedra.

Sentada en una ancha butaca se encontraba la figura negra y lúgubre de la Campana Verde. El verde de la insignia y el de las gafas eran casi del mismo tono.

La figura tenía una pistola en la mano.

El arma era suficiente para advertir a Tugg de que ahora estaba frente a su jefe en persona.

El siniestro personaje siempre tenía un arma en la mano cuando se mostraba a alguno de sus hombres, para asegurarse de que ninguno de ellos sentiría la tentación de arrancarle la capucha.

—¿Qué… qué quiere usted? —tartamudeó Tugg—. Acabamos de hablar.

—Acaba usted de estropearlo todo —El tono de la Campana Verde era profundo y colérico.

Tugg dejó caer su cigarro, que permaneció sobre la alfombra sin que él se diera cuenta.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que Savage le ha seguido a usted hasta el granero y ha oído todo lo que se ha hablado allí.

Tugg meneó violentamente la cabeza.

—Imposible. Savage está preso.

—Se ha escapado. —El arma de la Campana Verde no se apartaba una línea del corazón de Tugg—. La policía ha dejado huir a Savage y él le ha seguido a usted.

—¡A mí! —Tugg estaba casi sofocado—. No lo creo.

—No discutamos eso ahora —dijo la Campana Verde—. Savage estaba allí. Le oí y estoy seguro de ello. Ahora vengo a darle a usted nuevas órdenes. No vaya usted a recoger la botella de cianuro.

Tugg se dio cuenta enseguida de las posibilidades.

—Si Savage nos ha oído hablar de ese veneno, seguramente se apresurará a destruirlo. Podíamos organizar una emboscada…

—Ya está preparada —le interrumpió la Campana Verde.

—No sabía que hubiera usted dispuesto de algunos de los hombres…

—La clase de emboscada que he dispuesto no necesita hombres y es mucho más eficaz por eso mismo. La Campana Verde se despidió a continuación. Desde una ventana vio Tugg como se perdía de vista entre los arbustos de su jardín, lo cual le hizo maldecir la ocurrencia que había tenido de plantar tan profusamente su jardín.

Hubiera deseado seguirle y averiguar la identidad de aquel demonio que tenía aterrorizada a la población de Prosper City.

XIV
La sospecha



Si Doc hubiera podido presenciar lo ocurrido en casa de Tugg, no hubiera seguido sospechando que éste fuera la Campana Verde.

Sin embargo, Doc no consideraba muy en serio la posibilidad de que Tugg fuera el personaje principal en el drama de Prosper City.

La razón era muy sencilla: las relaciones de Tugg con la Campana Verde eran demasiado evidentes.

El director de toda aquella organización era demasiado hábil para dejar que se pudiera sospechar de él tan abiertamente.

Doc había descrito cinco círculos alrededor del granero. No percibió ni el más ligero olor a tabaco. Estaba francamente desconcertado.

Apenas era posible que la Campana Verde hablase desde tan lejos.

Doc volvió disgustado al viejo edificio. Los pájaros habían volado ya y decidió seguir la conducción desde el granero hasta el final.

La tubería de arcilla no estaba enterrada a mucha profundidad. Clavando un palo en la tierra pudo seguirla con facilidad.

Se prolongaba en una extensión de doscientos pies, aproximadamente, con dos bruscos recodos y luego acababa.

Doc escarbó un poco en la tierra e hizo un descubrimiento inesperado. La conducción se hundía en la tierra formando un ángulo recto.

A una profundidad de tres pies, se convertía en cañería de

hierro.

Cogió una piedra pequeña y la dejó caer por el agujero. La piedra cayó a unos doscientos cincuenta pies.

Borró con gran cuidado todas las señales de su presencia, llenando los agujeros que había hecho y esparciendo hojas por encima.

Habían transcurrido muchos días desde las últimas lluvias, pero a pesar de ello la tierra era blanda y húmeda. En algunos sitios el agua manaba de la tierra a la presión de sus zapatos.

No era terreno a propósito para excavar un túnel.

A pocos pies por debajo de la superficie debía ser literalmente un barro espeso. Y sin embargo la conducción terminaba en un agujero vertical de más de doscientos cincuenta pies de profundidad.

Doc tenía ya formada una teoría para explicar aquello, y esperaba que jugase un papel importante en la captura de la Campana Verde.

Una hora más tarde, el hombre de bronce apareció en la vecindad del domicilio de la Tía Nora. El evadir a un grupo de policías le había retrasado algo.

En el jardín de la Tía Nora se veían numerosos uniformes azules. Dentro de la casa se observaban también algunos.

Doc se encaminó a la montaña, cuya ladera empezaba casi en la casa misma de la Tía Nora. Encontró sin dificultad los cuatro árboles perfectamente alineados que crecían en medio de un macizo de zarzas.

Allí, por lo que él había oído, estaba oculto el veneno.

Lo que no sabía era que la Campana Verde había preparado una trampa mortal en aquel lugar.

Las hojas secas formaban una espesa capa debajo de los arbustos y de los árboles. Allí se podrían ver las huellas de sus pasos, pues las hojas estaban negras y húmedas por debajo, a causa de la humedad, mientras que por encima el sol las había secado y blanqueado.

A medida que avanzaba Doc, los arbustos se hacían más espesos y los árboles de unas dimensiones regulares más frecuentes.

Doc dio un salto y sus dedos de bronce atraparon una rama.

Balanceándose ágilmente. Pasó a otra más alta y desde ella

pareció flotar en el espacio hasta el árbol próximo.

Fue una notable exhibición de agilidad.

Los cuatro árboles más altos crecían en medio de un macizo de zarzas. Un sendero pasaba por entre los dos del centro.

Por el estado de este sendero se deducía que sólo era empleado de tarde en tarde.

Precisamente al pie de uno de los árboles centrales se abría un claro entre las zarzas. Era el escondrijo lógico para el veneno.

Doc se columpió en la rama de un árbol más pequeño, a algunos metros de distancia de los cuatro gigantes. Tomó impulso a la manera de un trapecista.

La rama cedía.

En el momento preciso soltó la rama y el cuerno de bronce describió una curva en el espacio. Hizo un aterrizaje perfecto en la rama más baja del primero de los cuatro árboles altos.

Entonces realizó un descubrimiento.

Atada al árbol había una ametralladora, apuntada hacia el suelo. Doc se deslizó a lo largo de la rama para examinarla.

La mitad señalaba precisamente el pequeño hueco, donde probablemente estaba escondido el veneno.

Un alambre flexible, atado al palo del gatillo, corría hasta el suelo por unas poleas muy pequeñas y perfectamente engrasadas.

Una trampa mortal. Cualquiera que tratase de apoderarse de la botella del veneno quedaría instantáneamente acribillado.

Doc pensó rápidamente. Desató el alambre del gatillo. De un salto descendió al sendero.

Buscó entre las zarzas y encontró enseguida el veneno. Desató el otro extremo del alambre del cuello de la botella.

Una mirada le convenció de que se trataba de verdadero veneno. No estaba en forma de cristales, sino de un líquido inodoro y volátil.

Cianuro, uno de los venenos más mortíferos.

Doc se llevó la botella a alguna distancia. Derramó el contenido en un agujero que hizo previamente en el suelo y la volvió a llenar con el agua de un arroyo que discurría por allí.

El agua, debido sin duda a la proximidad de las minas, tenía un color feo no muy diferente al cianuro.

Un momento después, la botella, ahora inofensiva, estaba en su lugar.

Con la agilidad de una ardilla trepó Doc al árbol en donde estaba la ametralladora y alteró ligeramente la puntería del arma.

Puso gran cuidado en su trabajo y cuando estuvo satisfecho, ató de nuevo el alambre al gatillo.

Se alejó de la vecindad por el mismo procedimiento que había llegado.

Un tren de carga silbó al salir de la estación de Prosper City. Marchaba con relativa lentitud.

Aún se oía a lo lejos el resoplar de la locomotora, cuando Doc apareció entre los arbustos que bordeaban el espacioso jardín de la Tía Nora. Esperó, vigilando.

Llegó un coche, procedente del centro de la ciudad. Entró en el patio. De él descendió Long Tom.

El colérico electricista debía haber sido puesto en libertad bajo fianza, pues la acusación de haberle pegado a Judborn Tugg, no era en realidad muy grave.

Doc esperó unos cinco minutos, para dar lugar a que pasase el júbilo producido por la llegada de Long Tom. Luego, la extraña melodía del hombre de bronce saturó la vecindad.

Cualquiera que hubiera mirado a Doc no hubiera podido decir que las notas brotaban de sus labios. Pero el misterioso gorjeo poseía un notable poder de penetración.

Inundó el jardín y llegó hasta los rincones más remotos de la casa. Los guardias miraban en torno suyo, no sabiendo de dónde procedía aquel canto.

Los cuatro amigos de Doc no dieron ninguna muestra de que para ellos significase nada especial.

Pero al cabo de pocos minutos, el cuarteto se fue deslizando hasta los pisos superiores de la casa y a mirar desde las ventanas con sus gemelos. Johnny descubrió por fin a Doc.

A continuación siguió una serie de curiosas pantomimas. Los gemelos de Johnny eran muy potentes, y Doc pudo darle instrucciones empleando el alfabeto de los sordomudos.

Después de explicar detalladamente lo que deseaba, Doc se alejó de la casa.

Patrullas de la policía rondaban por las inmediaciones, y, naturalmente, no quería tener contacto alguno con ellos.

Dos horas después, Johnny, conduciendo uno de los coches que tenían alquilados, pasó por un determinado lugar.

Sin detenerse arrojó al suelo un bulto envuelto en papeles. Johnny continuó como si no hubiera ocurrido nada.

Un brazo que parecía una viga de bronce surgió de entre las hierbas altas que crecían profusamente al borde del camino y desapareció, llevándose el paquete.

Las hierbas se agitaron un poco, pero el movimiento podría haber sido causado por la brisa.

Unos ocho minutos más tarde, y a ocho manzanas de distancia del lugar en donde había ocurrido el incidente relatado, el perro de un vecino corrió a través del patio de la casa, ladrando furiosamente.

EL dueño de la casa miró y vio, o creyó ver, una gigantesca figura de bronce que se desvaneció en un callejón. El hombre volvió a sentarse a su mesa, sonriendo de buen humor.

La policía perseguía a aquel hombre de bronce. ¿Y qué? Las viandas que tenía delante habían sido distribuidas por Doc Savage la noche anterior.

El otro incidente de la misma naturaleza ocurrió al otro lado de la ciudad.

Un comerciante que regresaba a su casa para comer, vio con asombro cómo el gigante de bronce aparecía delante de él y cruzaba tranquilamente la calle.

El comerciante corrió detrás de la aparición. No pensaba entregarle a la policía. Sólo deseaba darle las gracias por los negocios que había realizado aquella mañana y que le habían salvado de la bancarrota.

Este comerciante había mantenido a crédito a diversas familias y todas ellas habían sido lo bastante agradecidas para pagarle con el dinero recibido de Doc Savage. Sin embargo, se vio obligado a reservar sus gracias para mejor ocasión, pues no pudo descubrir al hombre de bronce que acababa de ver. La figura se había desvanecido mágicamente en un jardín.

Los dos lugares en que Doc fue visto estaban comprendidos en

una línea recta, que iba de casa de la Tía Nora a la suntuosa mansión de Judborn Tugg.

Éste acababa de ingerir una excelente comida en el restaurante más lujoso de Prosper City. Regresó a su casa conduciendo su limosina.

Se detuvo ante la puerta y cortó la punta de un cigarro y lo encendió con afectada calma.

Abrió la puerta, entró y abrió la boca de tal manera, que su mandíbula inferior pareció desaparecer en la grasa de su cuello.

Quiso llevarse el cigarro a la boca, pero erró esta cavidad por más de cuatro pulgadas.

—¡Usted otra vez! —exclamó—. ¿Qué ocurre ahora?

Una figura encapuchada ocupaba uno de los sillones del salón. Sobre el pecho llevaba pintada la siniestra Campana Verde.

Los ojos eran virtualmente invisibles. El capuchón tenía agujeros para ellos, pero la cara del que lo llevaba estaba completamente cubierta de vendajes blancos.

—¡Nada! —dijo la aparición con voz ronca y retumbante.

Tugg consiguió sacar la barba de la grasa del cuello y se encontró los labios con la punta del cigarro.

—Le encuentro a usted muy diferente de esta mañana —murmuró—. Supongo que es porque no lleva usted sus gafas verdes. ¿Por qué lleva usted los ojos vendados? Espero que no le haya ocurrido un accidente, ¿no?

—No se preocupe por mi salud —dijo Doc Savage, imitando el tono macabro de la Campana Verde.

Pero no dejó de lamentar el no haber conocido el detalle de las gafas verdes.

Había recurrido a los vendajes para disfrazar el color de sus ojos, sabiendo que le hubiera vendido inmediatamente.

El disfraz de la Campana Verde estaba en el paquete que Johnny le arrojó desde el coche. Johnny en persona lo había confeccionado.

—¿Qué quiere usted de mí? —preguntó Tugg con ansiedad.

—Vengo a que hablemos de la botella de veneno —replicó Doc, buscando algún indicio de lo tratado anteriormente entre la Campana Verde y Tugg.

—Sí, sí —se apresuró a asentir Tugg—. Cuando estuvo usted

aquí esta mañana me dijo que no fuese por ella, que Doc Savage aparecería probablemente por allí y sería cogido en una trampa mortal.

Las palabras de Tugg eran completamente luminosas. Doc sabía casi todo lo que necesitaba saber. La Campana Verde se había enterado de que Doc estaba escuchando en las proximidades del granero. El terrible personaje había visitado más tarde a Tugg para modificar las órdenes dadas allí.

—He tenido que cambiar ese plan —dijo Doc con su voz fingida —. Tiene usted que ir en persona por el veneno, conforme le dije primero. La orden era envenenar la conducción de aguas de casa de la Tía Nora. Ha de ejecutar usted esa misma orden.

—¿No ha caído Savage en la trampa? —demandó Tugg.

—Han ocurrido acontecimientos enteramente inesperados. Savage no ha caído en la trampa.

—Pero quizás esté vigilando el lugar donde está escondida la botella.

—No tenga usted miedo.

—Estoy preocupado… —comenzó a decir Tugg, estremeciéndose de pies a cabeza.

—Usted, Tugg, tiene que ir a recoger ese veneno —ordenó Dos: con su voz cavernosa—. Ha de ir en persona. Sobre todo, no envíe usted a nadie en su lugar. ¿Entiende?

—Está bien.

Doc Savage, disfrazado de Campana Verde, había alcanzado su propósito y no quiso abusar de su buena suerte.

Salió de la casa. Tugg estaba decidido a que aquella vez no se le escapase.

Quería seguir a su jefe para averiguar su identidad. Corrió hacia la ventana en el momento mismo en que la sombría figura salía de la estancia.

Pero a pesar de su apresuramiento, el visitante se había desvanecido como si poseyera un poder sobrenatural o una agilidad que le permitiera cruzar cincuenta pasos de jardín en menos tiempo que el otro cruzaba una habitación.

Tugg, exasperado, se sentó en una butaca, después de haber puesto en marcha un ventilador eléctrico.

La visita de la Campana Verde había interrumpido la digestión de la magnífica comida que acababa de hacer.

Algunas veces se preguntaba si de su asociación con la Campana Verde resultaría, al fin y al cabo, nada bueno para él.

Lástima que Slick Cooley hubiera muerto. Slick deseaba averiguar quién era la Campana Verde, para matarle.

Esto hubiera sido muy satisfactorio para Tugg. Slick esperaba hacerse cargo él mismo de la jefatura de la organización. Tugg sonrió al pensar que con facilidad hubiera podido desprenderse de Slick.

Con esta idea vino a la mente de Tugg un desagradable recuerdo acerca de la muerte de Slick. Se enderezó en su butaca y detuvo el ventilador. Estaba ya bastante frío sin necesidad de ninguna refrigeración artificial.

Los periódicos dijeron que Slick se había vuelto loco en su celda y muerto cuando trataba de escapar. ¡Loco! Aquélla era la marca de la Campana Verde.

Slick Cooley había sido muerto porque en manos de la ley representaba un peligro para la organización. Era evidente.

Doc Savage sospechaba que él, Tugg, pertenecía a la banda. ¿No le convertía la sospecha en una amenaza para la Campana Verde?

¿No existía la posibilidad de que buscase el medio de desprenderse de él también?

Estos pensamientos estuvieron atormentando a Tugg toda la tarde.

Envenenaría la conducción de aguas de la Tía Nora (con frecuencia resultaba fatal desobedecer las órdenes de la Campana Verde), pero tendría mucho cuidado.

Poco antes de anochecer, algunas figuras furtivas comenzaron a llegar a casa de Tugg. Eran discípulos de la Campana Verde.

Tugg dio instrucciones a cada uno de que se reuniera con él en un lugar próximo a la casa de la Tía Nora y los fue despachando a medida que llegaban.

Consideraba una humillación para su dignidad verse obligado a tratar con aquella gente.

Hora y media después de haber sido encendido el alumbrado público de Prosper City, Tugg se aproximaba a los cuatro árboles de

la falda de la montaña.

Caminaba apresuradamente. Quería acabar cuanto antes su misión.

Registró cuidadosamente las inmediaciones de los árboles y del sendero.

No encontró a nadie acechando.

—Quizás estoy equivocado al pensar que corro peligro —arguyó consigo mismo—. La Campana Verde no se atreverá a asesinar a un hombre de mi importancia para la organización. Sería difícil de reemplazar.

Su soberbia recibió un golpe tremendo cuando algunos momentos más tarde se inclinó para recoger la botella de veneno.

Detrás de él sonó un tableteo ensordecedor. Las balas pasaron por encima de su cabeza, rompiendo las ramas de los árboles y acribillando la tierra.

Tugg se arrojó instintivamente al suelo. Vio la boca del cañón de la ametralladora.

Ignoraba que Doc Savage había apuntado el arma de manera que no pudiera herir a nadie que estuviera en el camino.

No podía saber, en efecto, que Doc Savage hubiera estado allí. Su único pensamiento fue que había sido traicionado. La Campana Verde había tratado de asesinarle.

Corrió frenéticamente por el sendero, recogiendo numerosos cardos en su carrera. El sudor corría a mares por su frente. Empezó a maldecir a la Campana Verde.

—¡Me ha querido matar como a un perro! —rugía.

A Tugg no se le ocurrió que podía haber sido engañado. Hasta pocos minutos antes abrigaba una perversa admiración por la Campana Verde.

La rabia había ocupado su lugar. Rabia y el deseo de devolver el golpe.

¡Venganza! La idea ardía en el cerebro de Tugg. Pero ¿cómo alcanzarla?

Tugg se retorció las manos.

Tomó una grave determinación. El atentado contra su vida significaba que necesitaba protección contra su antiguo jefe. ¿Dónde la encontraría, mejor que en Doc Savage?

Decidió acudir al hombre de bronce, contárselo todo y pedirle protección.

La única protección posible estaba allí.

Ésta era exactamente la reacción que Doc había previsto al colocar la ametralladora y preparar la trampa para Tugg.

Doc era lo bastante psicólogo para calcular que Tugg al tratar de protegerse se volvería contra su jefe.

Doc estaba en aquel momento a menos de cincuenta pasos del asustado y furioso Tugg.

Éste se dirigió en línea recta a casa de la Tía Nora y Doc le dejó ir.

Monk le detuvo. Al ver quién era, sonrió sombríamente y le cogió por el cuello.

Tugg se debatió gritando:

—¡No me haga usted daño! Vengo a ver a Savage.

—¡Ya! —gruñó Monk—. Supongo que no esperaría usted encontrarle aquí después de haberle acusado del asesinato de Clements.

Tugg trató desesperadamente de separar las hirsutas manos que apretaban su cuello, pero al mismo tiempo su cerebro funcionaba activamente.

Puesto que el verdadero asesino de Clements era él mismo, tendría que hacer algún trato. ¡Cualquier trato!

En el peor de los casos, Tugg estaba dispuesto a comparecer ante un tribunal bajo la acusación de homicidio. Creía que, merced a su influencia en Prosper City, podría salir bien del juicio. Tugg era un supremo ególatra.

No se daba cuenta de que su influencia era virtualmente nula.

Pero quizá pudiera hacer un trato con Doc Savage, por el cual, a cambio de sus servicios en la captura de la Campana Verde, a él se le permitiría escapar libremente. Tugg era además optimista por naturaleza. Si hubiera conocido la verdadera personalidad de Doc Savage, la férrea determinación del hombre de bronce, hubiera alimentado escasas esperanzas de hacer tratos con él.

—Creo que me equivoqué acerca de esa muerte —murmuró con voz quejumbrosa.

Monk aflojó la presión de sus manos.

—¿Qué?

—Que tal vez fue un error —repuso Tugg, evasivamente—. Si pudiera ver a Doc Savage y hablar con él reservadamente, tal vez pudiera decir si fue él realmente el asesino.

Aparentemente, en la cabeza de Monk había muy poco sitio para el cerebro, pero poseía una inteligencia muy aguda y se dio cuenta al momento de lo que pretendía Tugg.

—Quiere usted hacer un trato, ¿eh? —dijo.

Tugg no quiso comprometerse.

—Si pudiera ver a Doc Savage —comenzó a decir de nuevo.

Monk le sacudió diciendo:

—Si pudiera usted ver a Doc Savage, ¿qué haría?

Tugg guardó un obstinado silencio.

Los espesos tufos que Monk tenía por cejas se juntaron en su frente. El resultado de sus reflexiones fue que condujo a Tugg al interior de la casa y a presencia del sargento que mandaba el destacamento de la policía que había en ella.

—El ciudadano más prominente de Prosper City cree que se equivocó al decir que Doc Savage era un asesino —declaró, empujando rudamente a Tugg—. ¿No es eso, Fatty?

La insolencia de Monk hirió en el alma al pomposo Tugg. Pero estaba desesperado.

—Tengo que ver a Savage —insistió.

—No hay necesidad de que le vea usted, a menos que jure primero que no fue él quien mató a Clements.

Tugg se debatió, sudó y empezó a tirar nerviosamente de la cadena de oro de su reloj hasta que la rompió.

Sabía que el peligro que corría era terrible y en su desesperación estaba dispuesto a todas las concesiones con tal de entrar en contacto con Doc Savage.

—Creo que fue una equivocación —gimió.

—¿Cree usted? —refunfuñó Monk.

—Estoy seguro de haberme equivocado —confesó Tugg—. Savage no fue el asesino.

Monk dio un agudo silbido. Renny y los demás se acercaron corriendo.

Tugg fue introducido en la casa. Monk anunció a gritos que

Judborn Tugg estaba dispuesto a jurar que Doc Savage no era el asesino del jefe de Policía.

Monk hacía presión para no dejar a Tugg la oportunidad de volverse atrás en sus palabras. Las voces interrumpieron una reunión que los industriales de Prosper City estaban celebrando en la casa.

La reunión tenía por objeto discutir la transferencia de sus negocios a Doc Savage. Aunque Doc estaba ausente a causa de la policía, sus cuatro ayudantes trabajaban en los planes para la salvación de Prosper City.

Collison Mac Alter era una de las figuras más prominentes de aquella conferencia.

Monk dejó a Tugg dentro, salió al porche y levantó la voz.

—¡Doc! —gritó—. Tugg está dispuesto a retirar su acusación contra ti, pero quiere hablar. ¿Qué hacemos?

Como contestando a su pregunta, un tiro retumbó en el interior de la casa.

XV
La trampa verde



Monk giró sobre sus talones. Collison Mac Alter y Ole Slater corrieron hacia él haciendo preguntas. Otros industriales de Prosper City se movían también alrededor.

—¡El tiro ha sonado arriba! —gritó alguien.

Renny y Monk, los dos gigantes, subieron la escalera. En el pasillo se percibía el olor a pólvora.

La tarde era calurosa y la mayor parte de las habitaciones tenían la puerta abierta para su mejor ventilación. El olor procedía de una de ellas.

Renny y Monk empezaron a registrarla.

Ambos esperaron encontrar un cadáver y estaban seguros de que sería el de Tugg.

—La Campana Verde ha suprimido a Tugg, antes de que pudiese hablar —observó Monk.

Sus temores no se vieron confirmados. En primer lugar no encontraron cuerpo alguno en las habitaciones que registraron. Tampoco había en ellas ningún asesino oculto.

En la misma habitación de la Tía Nora descubrieron un desconchado en la pared. En él había también una bala.

El proyectil no se había deformado y, evidentemente, no había dado en la pared con mucha fuerza.

La explicación la encontraron encima de la mesa y consistía en los restos de un tostador eléctrico de pan.

—¡Mira! —exclamó Monk.

—Han dejado la bala en el tostador para que el calor la hiciera estallar —convino Renny.

—El objeto de esto ha sido llamar la atención.

Monk y Renny bajaron la escalera mucho más deprisa de lo que la habían subido. Se practicó un rápido registro de la casa.

Monk salió a la puerta para advertir a todos los guardias que extremasen su vigilancia.

El registro fue un fracaso tanto en el interior como en el exterior. No sólo no encontraron ningún cadáver, sino que nadie tenía la más ligera idea de lo que ocurría.

Sin embargo, el misterio se aclaró al cabo de poco rato.

Judborn Tugg, algo pálido, pero afectando la mayor dignidad posible, se encaminó a la puerta.

Monk le cogió del cuello y le preguntó:

—¿Adónde va usted?

—Quiero marcharme de aquí —replicó Tugg con una voz que no consiguió hacer del todo pomposa.

Monk le observó atentamente y vio que se había operado en él un cambio notable. Tugg estaba aún ausente, pero ya no parecía tener deseos de hablar con Doc Savage.

Su mayor empeño era ahora alejarse de aquella vecindad.

Monk adoptó el aire más feroz que le fue posible, pero se sintió interiormente desanimado, al darse cuenta de lo ocurrido.

El disparo había sido una treta de la Campana Verde para conseguir la oportunidad de hablar reservadamente con Tugg.

—¿De manera que ha cambiado usted de opinión? —le preguntó.

La única respuesta de Tugg fue un esfuerzo para alcanzar la libertad.

Monk le dejó marchar, pues temió que si lo retenía se retractaría en su declaración anterior de que Doc no había sido el asesino de Clements.

Tugg se alejó a toda prisa de aquellos contornos y se dirigió directamente a su residencia al otro lado de la ciudad.

Monk acertaba al suponer que Tugg había estado en comunicación con la Campana Verde. Lo que Monk no podía suponer es que Tugg no tuviera la más remota idea de quién fuera

el que había proferido las palabras.

Habían salido por la rendija de una puerta entreabierta, mientras todos los demás se encontraban arriba buscando el origen del disparo. La conversación había sido breve. En una sola y furiosa frase. Nadie lo sabía, salvo los cuatro amigos de Doc. Casi inmediatamente se alejaron afectando indiferencia y se perdieron en la oscuridad. A poca distancia, pero bien escondidos entre los arbustos, se reunieron de nuevo.

No hicieron ninguna señal, pues estaban seguros de que Doc había seguido de cerca sus pasos. El extraño canto de su jefe sólo podía tener un significado: deseaba hablar con ellos.

Doc apareció como una sombra junto a Monk.

—¿Qué habéis podido averiguar acerca de ese disparo? —les preguntó.

Doc no había sido visto en los alrededores de la casa y, sin embargo, estaba perfectamente enterado de lo ocurrido en ella.

—He estado dando vueltas por aquí y escuchando sin que me vieran —continuó diciendo—, y he oído una docena de versiones diferentes.

—La cosa es muy sencilla —murmuró Monk—. Se han reído de nosotros. Un cartucho en un tostador eléctrico. Cuando estalló todos subimos las escaleras para ver lo que había pasado y mientras alguien le dijo a Tugg que no hablase.

—¿Y por qué querría hablar Tugg? —preguntó Johnny.

Doc les explicó la treta de la ametralladora, que había hecho suponer a Tugg que su jefe deseaba matarle.

—¿No tenéis idea de quién pueda ser el que ha hablado con Tugg? —concluyó.

Renny hizo chocar sus puños, que produjeron el mismo ruido que si hubieran sido dos piedras.

—Es la cosa más misteriosa que he visto en la vida —murmuró —. Hemos interrogado a todo el mundo. Parece ser que Tugg estaba separado de los demás, pues sus amigos no le miran muy bien ahora a causa de su actitud hacia ti, cuando la bala estalló en el tostador. Nadie sabe quién habló con él.

—Pudo ser Collison Mac Alter —apuntó Monk—. Ole Slater, Alice, la Tía Nora, cualquiera.

—Es curioso que Collison Mac Alter apareciera esta mañana en su fábrica —dijo Long Tom el electricista—. Pudo entrar con la partida que pretendía apoderarse de los papeles de Jim Cash y quedarse luego en el edificio.

—¿Hay alguna prueba de eso? —demandó Renny.

—No hay pruebas en ningún sentido —declaró Doc—, salvo la palabra de Mac Alter, de que había ido a la fábrica en vista de que no podía dormir en su casa.

—Lo que yo no entiendo es la causa de todas estas cosas —dijo Renny—. ¿Es la Campana Verde alguien que odia de tal manera a esta ciudad que pretende borrarla del mapa?

—El odio no hace esas cosas —advirtió Doc—. Los hombres se odian unos a otros, pero no suelen odiar cosas tan abstractas como una ciudad. A ti te puede disgustar un pueblo, pero no creo que hicieras nada para destruirlo.

—Yo no, desde luego —convino Renny—. Pero tal vez la Campana Verde sí. Yo creo que se trata de un loco.

—No —replicó Doc, meneando la cabeza.

—¿Tienes alguna sospecha de quién es la Campana Verde?

—Sólo tengo una idea —declaró Doc.

—¿Quién es?

—No tengo aún las pruebas suficientes para acusarle. Pero la causa de sus esfuerzos por arruinar la ciudad es evidente.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Long Tom.

—Para eso os he llamado —le dijo Doc.

Los cuatro amigos sonrieron y se acercaron un poco más al hombre de bronce. Sabían por experiencia que los planes de Doc solían realizarse.

—Johnny —continuó diciendo el jefe de la cuadrilla—, tu profesión es conocer la tierra. Lo que ahora necesito es cosa tuya. Quiero un mapa geológico de esta región.

—Está bien —asintió Johnny—. Hay aquí un ingeniero de minas que debe de tenerlos.

—Procúratelos esta misma noche —prosiguió Doc—. Quiero un mapa bueno, que muestre las formaciones de las rocas, las vetas de carbón, las diferentes faltas y fisuras, etcétera.

—¿Planos de minas también?

—También. No sólo las modernas, sino también las antiguas.

—Perfectamente.

—No habléis de esto con nadie, ni siquiera con la Tía Nora Boston.

—No le diré nada. —La voz de Johnny tuvo una entonación extraña.

¿Sospechaba Doc de la Tía Nora?

Doc se volvió a Long Tom, el electricista.

—Tu trabajo consistirá en localizar ese ruido de la radio con que la Campana Verde convoca a su gente. ¿Supongo que sabrás ya cómo lo hace?

—Sí, aunque no se lo he dicho a nadie. Ese ruido procede simplemente de otras emisoras que funcionan con la misma longitud de onda que la emisora de Prosper City, pero que es mucho más potente. Cuando empieza a radiar, la otra queda completamente anulada.

—Eso es.

—La Tía Nora me dijo una vez que el Gobierno había enviado inspectores aquí para tratar de descubrir la interferencia. Llegaron a tener una dirección, pero no lograron encontrar nada.

—¿Hacia dónde encontraron esa dirección?

—Hacia la casa de la Tía Nora o por lo menos en aquella vecindad —repuso Long Tom, al parecer de mala gana.

Los cuatro auxiliares de Doc guardaron un intranquilo silencio. Todos apreciaban a la Tía Nora y estaban disgustados por aquellas pruebas contra ella.

—No me gusta nada ese Ole Slater —refunfuñó Monk para aliviar la tensión.

—Naturalmente —observó Renny—. Como que si no dejas de hacerle el amor a su novia, te pegará el día menos pensado.

—¿Podrías encontrar el secreto de esa radio, Long Tom? —preguntó Doc.

—Si es posible encontrarlo, lo encontraré.

Doc y los demás sabían que esto no era jactancia. Probablemente sólo había otro hombre en el mundo que supiera acerca de la electricidad en todas sus ramas más que Long Tom.

Este otro hombre estaba también en el grupo, pues era Doc

Savage mismo.

—Pues a trabajar enseguida —ordenó Doc—, y lo mismo que le he dicho a Johnny te digo a ti: No le digas a la Tía Nora ni a Alice Cash ni a nadie lo que estamos haciendo.

Doc se dirigió a continuación a todo el grupo.

—¿Cuál es vuestra idea acerca de la actitud de la policía hacia mí? —les preguntó.

Todos guardaron un silencio pensativo.

—Están a la expectativa —decidió por fin Renny, el ingeniero—. El que se haya retractado Tugg nos ha ayudado mucho.

—Tugg volverá a su declaración original y sostendrá de nuevo que me vio asesinar a Clements —afirmó Doc con seguridad.

—La policía no estará tan bien dispuesta a creerle ahora —declaró Renny—. Todo el mundo ve que el proceder de Tugg es extraño. Si se pudiera desmentir la otra acusación de asesinato en Nueva York, creo que aquí te podrías mostrar en público sin ningún peligro.

—Eso es lo que yo pienso también —convino Doc.

Monk, con sus espesas cejas juntas sobre la frente, estaba sumido en una profunda meditación.

—Estaba pensando en Judborn Tugg —dijo por fin—. Me pareció que la Campana Verde le mataría, pero en vista de que no ha sido así, se me ha ocurrido la sospecha de que tal vez tiene la esperanza de servirse de él como de espejuelo para hacerte caer en alguna trampa.

—También lo he pensado yo —dijo Doc—. Puedes estar seguro de que tendré mucho cuidado con Tugg. Pero yo creo que la Campana Verde tiene también otras razones para dejarle seguir viviendo. Cuando todo se haya acabado, lo podremos comprobar.

La conferencia terminó aquí. Los cuatro amigos de Doc hubieran deseado conocer la teoría que sustentaba el hombre de bronce pero sabían que sería inútil hacer preguntas.

Doc nunca explicaba sus teorías hasta que eran confirmadas por los hechos.

Los cuatro regresaron a casa de la Tía Nora. Doc les acompañó parte de la distancia. No hubieran podido decir hasta dónde llegó.

En el camino se desvaneció de entre ellos como si se lo hubieran

tragado unas sombras que ascendiesen de la tierra.

Los guardias miraron con desconfianza a los cuatro amigos cuando reaparecieron. Aunque demasiado tarde, sospecharon que habían ido a reunirse con su jefe.

El hecho de que no mencionasen el incidente era una señal de su nueva actitud.

Una de las fuerzas más poderosas que existen trabajaba en favor de Doc: la opinión pública. Los alimentos y el dinero que había distribuido y los empleos prometidos habían puesto a todos los trabajadores de Prosper City a su lado, es decir, a nueve personas de cada diez.

Esta preponderancia no podía dejar de afectar a la policía. Casi todos sus miembros tenían parientes que esperaban obtener trabajo a través de los esfuerzos de Doc.

Johnny tomó uno de los coches que tenían alquilados y se dirigió al centro de la ciudad. El geólogo iba a visitar a unos ingenieros de minas para procurarse los mapas del subsuelo de Prosper City.

La flotilla de coches alquilados estaba colocada a lo largo del camino, frente a la casa. En el patio no había sitio para todos.

La luz no llegaba hasta ellos. Algunos árboles altos y frondosos se levantaban en aquel lugar, oscureciendo las inmediaciones.

Long Tom salió de la casa, acompañado por Monk, como medida de seguridad. Abrieron el departamento posterior de un roadster y metieron en él diversos aparatos eléctricos.

—Voy a comer algo antes de marcharme —dijo Long Tom, y los dos hombres regresaron a la casa.

Se produjo de pronto un sonido metálico casi imperceptible. Se levantó el capó del coche de Long Tom.

La hoja de acero estuvo levantada sólo un momento y un brazo casi invisible en la noche depositó algo encima del motor.

El capó se cerró y una sombra negra se alejó del roadster.

Entonces comenzaron a ocurrir otras cosas. Una linterna lanzó un rayo de luz cegadora a través de la noche. Después de moverse como una lengua incandescente que lamiese con avidez las sombras, se detuvo sobre una sombría figura.

Podría haber sido un tubo de goma negra y flexible, si no

hubiera tenido brazos y piernas. Sobre el pecho llevaba pintada una Campana Verde.

Los ojos eran los cristales de unos lentes verdes.

¡La Campana Verde en persona! Sólo el siniestro jefe llevaba aquellos lentes verdes para ocultar sus ojos.

XVI
Un hombre que desaparece



Durante diez o quince segundos reinó un silencio profundo, sólo turbado por el zumbido de los insectos nocturnos. Un relámpago iluminó el lejano horizonte.

El rayo de luz que iluminaba la Campana Verde permanecía inmóvil. El gigante de bronce que sostenía la lámpara era apenas visible.

Doc Savage había estado vigilando a sus cuatro ayudantes, para prevenirles de un posible accidente como aquél.

El hombre de bronce avanzó lentamente sobre la negra figura de la Campana Verde.

El lúgubre personaje levantó de súbito el puño cerrado y se golpeó el pecho.

La Campana Verde que llevaba pintada en él emitió un sonido sordo y apagado. Debajo de la tela debía de llevar una especie de gong pequeño.

¡Una señal!

Las sombras que les rodeaban se animaron súbitamente. Formas negras, dotadas de unos brazos que se movían como tentáculos, surgieron por todas partes.

Brillaron algunos relámpagos cárdenos. Las detonaciones estremecieron el aire.

Doc apagó su linterna. A pesar de toda la finura de sus sentidos, no se había dado cuenta de que los esbirros de la Campana Verde estaban cerca y dispuestos a ayudar a su jefe.

Corrió haciendo «zig-zags» para evitar las balas que le perseguían como si fueran pequeños animales feroces y se dirigió al lugar en donde había visto a su principal enemigo.

Uno de los enmascarados se puso en su camino, agitando con frenesí un par de pistolas. El gigante de bronce, sin detenerse apenas, descargó uno de sus endurecidos puños sobre el centro nervioso espinal del individuo, que cayó sin herida alguna, pero absolutamente incapaz de hacer el más pequeño movimiento.

Doc conocía todos los secretos del sistema nervioso y los efectos de determinadas presiones sobre los músculos.

Cuando llegó al sitio en que estaba la Campana Verde, se encontró con que el siniestro pájaro había volado. Doc no sintió ni decepción ni sorpresa.

El jefe de la banda se había salvado por la presencia de sus hombres.

Mientras las balas perseguían a Doc, él se había desvanecido entre las sombras de la noche.

Los enmascarados comenzaron a registrar entre los coches. Dos chocaron entre sí y dispararon sus armas, creyéndose mutuamente enemigos.

Ambos cayeron al suelo, retorciéndose y maldiciendo.

El ruido de los disparos había alarmado ya a cuantas personas se encontraban en la casa. Renny corrió a una de las luces que iluminaban las tiendas del circo, la arrancó de su sitio y la dirigió hacia los coches.

Con la luz se acabó la batalla. Los agentes de la Campana Verde eran enemigos de la luz.

Además, Renny, Monk y los otros acudían corriendo desde la casa y para contender con ellos hubiera sido necesario un pequeño ejército.

Los bandidos huyeron.

Doc los persiguió. Dos veces consiguió hacer presa en alguno de ellos, que quedó tendido en el camino, paralizado e indefenso.

Conforme había supuesto, no fue posible hallar rastro de una figura encapuchada y con gafas verdes.

El zar siniestro había logrado escapar.

Doc abandonó pronto la persecución de los que huían. No podía

pretender acorralarlos a todos.

Recogió a los dos que había puesto fuera de combate y los condujo junto a los coches. Otros tres yacían ya allí. El que Doc había paralizado y los dos que se habían herido mutuamente.

Los amigos de Doc, la policía y los auxiliares contratados por Monk salían ya por todas partes. Las capuchas fueron arrancadas de la cara de los bandidos.

—Son maleantes conocidos en toda la ciudad —dijo Ole Slater después de verles la cara.

—Aquí hay dos más —anunció Doc, sin salir al área iluminada, y luego se alejó de aquellos contornos a toda prisa.

La policía corrió al lugar desde donde había hablado, pero sólo encontraron a los dos prisioneros. Los agentes estaban muy excitados, pero su excitación era debida a los acontecimientos desarrollados en los últimos minutos y no a la presencia de Doc Savage.

No hicieron ningún esfuerzo para perseguirle.

Esta actitud era significativa. Doc estaba acusado de haber asesinado a Clements y había una orden de detención contra él, pero la policía se preocupaba ya muy poco de cumplir la orden.

Los prisioneros fueron recogidos y conducidos a la casa. Un médico fue llamado para que atendiese a los dos heridos y los cinco fueron entregados a la policía, que se dispuso a pasar la noche interrogándolos.

Nadie prestó la más mínima atención al coche de Long Tom; y ciertamente, nadie se preocupó de levantar el capó. Cualquiera que fuera el objeto que la Campana Verde había depositado en él, aún estaba allí.

En la casa, Monk daba señales de gran satisfacción.

—Yo sé —dijo suavemente, con los ojos fijos en los prisioneros —, cómo se las ha arreglado Doc para dormir a estos dos pájaros. Los voy a despertar y después les voy a hacer hablar como fonógrafos.

Renny hizo chocar sus enormes puños y añadió:

—Sí, nosotros les haremos hablar.

Un policía se echó a reír y confesó:

—Todos empezamos a pensar lo mismo.

Monk sonrió agradablemente.

—Lo cual quiere decir que empiezan ustedes a pensar que Doc Savage no es en realidad el asesino de Clements ni de Jim Cash.

—Algo así —admitió el guardia.

Éste era sólo un parecer individual, pero reflejaba un estado de la opinión general.

Long Tom suspiró. Le hubiera gustado atender y echar una mano en el interrogatorio de los cautivos. Los procedimientos para arrancarles información serían, probablemente, bastante duros.

Los prisioneros ignoraban seguramente la identidad de la Campana Verde, pero quizá supieran otras cosas.

Por ejemplo, podrían saber que Doc no había asesinado a Jim Cash ni a Clements, ni al guardia que fue hallado muerto colgado de la parra.

—Siento mucho no poder asistir a la reunión —dijo Long Tom —. Pero tengo que ir a un recado y no puedo esperar.

El electricista regresó a la cocina para reanudar su interrumpida cena. No sabía cuánto tiempo estaría fuera ni cuánto tendría que trabajar.

No era una tarea sencilla la instalación de los aparatos necesarios para localizar la estación secreta de la Campana Verde. El misterioso transmisor nunca funcionaba por más de medio minuto y en tan breve espacio era difícil precisar con exactitud una dirección. Pero Long Tom tenía un intrincado plan que se proponía poner en práctica.

Sonreía mientras comía. Las cosas se estaban animando. La mayor parte de la ciudad estaba de parte de Doc. La policía estaba ya casi dispuesta a ignorar todas las acusaciones, por muy graves que fueran, contra Doc. Los agitadores de la Campana Verde temían abrir la boca en público.

Long Tom ignoraba que alguien había depositado un objeto misterioso debajo del capó de su automóvil.

Cuando acabó de comer, Long Tom recogió algunas otras piezas de su equipo y salió de la casa.

Alrededor de los coches reinaba de nuevo el silencio. Los mosquitos zumbaban como aeroplanos pequeños. Long Tom estaba de muy buen humor.

Abrió el departamento posterior de su roadster para dejar allí las cosas que llevaba, y se quedó con la boca abierta.

Ante sus ojos encontró un trozo de cristal. Vio enseguida que se trataba de una de las alas del parabrisas que había sido arrancada de su sitio.

El cristal llevaba escritas unas palabras que despedían una luz azul y extraña. La escritura era perfecta. El mensaje era bastante largo, pero ocupaba muy poco espacio.

La comunicación era, desde luego, de Doc. El hombre de bronce solía dejar misivas de esta especie, escritas en cristal con una sustancia de su propia invención, que era no sólo invisible para el ojo, sino para los microscopios más poderosos.

Cuando la escritura se sometía a los rayos ultravioleta, también invisibles para el ojo humano, las letras despedían aquel extraño resplandor azul.

Una pequeña linterna de rayos ultravioletas reposaba en el suelo del coche, enfocada sobre el trozo de cristal.

Tom leyó el mensaje.

> La Campana Verde había puesto una sustancia química encima del motor del coche. Al calentarse hubiera producido un gas mortífero. Yo lo he quitado. Pero será mejor que dejemos creer a la Campana Verde que has sido muerto por el gas. Así podrás trabajar en paz.

Long Tom se apresuró a apagar la linterna de rayos ultravioleta. La comunicación estaba sin firmar, pero no había necesidad de ello.

Sólo una mano podía escribir con aquella perfección: la mano de Doc Savage. La lectura de la nota sólo había durado unos instantes. Nadie al ver a Long Tom hubiera podido suponer que hacía nada más que dejar los enseres de que iba cargado.

Se sentó detrás del volante, puso en marcha el motor y se alejó, pensando activamente. Lástima que Doc no hubiera dejado también alguna idea acerca de cómo podría Long Tom fingir su muerte.

Pero, generalmente, Doc dejaba los detalles de las operaciones a sus hombres. Todos ellos eran los más diestros y astutos en sus

respectivas profesiones.

Long Tom sonrió de pronto. Ya tenía la idea.

Por la parte Sur de la ciudad corría un río no muy grande, pero que con el curso de los siglos había labrado un profundo cauce.

Una fábrica había puesto en él un dique para accionar una pequeña central hidroeléctrica. En aquel punto el agua era bastante profunda.

Por encima de la presa estaba el puente.

Long Tom dio algunas vueltas por la ciudad, para desprenderse de posibles perseguidores, y por fin se encaminó hacia este puente. Estaba seguro de que nadie seguía su pista.

A algunos cientos de metros del puente, descargó todos sus aparatos y los escondió entre unos matorrales. Luego llegó hasta el puente, abrió del todo la gasolina y saltó a tierra.

El automóvil se precipitó contra la barandilla de madera del puente. Las tablas cedieron. El coche se lanzó al agua y desapareció debajo de ella.

Las burbujas produjeron un ruido bastante fuerte, como si la máquina de acero y goma fuera en realidad un ser viviente que se ahogaba.

Un vecino se acercó corriendo, atraído por el ruido. Se asomó al puente y escuchó el ominoso murmullo de las burbujas. Encendió varios fósforos y los arrojó al agua. Después salió corriendo y pidiendo socorro.

Long Tom se alejó sonriendo de aquellas inmediaciones. Recogió sus aparatos y se dispuso a trabajar.

Pensaba instalar dos indicadores en puntos muy separados. Estos aparatos se diferenciaban de los corrientes en que funcionaban automáticamente. Long Tom pensaba instalarlos señalando la estación de Prosper City.

Cuando empezase a funcionar la otra, siendo más poderosa, harían variar las agujas en su dirección. Una señal especial indicaría la situación exacta.

La sirena de una ambulancia despertó los ecos de la ciudad. Long Tom escuchó, haciendo con la cabeza señales de asentimiento.

Aquella gente iba a recoger su cadáver del interior del coche hundido. Al no encontrarlo supondrían que había sido arrastrado

por la corriente.

La Campana Verde creería que Long Tom había sucumbido a las emanaciones de su gas en el momento en que cruzaba el puente.

XVII
El contacto fatal



La sirena de la ambulancia que corría hacia el lugar del supuesto accidente, seguida por un coche de la policía, que hacía más ruido aún, fue oída por muchas personas de Prosper City.

Entre ellas estaba Doc Savage, que supo así que Long Tom no había tardado en poner en práctica su consejo.

En aquel momento se encontraba Doc rondando por las inmediaciones de la casa de la Tía Nora. Los rumores procedentes del interior llegaban hasta sus agudos oídos.

Gritos, maldiciones, gemidos. Los prisioneros estaban siendo sometidos a un interrogatorio.

Los ruidos en cuestión no eran agradables para Doc. En algunas ocasiones recurría él también a la tortura, pero era siempre de un carácter que no producía daños permanentes.

Además de que la aplicación de castigos físicos no era medio apropiado para arrancar confesiones a aquellos endurecidos discípulos de la Campana Verde.

Soportarían impávidos los golpes y los pellizcos. Los hombres no le tienen miedo a las cosas que pueden comprender.

Los procedimientos de Doc eran tan extraordinarios, que impresionaban al hombre corriente, sumido por lo general en la ignorancia, como algo sobrenatural e incomprensible.

Y los hombres le tienen miedo a las cosas que no comprenden.

Doc salió de la oscuridad y se aventuró atrevidamente por la zona iluminada.

El hombre de bronce quería interrogar personalmente a los prisioneros.

Pero además tenía otros planes. Deseaba ensayar una treta y esa treta requería su presencia en la casa.

Su aparición produjo un revuelo parecido al producido por el paciente combate. La policía se arremolinó, pero no sacaron armas ni esposas.

Empezaron a hacer preguntas, que fueron ignoradas por Doc.

Collison Mac Alter dio un salto cuando vio a Doc y luego se dejó caer en una silla.

—Le detendrán a usted —murmuró—. ¿Cómo comete usted la imprudencia de dejarse ver aquí? Monk y Renny hicieron gestos de desdén. Conocían los métodos de Doc y estaban seguros de que el hombre de bronce podría escapar de la policía en cuanto quisiera.

La Tía Nora Boston obsequió a Doc con la más amable de sus sonrisas y expresó su opinión de que sería fácil convencer a la policía de que no molestase a Doc, especialmente si se conseguía hacer hablar a los dos prisioneros.

También Alice Cash dedicó a Doc una sonrisa radiante. Se alegraba de que estuviera de nuevo entre ellos y no hizo ningún esfuerzo para disimularlo.

Últimamente había tenido muy pocas ocasiones de ver a aquel gigante de bronce que hacía cosas tan maravillosas.

Ole Slater también recibió amablemente a Doc, pero su amabilidad no parecía natural. Miraba de cuando en cuando a Alice.

Era evidente que con cada hora que pasaba aumentaba el temor que Ole sentía de perder el cariño de su novia.

—¿Han dicho algo? —preguntó Doc, indicando a los prisioneros.

Monk asió por un brazo a uno de ellos y le hizo prorrumpir en gemidos.

—Mucha música como ésta —explicó—. Pero nada que nos saque de dudas.

Los extraños ojos dorados de Doc se pasearon por los prisioneros, escrutando sus caras y haciéndose cargo de su estado nervioso.

Eligió el más débil de todos.

No pronunció una palabra. Se limitó a mirarle fijamente. De sus labios partió la misteriosa melodía que era como una parte de su propio ser. Las notas invadieron toda la estancia, sin que se pudiera decir de dónde partían.

Doc sabía que aquella música facilitaba el hipnotismo.

El hombre elegido para el experimento era un cobarde y ni siquiera intentó resistir.

Empezó a debatirse, tratando de romper la cadenilla de las esposas.

—¿Qué quiere usted saber? Hablaré, pero no me siga usted mirando.

El asombro se reflejó en la cara de todos los presentes. Habían visto cómo aquel hombre desafiaba golpes y amenazas de muerte y ahora sucumbía a la sola mirada del gigante de bronce.

Ni Monk ni Renny mostraron ninguna emoción. Habían visto antes cosas parecidas. La presencia de Doc ejercía una acción misteriosa sobre los malhechores, especialmente cuando éstos sabían cuán peligroso era como enemigo.

—¿Quién es la Campana Verde? —demandó Doc.

Collison Mac Alter se movió nerviosamente: sus ojos empezaron a pasearse por las puertas y las ventanas.

La Tía Nora se estremeció y se llevó las manos a las mejillas. Alice Cash miraba a Doc, fascinada. Ole Slater sacó un revólver y comenzó a vigilar a todos los presentes. La mayor parte de los industriales de Prosper City se encontraban allí. Alguna de las personas que estaban en el cuarto era con seguridad la Campana Verde.

Ole Slater parecía dispuesto a capturar al culpable si se pronunciaba su nombre.

—No sé quién es la Campana Verde —gimió el interrogado.

—¿Quién asesinó a Clements? —preguntó a continuación.

Una convulsión agitó al forajido, mientras decidía si contestaba o no.

—Judborn Tugg —confesó.

Varios agentes de la policía se precipitaron hacia la puerta gritando:

—¡Ya hay bastante! ¡Vamos por Tugg!

—¿Quién mató a Jim Cash? —insistió Doc.

—No sé nada de esa muerte —murmuró el hombre.

—¿Y al policía que fue hallado colgando de la parra debajo de la ventana de Monk?

—La Campana Verde. El guardia sorprendió al jefe cuando estaba guardando el arma que empleó Tugg para matar a Clements. Por eso le mató.

Doc hizo con el brazo un gesto que señalaba a todos los presentes.

—¿Cree usted que la Campana Verde es alguna de estas personas?

—Seguro, alguno de ellos debe de ser.

Estas palabras tuvieron la virtud de hacer que cada uno se apartase un poco de su vecino. Todos sospechaban desde luego que la Campana Verde se hallaba entre ellos, pero las palabras causaron de todas maneras gran sensación.

Doc se dirigió entonces a todos y demandó:

—¿Alguno de ustedes quiere hacer preguntas?

—Sí —gritó Ole Slater con voz aguda—. ¿Cuál es la causa de todos estos horrores? ¿Por qué pretende la Campana Verde arruinar la ciudad? ¿Es un loco que nos odia a todos?

—No lo sé —murmuró el prisionero—. Ninguno de nosotros sabe nada de eso.

Ésta fue la única información que pudo obtenerse. Los otros cuatro prisioneros insistieron en que no sabían más de lo que había dicho su compañero.

—Y es, probablemente, la verdad —comentó Doc Savage.

El hombre de bronce empleó a continuación una pequeña aguja hipodérmica en cada uno de los cautivos. Los cinco quedaron sumidos en un profundo sueño, del que sólo saldrían mediante la aplicación de otra droga.

Los cinco fueron cargados en una ambulancia llamada por Doc. El conductor recibió instrucciones secretas y una respetable suma de dinero.

La ambulancia partió en dirección del hospital de Prosper City, donde los prisioneros deberían permanecer bajo la vigilancia de la policía.

Sin embargo, la ambulancia nunca llegó allí. En efecto, pasó más de un año antes de que los cinco maleantes fueran vistos en otra ciudad muy lejana de Prosper City y tan cambiados que nadie les hubiera reconocido.

Los cinco cautivos fueron en realidad a la institución secreta que Doc mantenía en el Estado de Nueva York, donde sufrieron una operación en el cerebro que les hizo olvidar el pasado y recibieron una instrucción que les permitiría vivir en adelante como personas decentes.

Los policías que habían salido para practicar la detención de Judborn Tugg regresaron muy disgustados.

—El pájaro ha volado —explicaron—. No hemos encontrado ni rastro de él.

—¿Faltaban algunos de sus vestidos? —preguntó Doc.

—No parecía. Daremos una orden general de detención contra él.

—Pierden ustedes el tiempo —les aseguró Doc—. Tugg es un hombre que gusta de los trajes llamativos y no hubiera salido de la ciudad sin llevarse algunos de los que tiene.

—Entonces, ¿qué ha sido de él?

Doc no respondió a esta pregunta, con gran perplejidad de los agentes de la autoridad.

Doc tenía ya una idea acerca del paradero de Tugg, pero esta idea formaba parte de su teoría acerca de la personalidad de la Campana Verde y, a falta de pruebas, no estaba aún dispuesto a darla a conocer.

En esto apareció Johnny, el geólogo. Llevaba debajo del brazo un rollo de papeles azules.

Hizo una señal de asentimiento al cruzarse sus ojos con los de Doc, afirmando así haber obtenido los mapas que éste necesitaba.

Doc se hizo cargo de los mapas, pero no los consultó inmediatamente.

Subió a su cuarto, buscó el pequeño fragmento de madera perteneciente a la caja empleada por la Campana Verde para producir la locura, se encerró y estuvo trabajando sobre él por espacio de media hora.

Luego lo bajó al comedor, reunió a todo el mundo en torno de la

mesa y pronunció un discurso.

—Esto —dijo mostrando el trozo de madera— puede llevarnos a descubrir quién es la Campana Verde. En realidad, estoy seguro de que será así.

Estas palabras, sin ninguna preparación previa, produjeron una enorme sensación. La noticia se esparció por la casa y todo el mundo trató de entrar en el comedor.

—Todos ustedes saben, o por lo menos lo han oído decir —continuó Doc—, que la Campana Verde trató de volverme loco por medio de un aparato de ondas sonoras ultracortas. El resultado del intento fue que el aparato vino a caer en mis manos.

Monk, Renny y Johnny se miraron desconcertados. ¿Qué pensaba hacer su jefe y amigo?

—Descubrimos que en la caja había huellas dactilares, probablemente de la Campana Verde —prosiguió Doc—. El hecho de que tratase de destruirla lo demuestra.

—¿Y quiere usted decir que en ese trozo de madera existen huellas dactilares? —preguntó un guardia—. Es un trozo de aquella caja, ¿no?

—Sí —asintió Doc con gravedad—. Y lleva pruebas que casi con seguridad nos llevarán al descubrimiento de quién es la Campana Verde.

Monk miró a Renny.

—Ésta es la primera mentira que le oigo decir a Doc —declaró.

—¿Mentira? —protestó Renny—. ¿Qué mentira?

—Cuando ha dicho que hay huellas dactilares en ese trozo de madera. No hay ninguna. Yo mismo lo examiné cuidadosamente.

—Doc no ha dicho que las hubiera —observó Renny.

Monk se rascó lo alto de la cabeza.

—Es cierto —admitió—. No lo ha dicho, pero lo ha dejado entender.

—Supongo que espera a que la Campana Verde trate de apoderarse de él y se denuncie en el acto de hacerlo —apuntó Renny.

Esta conversación se desarrolló en tono muy bajo y que nadie pudo oír.

Además, los dos amigos se pusieron las manos delante de la boca

de manera que si la Campana Verde era capaz de entender las palabras por el movimiento de los labios no pudiera verlos.

Doc Savage ordenó que todo el mundo se apartase de la mesa. Llevaba su trofeo cuidadosamente en un pañuelo.

—Debemos tener cuidado de que la Campana Verde no se apodere de este trozo de madera —advirtió, depositándolo sobre la mesa.

Los guardias formaron inmediatamente un círculo alrededor de la mesa, manteniendo a todas las demás personas a distancia.

—Hum —murmuró Monk—. Con tantas precauciones va a ser difícil que la Campana Verde intente apoderarse de eso.

—Traigan un microscopio —ordenó Doc—, y una cámara para sacar fotografías de las huellas. Supongo que ustedes tendrán todos esos aparatos a mano.

—¿Crees que de veras hay huellas en ese pedacito de madera? —le preguntó Renny a Monk en voz muy baja.

Como respuesta a esta pregunta todas las luces se apagaron, tanto en el interior como en el exterior de la casa. La corriente había sido cortada en el interruptor general.

Con la oscuridad sobrevino un profundo silencio.

—¡El trozo de madera! —gritó una voz.

La excitación se apoderó de todos los que se encontraban en la habitación.

Los guardias empezaron a gritar y a sacar sus armas. Algunos empujaron a sus vecinos y éstos, pensando que se trataba de la Campana Verde que buscaba la salida, los rechazaron a puñetazos.

Al cabo de un momento se habían organizado una docena de combates en el comedor. Monk, Renny y Johnny permanecieron pegados a la pared, esperando ver en qué acababa aquello, pues estaban seguros de que los acontecimientos no habrían cogido desprevenido a Doc.

Pronto se encendieron lámparas de bolsillo. Los combatientes descubrieron que sus enemigos eran en realidad amigos.

Cesaron los golpes y empezaron las excusas.

—¡Ha desaparecido! —gritó una voz. Y, en efecto, el trozo de madera no estaba ya sobre la mesa.

Collison Mac Alter levantó ambas manos gritando:

—¡Quiero que me registren y creo que todos los presentes deben hacer lo mismo!

Ole Slater se acercó, abriéndose paso por entre la multitud y exclamando:

—Opino lo mismo que Mac Alter.

—Pues yo no —refunfuñó la Tía Nora Boston.

—¿Por qué no, Tía Nora? —preguntó Alice, llena de sorpresa.

—Es inútil registrar, hija mía —dijo la Tía Nora—. Ese demonio, quienquiera que sea, no es tan tonto que se vaya a dejar sorprender con semejante prueba encima.

A pesar de todo, se efectuó el registro, al cual se sometieron hasta los guardias.

Monk logró acercarse a la mesa para preguntar a Doc:

—¿Cómo diablos lo ha podido coger? Había un cordón de guardias alrededor de la mesa.

Doc le señaló una pequeña cortadura que había sobre el tablero.

—Con un cortaplumas atado a un hilo. Se ha asomado por encima del hombro de uno de los guardias y ha arponeado el trocito de madera.

—Esta vez ha sido más listo que nosotros —refunfuñó Monk.

—Nada de eso, Monk —replicó el hombre de bronce sonriendo ligeramente.

De la cocina partió un grito y todo el mundo corrió hacia allá.

La Tía Nora estaba inclinada sobre el fogón y miraba la hornilla de carbón con los ojos desorbitados y la boca abierta.

En la hornilla yacía el fragmento de madera, tan carbonizado que apenas parecía el mismo. Clavado en él había un pequeño cortaplumas que había tenido las cachas de celuloide.

—Iba a echar más carbón al fuego —murmuró la Tía Nora— y he visto esto…

Alice Cash respondió a la pregunta.

—Yo lo conozco —confesó—. Lo tenía en mi escritorio para afilar lápices.

Siguieron otras preguntas en las cuales también participó la policía pero todas las investigaciones resultaron infructuosas.

¿Quién había depositado el trozo de madera y el cortaplumas en la hornilla?

Doc consiguió averiguar lo que les había ocurrido a las luces en el momento oportuno.

Alguien había cogido un tenedor del armario de la cocina y lo había clavado en los hilos, produciendo así un cortocircuito y fundiendo los plomos. En el tenedor no se encontraron tampoco huellas digitales.

Monk siguió los pasos de Doc y mientras el hombre de bronce procedía a la instalación de nuevos plomos, el químico reanudó la conversación que había sido interrumpida por el descubrimiento de la Tía Nora.

—Dices que la Campana Verde no ha sido esta vez más listo que nosotros —murmuró—. ¿Qué quieres decir con eso?

Doc miró cuidadosamente a su alrededor para asegurarse de que nadie le escuchaba.

—En aquel pedazo de madera no había huella dactilar alguna —dijo.

—Ya lo sabía —replicó Monk.

—Pero en cambio estaba empapado en algunos productos químicos de tu colección. La fórmula que he empleado es muy fuerte y basta el más ligero contacto con la piel para que ésta absorba lo suficiente para que resulte afectado el hígado y aumenten las secreciones de la vesícula biliar.

—¿De manera que…?

—El pigmento biliar será absorbido por la sangre y la piel se pondrá amarilla. En otras palabras, la Campana Verde, al tocar ese trozo de madera, ha contraído una fuerte ictericia.

Monk no volvía de su asombro.

—¿De manera que quienquiera que haya cogido ese trozo de madera comenzará a ponerse amarillo?

—Ni más ni menos. Todo lo que tenemos que hacer es procurar que no nos maten y esperar a que alguien se ponga amarillo.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Eso es difícil de decir. Depende del individuo. Un día; tal vez una semana, pero no más.

XVIII
Calma



El resto de la noche transcurrió sin ninguna novedad. Al amanecer llegó de Nueva York un aeroplano pequeño y rápido que procedía del hangar particular que Doc poseía a orillas del Hudson.

El elegante Ham descendió de él y se dirigió sin perder un momento a casa de la Tía Nora Boston. El único equipaje que traía era su bastón-estoque.

Monk le vio llegar y sonrió complacido. Había echado mucho de menos su diversión habitual de insultar a Ham.

Poniendo la cara más siniestra que pudo, Monk salió a recibir a su amigo.

—Oye, ¿no tenías orden de quedarte en Nueva York? ¿Cómo te atreves a venir aquí?

Ham advirtió la presencia de la joven y bella Alice Cash. Miró a Monk de arriba abajo y se dirigió a saludarla.

—Está usted más bonita que nunca —declaró, galantemente.

Monk acostumbraba a decir a todas sus amigas, que Ham era casado y tenía trece hijos, todos medio tontos, pero hasta entonces no se había acordado de contarle el cuento a Alice.

Ham entró en la casa acompañado de Alice Cash y ambos se dirigieron al cuarto en que Doc estaba estudiando los mapas geológicos de las inmediaciones de Prosper City.

—La acusación de asesinato que había contra ti en Nueva York ha sido ya retirada —manifestó Ham.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Doc.

—Sencillamente: asustando a los cuatro testigos falsos. Investigué un poco sus vidas y descubrí en ellas tantas cosas que se asustaron y confesaron que habían sido pagados para que dijeran haberte visto matar a Jim Cash.

Alice Cash palideció al oír mencionar el asesinato de su hermano y salió apresuradamente de la estancia. Un momento después miró Ham por la ventana y vio cómo Monk la consolaba cariñosamente.

Monk tenía muy buena mano para consolar, especialmente cuando se trataba de muchachas tan guapas como Alice Cash. El espectáculo arrancó una exclamación de disgusto a Ham.

—¿De quién recibieron el encargo de acusarme del crimen? —siguió preguntando Doc.

—No pudieron ver la cara del individuo. Llevaba una de esas ropas con capuchón y una campana verde pintada.

—Ya me imaginaba yo eso —respondió Doc, asintiendo con la cabeza—. ¿Qué has hecho con el cuarteto?

Ham agitó en el aire su bastón-estoque y sonrió.

—Los saqué de la cárcel bajo fianza, cuando fueron detenidos por declarar en falso y los envié a nuestra institución.

—Bien hecho.

Ham miró a su alrededor y dijo:

—He visto a todo el mundo menos a Long Tom. ¿Dónde está?

—Escondido —le informó Doc—. Tiene preparados sus aparatos para descubrir la estación de radio de la Campana Verde, en cuanto funcione una vez.

—Esperemos que la encuentre pronto —declaró Ham—. Tengo ganas de hacer algo. El asunto de Nueva York ha sido muy aburrido.

Pero pasaron las horas sin que se presentase la oportunidad de actuar que Ham deseaba.

Ni la Campana Verde ni sus secuaces hicieron ningún movimiento hostil.

Judborn Tugg no apareció tampoco.

Sin embargo, el día fue de enorme interés para Prosper City. Casi todas las fábricas y las minas comenzaron a trabajar de nuevo.

Renny, con sus vastos conocimientos en todas las ramas de la ingeniería, tomó parte muy activa en los trabajos. Él organizó las

cuadrillas de obreros, desmoralizados por la vida que llevaban desde hacía algunos meses.

El trabajo de Renny era difícil, puesto que Doc deseaba que todos los negocios dejaran un rendimiento razonable.

En primer lugar, los salarios establecidos en todos los departamentos de cada empresa eran muy altos, lo cual hacía necesaria una gran economía en la producción.

Monk formó sus guardias alrededor de cada casa y recorría sus patrullas lo mismo que un general.

Pero si esperaba tener que luchar con alguien se vio defraudado. Ninguno de los agitadores de la Campana Verde se mostró por las inmediaciones de una fábrica. La paz reinaba en todas partes.

—Esta quietud se parece a la de un individuo que está apuntando su arma —decía Monk con aire pesimista.

Ham se encargó de todos los aspectos legales de los tratos hechos por Doc con los industriales de Prosper City. Doc hizo después una visita al único establo abandonado en la marisma.

Se fijó particularmente en que estaba a menos de un kilómetro de la residencia de la Tía Nora Boston.

El hombre de bronce se limitó a dejar caer un cohete por la cañería vertical que había servido a la Campana Verde para comunicarse con sus hombres.

Escuchó con suma atención los ecos de la explosión, que se produjo a unos doscientos cincuenta pies de profundidad.

Estos ecos sepulcrales se prolongaron por más de un minuto.

Al regresar de esta excursión, Doc visitó a los pobres trabajadores que habían sufrido más que los otros a consecuencia de los sucesos de Prosper City: los que habían enloquecido por la Campana Verde. Hizo un detenido examen de cada caso, empleando los rayos X, practicando análisis de sangre, de líquido espinal y, en resumen, todas las pruebas conocidas por la ciencia médica.

Después hizo el siguiente anuncio:

—Algunas partes del cerebro se encuentran en un estado que podríamos llamar letárgico, una forma de parálisis nerviosa, producida por la fuerza disgregante de las ondas sonoras.

—¿Quiere usted decir eso un poco más claro? —solicitó la Tía Nora.

—Que pueden ser curados —afirmó Doc—. Será necesario bastante tiempo y mucho cuidado, pero no cabe de ello la menor duda.

La Tía Nora al oír estas palabras se echó a llorar.

—No se lo había dicho —exclamó—, pero uno de esos desgraciados es sobrino mío.

Mientras Doc estaba telefoneado a Chicago, Nueva York, Rochester y otros centros importantes, para obtener especialistas que se encargasen de las curas, Alice Cash ofreció sus servicios.

—¡Magnífico! —dijo Doc—. Usted puede encargarse de la vigilancia de todos estos casos.

—He estado observando su trabajo —le dijo Alice pensativa—, y he visto que en realidad encarga usted a otras personas de hacer las cosas. Incluso Renny, el ingeniero, ejerce sólo una especie de vigilancia. ¿Qué quiere decir esto?

—Sencillamente, que nos iremos de aquí tan pronto como haya pasado el peligro.

—¿Que se irán ustedes de Prosper City? —el tono de la joven dejaba entrever una especie de consternación.

—¿No supondría usted que nos íbamos a quedar aquí? Desde luego, Prosper City es una ciudad tan buena como cualquier otra.

—Esperaba que usted se quedase —replicó Alice, sonrojándose.

Doc Savage se dio cuenta de lo que ocurría. Alice Cash se interesaba por él más de lo que él hubiera deseado.

El descubrimiento le contrarió. No quería ofender los sentimientos de nadie e hizo una cosa a la que rara vez descendía. Perdió una hora explicando el extraño propósito de su vida, su profesión, que consistía en recorrer el mundo, buscando aventuras, auxiliando a los que se hallaban en peligro y castigando a los malhechores.

Dejó entender con perfecta claridad a su bella interlocutora, que semejante vida excluía toda clase de complicaciones femeninas.

Cuando acabó creyó haber pintado un cuadro tan horroroso, que ninguna mujer se atrevería a compartir con él su vida. Pensó haber asustado a aquella bella joven.

Pero ésta le contestó lo siguiente con gran calor:

—Lo que usted necesita es una mujer que le haga compañía en

la vida. —No dijo que ella estaba dispuesta a encargarse de la empresa.

Doc se dio por vencido. ¿Qué podía hacer en un caso así?

Se despidió tan pronto como le fue posible, buscó un rincón solitario y se entregó a sus ejercicios diarios.

Estos ejercicios eran de un carácter especial e inusitado. Su padre le había iniciado en ellos cuando apenas podía andar y a ellos solamente debía su tremendo desarrollo físico e intelectual.

Ejercitaba sus músculos hasta que el sudor bañaba su cuerpo de bronce.

Fijaba mentalmente un número de una docena de cifras y operaba con él, multiplicando y extrayendo raíces cuadradas y cúbicas.

Tenía un aparato que producía ondas sonoras de frecuencias tan altas y tan bajas, que el oído humano corriente no podía percibirlas. Él lograba apreciarlas, escuchando atentamente.

Nombraba varias docenas de colores diferentes, después de aplicarse por un brevísimo espacio a la nariz una serie de pequeños frascos colocados en una caja especial.

Leía varias páginas del alfabeto Braille, con el fin de afinar su sentido del tacto.

Sus ejercicios diarios comprendían, en suma, una variadísima gama que le ocupaba dos horas enteras sin tiempo para descansar.

Monk y Ham se acercaron a Doc en el momento en que estaba acabando.

—¡Cualquiera hace eso todos los días! —exclamó Monk.

Ham le miró con desdén.

—Tú no haces ningún ejercicio, supongo —le dijo.

Monk estiró sus velludos brazos.

—Un día de estos haré contigo el ejercicio que necesito para toda la vida.

Ham desnudó la hoja de su bastón-estoque y la hizo vibrar como una cuerda de guitarra.

—Prueba y te haré un tatuaje en la cara con esto —le advirtió. Los dos amigos se miraron como si estuvieran a punto de matarse.

—¿Qué os ocurre ahora? —les preguntó Doc.

—Que este idiota —Ham señaló a Monk con su estoque— le ha

dicho a Alice Cash que tengo una mujer y trece hijos medio tontos.

A las nueve de aquella noche se había de celebrar una reunión en la residencia de la Tía Nora Boston. A ella tenían que asistir los directores de todas las industrias de Prosper City.

Alice Cash abrió la radio a las ocho y media. Diez minutos después, el altavoz emitía el siniestro tañido de la Campana Verde, con el habitual acompañamiento de gemidos y aullidos.

—¡Lo conozco! —exclamó Monk—. Esta noche tendremos que sentir.

Las acciones de Doc Savage parecían indicar que estaba esperando precisamente aquella señal. Subió corriendo a la habitación de Long Tom.

Cuando descendió de ella llevaba dos cajas pequeñas. Una de ellas era un transmisor de radio, la otra un receptor.

Doc le entregó el receptor a Monk con la siguiente orden:

—Toma esto; ponte en la cabeza los auriculares y no te los quites por nada en el mundo.

Sonó el timbre del teléfono. Era Long Tom.

—Ya tengo el origen de esa onda secreta —dijo excitadamente —. Procede de casa de la Tía Nora Boston.

—¿De dónde?

—De casa de la Tía Nora Boston. No lo puedo creer, pero así es.

Doc colgó el aparato y se dirigió a Renny:

—¿Dónde está la Tía Nora?

—No lo sé. Hace unos minutos que no la he visto.

Los mapas que Johnny había llevado estaban sobre la mesa. Doc se apoderó de ellos y salió de la casa, llevándose también el transmisor de radio.

Después de consultar los mapas se dirigió hacia el Este. Al cabo de algunos centenares de metros, comenzó a caminar con precaución. Se movía con la suavidad y el silencio de una pluma llevada en alas del viento.

Al cabo de poco tiempo, se levantó ante las sombras negras de algunos edificios. Con la ayuda de los mapas los identificó en el acto.

Eran las dependencias de una mina de carbón, cerrada desde hacía muchos años por agotamiento de las venas. En sus tiempos

había sido, sin embargo, la mina más importante en Prosper City.

Doc se apostó en las proximidades y esperó. Sus esperanzas no se vieron defraudadas.

A poco se acercó un grupo formado por siete figuras furtivas. Todos vestían el lúgubre uniforme de la Campana Verde. Desaparecieron en la boca de la mina.

Llegaron a continuación otros varios grupos. La banda se estaba reuniendo.

Doc esperó cinco minutos y al ver que no llegaban más individuos, se introdujo él mismo en el pozo de la mina.

El túnel era muy seco y se internaba en la tierra con un declive bastante pronunciado.

Doc buscó un rincón y en él estudió los mapas por medio de su lámpara de bolsillo. Uno de ellos era precisamente el plano de aquella mina abandonada.

El túnel torcía hacia la izquierda formando una gran curva. Doc sabía, y el mapa lo mostraba también, que se estaba aproximando a un punto situado exactamente debajo de la casa de la Tía Nora Boston.

Acortó el paso. La galería era larga y recta. Unos trescientos metros sin un solo recodo. Una bala podría hacer todo el recorrido sin tropezar con las paredes.

Recorrió toda la longitud de esta galería.

Delante de él aparecieron algunas luces. Un momento después se encontraban a la vista de una vasta sala subterránea.

Los pilares de carbón, dejados para sostener el techo, formaban una selva delante de él.

Y en aquella tétrica selva estaban reunidos los secuaces de la Campana Verde.

XIX
Muerte en las entrañas de la tierra



Doc entró en la caverna. No era probable que la descubrieran. La cuadrilla de la Campana Verde se consideraba segura en aquel lugar.

El jefe estaba presente en persona. Se sentaba exactamente en la misma postura que el maniquí de palos del viejo establo.

Sin duda muchos de los reunidos ignoraban que hubiera ninguna diferencia entre las dos figuras.

El maniquí del establo era lo que había dado a Doc la idea que le condujo al desabrimiento de aquella reunión subterránea.

La cañería por donde salía la voz de la Campana Verde y que se internaba doscientos cincuenta pies en la tierra sólo podía conducir al túnel de una mina.

Los mapas geológicos de la región le habían mostrado un lecho de roca dura por debajo del campo pantanoso. El plano de aquella vieja mina mostraba la existencia de una galería por debajo de la marisma.

La Campana Verde se había limitado a hacer un taladro y meter en él una cañería de hierro, un trabajo relativamente fácil, disponiendo de un martillo hidráulico.

La Campana Verde estaba hablando.

—¿Estáis todos aquí? —preguntó con voz hueca—. Es importante esta noche. No debe faltar ninguno. De nuestro trabajo de esta noche depende el éxito o el fracaso.

Hubo una afirmación general, pero el jefe no quedó satisfecho

con ella.

—Descúbranse —ordenó—. Quiero saberlo con certeza.

Las capuchas negras se levantaron, algunas de ellas con marcada repugnancia. Las lámparas de bolsillo suministraron luz suficiente para inspeccionar las caras.

Doc los miró con interés y vio con disgusto que tres de los presentes eran industriales de importancia en la ciudad.

Eran aquellos tres hombres los que más obstáculos habían puesto en su proyecto de comprar todas las fábricas.

Collison Mac Alter no estaba entre ellos.

La Campana Verde no se despojó de su capucha. Los miró a todos a través de sus gafas verdes, que despedían un reflejo malicioso a la luz de las linternas.

—Estamos todos —decidió—. Ahora a trabajar.

El misterioso personaje se levantó y desapareció en uno de los oscuros rincones de la caverna. Una cadena se arrastró por el suelo de piedra.

Cuando regresó arrastraba una figura encadenada. ¡Judborn Tugg! Llevaba en la cara numerosas señales y heridas; manchas rojas salpicaban sus vestidos y sus cabellos.

Tenía la nariz rota y aplastada y le faltaban la mayor parte de los dientes.

Evidentemente, había sido sometido a una tortura.

—Este gusano —rugió la Campana Verde, dándole un puntapié —, ha sido traidor.

—No pude evitarlo —balbuceó Tugg.

—¡Calla! Has estado a punto de hacerme traición, cuando ibas a ser la piedra angular del imperio industrial que quiero levantar, con Prosper City como centro. Hubieras sido la cabeza aparente de todas mis empresas.

La voz de la Campana Verde se hizo más aguda y el jefe le propinó a su víctima otro puntapié.

—Por medio de este hombre hubiera comprado todas las fábricas y las minas, cuando sus propietarios hubieran estado arruinados y dispuestos a venderlas por nada.

Esta información no fue una sorpresa para Doc, pues ya había supuesto que una idea semejante era la causa de todas las

desgracias de Prosper City.

La Campana Verde tenía dinero, ambición y astucia. La combinación consistía en empujar a las empresas a la ruina y luego adquirirlas por una miseria.

—Nadie puede ir contra mí —siguió diciendo, dirigiéndose a Tugg—. Tengo millones y tendré muchos más.

—Déjeme —suplicó Tugg—. No le puedo hacer ningún daño. Le he cedido todo lo que poseía.

—No a mí —la Campana Verde se volvió y señaló a uno de los tres industriales presentes—. Aunque quizás usted no lo sepa aún, es usted el propietario de las fábricas de Tugg y compañía. Este canalla le ha vendido a usted todas sus propiedades por un dólar. Ahora voy a pagarle el dólar.

La Campana Verde sacó una moneda de plata y se la ofreció a Tugg, manteniendo la mano derecha oculta entre los pliegues de su ropón.

El pobre Tugg no supo qué hacer, salvo tomar el dólar. Extendió la mano con tal propósito.

Con la rapidez del rayo, la Campana Verde sacó la otra mano armada de un cuchillo que hundió en el corazón de Tugg. La hoja entró con la misma facilidad que un alambre candente penetra en la manteca.

Tugg exhaló un grito agudo y comenzó a agitarse convulsivamente en el suelo. La Campana Verde le puso un pie encima y le sujetó hasta que cesaron todos los movimientos. Luego se apartó del cadáver con toda tranquilidad.

—Ustedes se preguntarán por qué no le he matado de un tiro y por qué le he sujetado después de herirle —dijo con voz monótona. Levantó un brazo para señalar—. Mirad. Ahí está la explicación.

A un lado de la caverna se habría una pequeña galería, abierta sin duda en otro tiempo, para seguir alguna veta mineral.

—En ese túnel hay una habitación, que se encuentra a pocos metros de esta cámara. En ella está la emisora de radio con que acostumbraba a convocaros.

Doc, oculto entre las sombras, hizo con la cabeza una ligera señal de asentimiento.

Quedaba explicado porque las señales de radio procedían, al

parecer, de la casa de la Tía Nora Boston. La estancia estaba precisamente debajo del edificio.

—En ese cuarto hay también algunos miles de litros de nitroglicerina —continuó la Campana Verde—. La carga está conectada con unos hilos eléctricos a un sismógrafo. ¿Sabe alguien lo que es un sismógrafo? —preguntó.

—Una pesa que se mueve cuando hay un terremoto —dijo una voz.

—Ésa es una buena descripción. Los contactos van a parar a esa pesa que se mueve. Cualquier oscilación violenta de la tierra haría estallar la carga.

Esta noticia hizo agitarse a todos los reunidos.

—No teman —advirtió la voz del enmascarado—. El sismógrafo está ajustado de manera que no puede ser accionado por ningún terremoto lejano. Sólo una convulsión próxima puede establecer el contacto. Esta convulsión será provocada por una pequeña carga de nitro, que tengo preparada a una media milla de aquí.

Una carcajada repugnante se escapó de la figura que tan implacablemente había asesinado a Judborn Tugg.

—La casa de la Tía Nora Boston está precisamente encima de esa mina. Y no a muchos metros, por cierto. La casa y todas las personas que están dentro volarán en pedazos.

Doc Savage preparó en silencio su transmisor y comenzó a transmitir un mensaje por medio del alfabeto Morse. El aparato funcionaba sin ruido y las señales llegarían hasta los oídos de Monk, a pesar de la tierra que separaba a ambos aparatos.

—¿Es eso necesario? —preguntó uno de los presentes.

La Campana Verde lanzó una maldición.

—¡Necesario! ¡Imperioso! Es preciso que nos desprendamos de Doc Savage y de sus amigos. Es un demonio muy hábil. Mañana me tendría cazado en una trampa.

—¿Mañana?

—Precisamente.

—¿Cómo?

—¡Calle usted! —gritó con excitación la Campana Verde.

Doc había acabado de transmitir su mensaje y escuchaba con interés.

Sabía por qué la Campana Verde estaba seguro de ser cogido al día siguiente.

Al descubrir que su piel empezaba a adquirir color amarillo, se había dado cuenta de que Doc le había cazado en una trampa.

—Os he llamado a todos aquí esta noche para advertiros que no os debéis acercar a casa de la Tía Nora Boston —agregó la Campana Verde—. Ahora que lo sabéis, podéis marchar.

Todos, como un solo hombre, se volvieron hacia la salida.

El movimiento tomó a Doc por sorpresa. No tuvo tiempo para apartarse del paso del grupo y quedarse en la caverna, con el fin de desconectar el sismógrafo. Lo único que pudo hacer fue retirarse a lo largo del túnel.

Así lo hizo, corriendo por la galería. Trescientos metros sin un recodo.

Tenía que recorrer aquella distancia antes de que los hombres que buscaban la salida empezaran a alumbrarse con sus lámparas.

Corrió como había corrido pocas veces en su vida, pero no pudo cubrir a tiempo la distancia.

Un rayo de luz se proyectó a lo largo del túnel. Sonaron varios gritos.

—¡Savage! ¡Ahí está Savage! ¡A él!

Un instante después, Doc se convirtió en una bala disparada a lo largo de un gigantesco cañón de roca. Una fuerza irresistible le levantó y le proyectó hacia adelante. Los tímpanos estuvieron a punto de rompérsele.

Cayó, se contrajo como un contorsionista de circo, pero ni aun así se detuvo.

Una ráfaga de viento de fuerza colosal le empujaba.

Las paredes de roca se hundían sobre él. Grandes monolitos le alcanzaban y le adelantaban. Por fin, la pared de la galería transversal detuvo su carrera y cayó junto a ella exhausto y casi sin sentido.

El mundo entero parecía precipitarse sobre su cabeza.

Uno de los secuaces de la Campana Verde, olvidando la nitroglicerina y el sismógrafo, había disparado su revólver. La detonación había provocado el estallido de toda la carga.

En aquel momento, los fragmentos de la residencia de la Tía

Nora Boston debían de estar flotando en el espacio a algunos cientos de pies de altura.

Todas las personas que se encontrasen en ella habrían muerto sin duda alguna.

También habían muerto los siniestros esbirros de la Campana Verde. No había posibilidad de que ninguno de ellos se hubiera salvado.

El lúgubre personaje había sufrido la misma suerte que él tenía reservada para otras personas.

Su destino había sido el mismo de muchos de los enemigos de Doc Savage.

Diez minutos después salía éste de la mina abandonada. Apenas se podía mover aún. Pocas veces en su vida se había encontrado tan maltratado; pero los gases mortíferos producidos por la explosión llenaban la mina y no podía permanecer en ella.

Media hora después se encontró con Monk. Éste miró con asombro las lesiones de su amigo.

—Parece como si te hubiera cogido un terremoto —observó.

—¿Cómo están los otros? —preguntó Doc.

—Sin novedad. Todos se marcharon al recibir tu aviso de que lo hicieran con la mayor rapidez posible —Monk se echó a reír ruidosamente—. ¡Pobre Ham! En la carretera ha perdido su bastón de estoque. Iba a regresar por él cuando ha ocurrido la explosión.

—¿Cómo ha tomado la Tía Nora la pérdida de su casa?

—Bien. Dice que era muy vieja y que hace años que trataba de venderla.

—Es una maravilla de mujer —dijo Doc, palpándose distraídamente varios músculos que le dolían—. La tendremos que encargar de la beneficencia de Prosper City, y reembolsarla de la casa y de todos los gastos que ha hecho antes.

—Con eso quedará muy satisfecha —convino Monk—. Pero no me has dicho aún lo que ha ocurrido ahí debajo.

Doc le explicó brevemente lo ocurrido.

—La Campana Verde y toda su cuadrilla han acabado —concluyó—. Dentro de pocos días podremos entregar esas fábricas a sus dueños y marcharnos.

—Parece que tienes muchas ganas de marcharte —observó

Monk, pensando en la bella Alice Cash.

—Tenemos que volver a Nueva York —arguyó Doc—. Puede presentarse alguna cosa, como siempre ocurre.

Doc hablaba por experiencia. No podía saber lo que les esperaba en Nueva York. Pero el peligro, la aventura y el misterio le esperaban siempre en todas partes.

Un rastro misterioso le arrastraría a las profundidades de la tierra, por las negras soledades de un río subterráneo.

Un río negro que les llevaría en dirección desconocida y que terminaría en una orgía de muerte, peligros y maravillas.

Pues al final de aquel extraño y horroroso viaje les esperaba una cosa que no cabía en la más volcánica de las imaginaciones.

¡La Ciudad Fantasma! La cosa más extraña y fantástica que jamás vieran los ojos de un hombre moderno.

Un lugar fabuloso, situado en la más extensa de las regiones inexploradas del globo: el Gran Desierto de Rub El Khali.

Su aventura siguiente, muy distinta de aquella ciudad industrial americana, sería la Ciudad Fantasma.

* * *

—¿De manera que la Campana Verde descubrió que se estaba poniendo amarilla? —preguntó Monk pensativo, caminando al lado de Doc entre las sombras de la noche.

—No cabe ninguna duda —afirmó Doc—. Por eso se decidió a precipitar sus planes.

—¿No me vas a decir quién era? —preguntó Monk sonriendo.

—No me ha sido posible verle la cara —respondió sencillamente Doc.

—¿Quieres decir que hemos resuelto el caso sin saber de quién se trataba?

—Creo que todo el mundo se dará cuenta enseguida de su identidad. Está perfectamente clara.

—¿Por qué?

—Por el modo misterioso que tenía la Campana Verde de enterarse de todos nuestros movimientos.

No habían dejado de caminar mientras hablaban y de pronto les salió al encuentro Alice Cash. Al ver a Doc se tranquilizó y enseguida se apuró al advertir sus lesiones.

—¿Han visto ustedes a la Tía Nora? —preguntó un momento después.

—No debe de estar muy lejos. La he visto hace un minuto —replicó Monk—. ¿La quiere usted para algo importante?

—No mucho. Quería saber si había visto a Ole Slater.

—¿No está con los demás?

—No, y no sé qué le puede haber ocurrido. La última vez que le he visto esta tarde no se encontraba muy bien.

Monk se tuvo que tragar dos veces la saliva antes de poder hablar.

—¿Qué le ocurría? ¿No estaría cambiando de color?

—Es la cosa más extraña que he visto en mi vida. Ole Slater se estaba poniendo amarillo.

∞



LESTER DENT. (Missouri, E. E. U. U. 12/10/1904 - 11/03/1959). Nació en la casa de sus abuelos maternos. Era el único hijo de una pareja de granjeros que vivía en Pumpkin Buttes, Wyoming. Allí vivieron hasta que su familia dejó el rancho y el aislamiento de Wyoming y se mudó de nuevo a La Plata, cuando Lester estaba en octavo grado.

A los diecinueve años entró en un business college con la intención de hacerse banquero. En el otoño de 1924 con sus estudios ya finalizados, obtuvo un trabajo en la «Western Union» como telegrafista.

En Mayo de 1925 se mudó a Ponca City, Oklahoma, y comenzó a trabajar como telegrafista para la «Empire Oil & Gas Co». Conoció a Norma Gerling, y se casó con ella en Agosto de ese mismo año. En 1926, Dent entró a trabajar para «Associated Press» en Chickasha, mudándose posteriormente a Tulsa. Allí conoció a un compañero que había vendido una historia a una revista de pulps.

Dent comienza así una prolífica carrera.

Top Notch Magazine fue la primera revista en publicar una historia de Dent: Pirate Cay apareció en su número de Septiembre de 1929.

Poco después, Dent recibió un telegrama de *Dell Publishing* ofreciendo pagarle el viaje a Nueva York e incluirle en plantilla.

Durante un tiempo trabajó para *Dell*, aumentando su popularidad entre los demás editores.

Dent sintetizó el sistema que utilizaba para escribir este tipo de historias: Se trata de una fórmula, una trama principal genérica, aplicable (según él) a cualquier historia de género de 6000 palabras.

Solía escribir dos historia al mes y complementaba estos ingresos escribiendo además otras historias (ajenas a Doc Savage).

Durante la Depresión, ganaba ya al menos
18 000
dólares al año (unos tres millones de pesetas).

Lester adquirió un velero de 40 pies, al que bautizó como *Albatross* en el que tanto él como su esposa vivieron durante varios años. Navegaron por toda la Costa Este y por el Caribe.

Años después, Dent vendió el velero y se trasladó a Death Valley en busca de oro. Sus exploraciones en el Suroeste le procuraron ser miembro de honor del famoso «Explorers Club». A pesar de todo esto, su producción literaria continuaba creciendo. Finalmente, se «retiró» a La Plata, pese a lo cual continuó escribiendo. Durante su estancia en La Plata, se hizo socio de una empresa de fotografía aérea, ¡y jefe de Boy Scouts!

Doc Savage Magazine expiró de causas naturales en 1949, pero Dent continuó escribiendo (sobre todo relatos de misterio y westerns) hasta 1958. En Febrero de 1959 sufrió un ataque al corazón y murió el 11 de Marzo de ese mismo año.